Biblioteca Nacional

FOLLETIN DE "LA DEMOCRACIA"

LA NEGRA ROSALIA

O

El Club de los Picarones

POR

J. ABEL ROSALES

SANTIAGO

IMP. I ENCUADERNACION DE «LA DEMOCRACIA»

—

1896

FOLLETIN DE LA DEMOCRACIA

LA NEGRA ROSALIA

O EL

Club de los Picarones

POR

J. ABEL ROSALES

SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA I OFICINA DE LA DEMOCRACIA

Bandera 16 G.—Teléfono 189

1896

LA NEGRA ROSALIA

O

EL CLUB DE LOS PICARONES

ADVERTENCIA

La presente obra ha sido escrita en virtud de datos i noticias recojidas desde el año 1889.

Comprende la historia de muchas aventuras enteramente verídicas i desconocidas hasta ahora i narra sucesos de la historia nacional en el período en que empezaron las disidencias armadas de liberales i conservadores.

Tradiciones i costumbres nacionales se contienen aquí diseminadas convenientemente, para dar a la narracion todo el interes i la novedad que requiere

el argumento del drama que le sirve de base.

La negra Rosalía fué un personaje conocidísimo en Santiago, desde el palacio a la choza, como lo fueron tambien por diversos rumbos el zambo Peluca i la Antonina Tapia i sus once mil sobrinas. No ha sido, sin embargo, tarea liviana la de reunir datos familiares de la negra. Muchos han conocido la casa-esquina en donde vivió. otros saben algunas aventuras sucedidas en ella; pero es rara la persona que dá datos respecto de la negra misma i su corta familia.

Aun creyendo el autor que quedan muchas noticias importantes, las ya recojidas las dará a luz sin esperar que corran mas años.

Para conocer mejor los acontecimientos i los sitios en ellos sucedidos, es por lo que se narra a la lijera los dos primeros capítulos, esclusivamente de historia local santiaguina.

I como el lector no ha de necesitar de mas preámbulo, empezamos.

Capítulo Primero

LA CALLE DE SANTO DOMINGO DE SANTIAGO

El año de 1557 llegaron a Chile los primeros padres de la órden de Santo Domingo a conquistar moros i convertir pecadores. Uno de esos buenos hombres que viven a la de Dios que es grande, i todavía los hai en nuestra tierra, donó, poco despues de aquel año, un terreno para edificar iglesia i convento en honor de Santo Domingo.

Los padres aceptaron el regalo i levantaron la

nueva iglesia santiaguina en el mismo lugar en que se levanta la actual.

El Cabildo, en representacion de la ciudad i su ranchería, donó a su vez, en 1568, los demas terrenos que seguian hasta el rio. De esta manera, la órden de Santo Domingo fué propietaria de una considerable estension de fértiles terrenos, entónces convertidos en potreros abiertos.

La iglesia, con su frente al sur, hizo necesario el formar una plazuela, i ademas los padres abrieron camino de oriente a poniente para facilitar el tráfico i para dar comodidades a los fieles devotos que diariamente ocurrian a ese lugar.

Bien pronto el camino se trocó en callejon, cuando los propietarios de la entónces aldea de Santiago, llamada ciudad por simple vano orgullo de los españoles, fueron levantando viviendas por ese lado.

El callejon de Santo Domingo tomó importancia cuando se levantaron los tajamares del rio i cuando en 1782 el correjidor Zañartu dió al tráfico público el afamado puente de Cal i Canto, que comunicó con la ciudad el camino del Inca que venia de Aconcagua hasta el valle del Mapocho i mas al sur.

Ese camino era la hoi Cañadilla i calle del Puente.

La construccion de la actual iglesia de piedra empezada en el siglo pasado, dió cierto tono a esa parte de la ciudad, pobre, rústica i de mal aspecto.

Pero la poblacion urbana fué estendiéndose de la plaza hácia afuera por sus cuatro lados, o sea hácia las iglesias diseminadas en todas direcciones.

Los españoles, antes que levantar fábricas industriales i hornos de cocer pan, construian capillas o iglesias.

En oposicion a la Alameda, el Mapocho fué siempre campesino, turbulento i plebeyo, como que anualmente andaba como borracho formando camorra a la ciudad, ya inundándola de mugrientas i espumosas aguas o ya saliéndose a remoler por barrios enteros, a los cuales arrasaba sin compasion.

Los tajamares i el puente empezaron a civilizar al soberbio Mapocho. Poco a poco se fué perdiendo el miedo a sus desmanes i ya a sus orillas pudo levantarse una poblacion de chozas i casitas.

Los padres de Santo Domingo, protejidos por Dios i los devotos con donaciones de chacritas, pesitos en talegas i otras cosas, levantaron alto el pescuezo, guiñaron un ojo a la vecina Catedral i pusieron en movimiento a los arquitectos i canteros.

Don Joaquin Toesca, el reformador de Santiago i sus mojinetes, ideó la hermosa fachada de la iglesia. Cuando ésta se terminó en 1808, los padres de Santo Domingo repicaron fuerte i talonearon mas fuerte aun por toda la ciudad. Ya tenian iglesia de piedra, cuya belleza arquitectónica podian disputarla a la Catedral misma. Hasta la fecha, Santo Domingo disputa con honor el primer rango entre las iglesias de Santiago.

La calle de Santo Domingo comenzó a edificarse desde el oriente. Hasta principios del presente siglo, casas diseminadas se levantaban cuatro cuadras hácia el oriente i el poniente de esa iglesia. Por si el lector encontrase oportuno tener noticias antiguas de estas ocho cuadras, vamos a contarle en

pocas palabras lo principal de su historia.

Comenzaba la calle por la *casa de la palma*, hoi número 18, en cuyo patio se muestra aun, despues de doscientos años, una elegante palmera. Esta casa tiene una larga historia que no nos es posible contar. Solo referiremos que allí vivió una respetable familia a cuyo servicio estaba nada menos que un jeneral de gran nombradía en la ciudad, el *jeneral Patatí* del cual nos ocuparemos mas adelante.

Mas al poniente, acera norte i esquina noreste con la calle de las Claras, hoi número 37, vivió i murió el célebre abogado don José Antonio Rodriguez Aldea, el chillanejo, i a su lado, calle de por medio en la otra esquina, la de don Pedro Fernandez Recio, número 39, en la cul tuvieron lugar las primeras *filarmónicas* de Santiago, en 1827. Ambas i vecinas casas fueron de gran tono: aun conservan sus fachadas primitivas de principios de siglo.

En la esquina noreste con la calle de Miraflores, vivió el conocido don Francisco Marin, i en la acera sur, hoi número 28, fué de la sucesion de don Pedro Cadiz. Allí vivió el sabio don Andres Bello i hoi un nieto de don Mariano Egaña, el respetable caballero don Francisco Rios.

La casa suroeste con la calle de las Claras, con su gran patio en el cual cabe comodamente un rejimiento, ha sido desde antigua fecha casa solariega de los Lucos. Allí han vivido en quietud patriarcal los Barros Luco, i allí se han formado numerosos planes de gobierno i hasta planes revolucionarios.

El senador don Ramon Barros Luco es su actual propietario.

Poco mas al centro de esa cuadra i casa que an-

tes tenia número 36, fué cuna del jeneral don Ramon Freire.

En la misma acera, esquina con la de San Antonio, tuvo propiedad la familia del injeniero español Santa María. Miembro de esta familia fué el Presidente don Domingo Santa Maria que allí vivió i murió.

Por la época de la independencia, esa casa fué mansion de la respetable familia Fontecilla, de que era jefe el coronel e intendente de Santiago de aquel apellido.

Fué famosa doña Micaela Fontecilla, patriota mui perseguida por los realistas i una de las mas astutas i enérjicas partidarias de Manuel Rodriguez, los Carreras, San Martin i demas libertadores de Chile.

Entre San Antonio i 21 de Mayo, por inmediaciones de la casa del senador don Vicente Sanfuentes, acera sur, el frances Bogardus en 1840 i 41 exhibió su elefante i el popular mono futre *Pinganilla*, desde cuya fecha han brotado como por encanto los *pinganillas* de Santiago.

En esta misma cuadra, número 55, estuvo establecida una gran casa comercial de fama, con sucursal en Cádiz, i fué la de los Ustariz. Hoi es propiedad de don José Manuel Encina. La vecina, pared de por medio, fué la vivienda del Presidente don José Tomas Ovalle i allá ocurria diariamente, en su tiempo, el célebre Ministro Portales. Actualmente es casa-almacen de don José Besa en la esquina noreste con 21 de Mayo.

Al lado de la plazuela de la iglesia estuvo una

gran casa con estudios de abogados. Dede hace mas de veinte años se llama «Posada de Santo Domingo.» Seguia a esta el cuartel de los granaderos que servian de escolta a los presidentes, cuyo palacio de gobierno ocupaba todo el actual edificio del correo, con frente a la plaza.

Algunas otras casas de importancia seguian al poniente. La número 65 era de un rico negociante en cobre, don Juan Lavigne, desde 1810. La casa de la compañía de gas, fué de los Palazuelos i allí vivió el «último rei de España,» don Anjel Palazuelos. Al lado estaba la casa de los Yorsin, comerciantes que quebraron en mas de medio millon de pesos i que casi arruinó el pais al peso de una catástrofe no conocida aun en Chile. Hoi dia las quiebras como los quebrados, son cosa corriente.

En la esquina noroeste con la calle de la Bandera, que antes se llamaba «atravesada de la Compañía», está aun con su fachada de piedra (núm. 69) la casa que fué de don Juan Francisco Leon de la Barra, grande amigo de San Martin i de O'Higgins. Allí se reunia la célebre *Lojia Lautarina* que gobernó a Chile i el Perú i que contribuyó a la independencia americana con la implacable i terrible enerjía que conocemos. Allí tambien debe haberse decretado el asesinato de Manuel Rodriguez en Tiltil,

Aquel caballero fué el abuelo del señor Eduardo de la Barra, de fama americana, nacido en esa casa, i el cual, a pesar de pertenecer a una familia en que han figurado muchos lojistas, incluso abuelo i sobrino, cuenta con una parentela de obispos que de seguro no los dejarán en penas eternas. El arzobispo

Loaiza del Perú, los obispos Goyenechea i Alday, los célebres frailes Lopez i Guerrero, son de la familia.

La casa de don Celedonio Villota, rico señor de Teno i famoso por sus sebos i sus charquis, estaba en la esquina de la calle de Morandé, ahora núm. 74. Al frente vivió el ilustre patriota don José Gregorio Argomedo i allí murió el 5 de Octubre de 1830.

La esquina suroeste, núm. 76, tuvo por nombre *la Bastilla*, porque fué edificada por el año de la revolucion francesa (1789) i porque fué la primera casa de cal i ladrillo levantada en Santiago. Perteneció al jesuita don Sebastian de Lecaros.

A su muerte en 1808, éste la dejó íntegra a su sobrino don Estanislao Portales, el cual la refaccionó i le puso altos en 1829.

La parte urbana de la calle de Santo Domingo, terminaba en el crucero con la de los Teatinos.

La esquina suroeste era de los Urízar desde el siglo pasado i allí estuvo el correo primitivo i la negra Rosalía. Para el poniente todo era campo, potreros i chacras, o sea el llamado hasta hace poco «Llano de Portales».

A principios del presente siglo, la calle de Santo Domingo era ya un barrio aristocrático. Estaba en ella la iglesia de piedra rival de la Catedral, la administracion de correos i las primeras casas comerciales del pais.

Los Urmenetas, los Yorsin, los Lavigne, los Villota, los Saldívar, los Ustariz, los Lastra, los Cotapos i otros del alto comercio, tenian en esa calle sus

almacenes o bodegas, diseminadas en las pocas cuadras que hemos venido recorriendo.

La esquina del correo viejo antes mencionada, tiene su historia especial la cual contaremos al lector en rápidas noticias.

Capítulo II

HISTORIA ANTIGUA DE UNA CASA ESQUINA.—EL DOCTOR URÍZAR.—EL CORREO VIEJO

La casa-esquina que forma ángulo suroeste en la calle de Santo Domingo con su atravesada de los Teatinos, es mui antigua. Se ha venido reformando i dándole comodidades al gusto de diversos propietarios, pero siempre se ha conservado esquina, i ademas con pilastra de piedra como esquinero, hasta 1890.

En 1753 pertenecia a don Marcelo García de Morales, el cual la vendió al doctor Valentín Albornoz Ladron de Guevara, canónigo que gustaba talonear fuerte i tomar sabroso mate.

Del poder de éste pasó al del doctor Fernando de Urízar, hijo de Valparaiso i gran señor de su tiempo de alto cuéllo i de calesa con campanillas.

El doctor Urízar se educó en Lima i allí obtuvo el grado de doctor en cánones i leyes de la Universidad. Desempeñó muchos cargos públicos de importancia hasta el 1769.

En aquella capital casó con doña Nicolasa Surso, limeña, i con ella vino a establecerse en Santiago,

comprando en catorce mil pesos la casa-esquina mencionada, de 40 varas de frente hácia la calle de los Teatinos.

Era el doctor hombre de fortuna mas de regular i con numerosos esclavos, los cuales fué donando a sus hijos o vendiéndolos.

En aquellos tiempos, los negros i los mulatos se vendian i compraban como cualquier animal i no era de *categoría* quien no alimentaba en su casa siquiera un par de animales de dos patas.

Como dato curioso que pinta las costumbres de otra época, agregaré que el doctor Urízar testó en 1809 dejando entre sus bienes: una negra nombrada Catalina que costó 340 pesos; el mulatillo José Maria costó 250 pesos; el mulato Diego comprado en 100 pesos; la mulata Pastora tasada en 150 pesos porque era tenida como especie de yegua negra con crias, siendo estas la mulatilla Josefa i el mulatillo Francisco, cuyos calificativos dió el doctor en su mencionado testamento.

Luego de establecido en Santiago el doctor Urízar, recibió el título de administrador jeneral de correos creado recientemente.

Se instaló antes de 1783 con su buzon i su oficina como cosa nueva en Santiago, i por esto se conoció la casa con el nombre de el *Correo Viejo* hasta muchos años despues de entrado el presente siglo.

El doctor Urízar fué el creador del correo conforme a la usanza europea. Antes de él se usaban los recados o los *propios*, que eran individuos que via-

jaban de un lugar a otro mandados por sus patrones. El nuevo correo tuvo la novedad de la oficina responsable i bien manejada.

Con esto, la calle de Santo Domingo adquirió renombre i la esquina del correo pasó a ser un sitio de concurrencia obligada. Ir al correo era de buen tono. Se iba a preguntar por cartas a sabiendas que nadie escribiria al preguntón; pero la moda de estos viajes diarios o semanales se hizo jeneral.

Hasta los negros i negras solian pasar al correo a ver las listas de cartas, nó a leerlas porque no sabian.

Talvez en esa época en que el correo empezaba en Chile como institucion oficial i en que la jente, no acostumbrada a esa novedad, incurria en disparates i en inocentadas propias de su tiempo, fué sin duda cuando ocurrió el caso de llegar a Santiago una carta en cuyo sobre se leia esta sola direccion:

—«Pa mi madre, a ella sola. Su hijo».

El administrador tomó la carta, la dió vueltas i no pudo encontrarle el nombre de la persona a quien venia dirijida.

—Quien será este estúpido que escribe carta sin decir para quien! —dijo aquel, tirándola a uno de los cajones del escritorio.

Tiempo despues, apareció una viejita vivaracha preguntando al administrador:

—Dígame, señor, me habrá escrito mi hijo?

El administrador abrió tamaños ojos como quien oye una cosa rara i le contestó de mal humor:

—I quién diablos vá a adivinar quien es su hijo?

Pero al instante se acordó de la carta que tenia guardada como curiosidad i entónces la sacó i leyó en voz alta el sobre-escrito.

—Ese es mi hijo, pásela. Pobre mi Jervasito!

En efecto, la carta era para ella.

La sociedad de buen tono frecuentó la esquina porque ademas de la categoría del empleo de administrador jeneral de correos, el doctor Urízar pertenecia a distinguida familia.

Era hijo de un acreditado comerciante de Valparaiso, don Jacinto de Urízar, i este hijo de un español de pura sangre vizcaina.

Gastaba lujo de trajes i de alhajas, tenia esclavos i una calesa traida de Europa espresamente, lo cual constituia el colmo de la elegancia i del buen tono.

Los hijos del doctor, crecidos ya, fueron ingresando a los conventos o a la buena sociedad por medio del matrimonio.

A su muerte en 1809, la casa-esquina quedó habitada por su esposa; pero esta apenas la sobrevivió dos años. Murió en 1811 i, como su marido, fué sepultada en la iglesia vecina de Santo Domingo, i todo quedó en la misma calle.

Una hija del doctor, doña Maria del Cármen Urízar, casó con don Francisco Prat i Domedel i éste pasó a poseer la esquina mencionada de su suegro.

El doctor Urízar es el tronco de todas las familias que han llevado o llevan su apellido, como los Prat,

Urízar Gárfias, Patiño, Pizarro, Valdes, Alcázar, Ruiz, etc., diseminadas en Santiago, Concepcion, Valparaiso i Lima.

La esquina del «correo viejo» quedó silenciosa por muerte de sus dueños.

Vino despues para Chile una série de trastornos con la guerra de la independencia, hasta que fué ocupada por el curioso personaje que motiva esta historia, cuyas aventuras tienen su comienzo en Lima, conforme pasamos a referir.

Capítulo III

LOS CHILENOS I LOS PICARONES LIMEÑOS

Corria el año 1821. En el Perú se batia por la independencia de ese pais, i por consolidar la independencia americana, un ejército de chilenos i arjentinos enviado por el Gobierno de Chile al mando del jeneral don José de San Martin.

El ejército i la escuadra, al mando ésta del célebre almirante Cochrane, era equipado i costeado por Chile i la bandera de esta nacion flameaba a bordo i en tierra.

El 12 de Julio de aquel año, San Martin entró a Lima, victorioso. El i sus soldados fueron recibidos con grandes festejos por aquel pueblo ansioso de libertad.

Desde entónces la capital del Perú fué el centro de las operaciones del ejército libertador.

Los chilenos estaban allí como en casa propia, sin embargo que no encontraron mas paisanos que los que habian detenidos en las cárceles, acusados de insurjentes o patriotas.

Por las mañanas se agrupaban grandes masas de soldados en el puente de cal i canto, que, a semejanza del que hubo en Santiago, comunicaba el barrio principal con el de Malambo al norte, rio Rimac por medio. Era ese el paseo favorito de los chilenos.

Desde ese puente se gozaba de espléndida vista: de un lado el San Cristóbal de empinada cresta i al poniente el Callao i su hermosa bahia, miéntras que entre ambas distancias se estendia Lima con sus casas moriscas, su variedad de torres i su gran movimiento de poblacion multicolor, en lo que sobresalian las negras, siempre alegres i parleras, i las tapadas de negro manton.

A las orillas del rio se estacionaban buen número de aquellas negras vendiendo comida, frutas i bebidas calientes. Una de esas vendedoras se situaba diariamente en un punto fijo, a la bajada del puente por el lado de la ciudad, inmediata a una capilla cuyo nombre no recordamos, pero que existia en 1881 cuando al autor le cupo la suerte llegar hasta esa capital con sable en mano.

Aquella vendedora atraia mayor número de parroquianos no tanto por la buena calidad de su mercadería, cuanto porque su conversacion era chistosísima, atrayente i mui amable. Al reves de las demas negras, la de que tratamos era de buen carácter, ostentaba cierto orgullo, pero para los chilenos

tenia las frases mas almibaradas que los dulces que fabricaba.

Su especialidad consistia en los buñuelos. Los soldados se llegaban a chupar los dedos engullèndose docenas tras docenas, ya estendidos en grandes platos o ensartados en largo palo en forma de asador.

La fama de este apetitoso dulce corrió de boca en boca entre los soldados, de tal suerte que en pocos dias aquella venta al aire libre fué un hormiguero de hombres. La negra llegaba a sudar moviéndose i trabajando, pero hablando hasta por los codos. Era una caturra humana de las mas alegres i bulliciosas.

—A ver un poco de *briñuelos*, decian los soldados.

—Nada de *briñuelos* ni de *buñuelos*, contestaba la negra; estos pajaritos son *picarones*, porque los mui bellacos, cuando están enojados o calientes, pican fuerte hasta quemar traidoramente, como grandísimos pícaros, pero cuando se les ha pasado el enojo i quedan tibiesitos, oh! entónces no hai en el mundo nada mas agradable, nada mas dulce, nada mas sabroso que ellos. Son el colmo de la dulzura, como el beso de una morena enamorada, de ojos chispeantes como mi sarten, de corazon de fuego como este brasero.....

I aquí los soldados prorrumpian en aplausos estruendosos i algunos llegaban a abrazar a esa oradora de lengua siempre inquieta. Entre tanto, la mercadería se consumia i a la negra le faltaban manos para trabajar i vender sus apetecidos picarones.

Fué necesario que se hiciera acompañar de una hermana, negra como ella, para dar abasto a la multitud de hombres que todo el dia tenian sitiada a la

venta. I esto no fué suficiente, porque fué necesario aumentar las empleadas i así bien pronto el negocio tomó grandes proporciones.

Una mañana, al despuntar el alba, recorria la ciudad el jeneral San Martin, los coroneles Las Heras i Aldunate i algunos otros oficiales. Venian del lado de Malambo i probablemente habrian andado recorriendo los afueras de Lima por el lado del San Cristóbal. Al bajar el puente de cal i canto, la negra, que ya estaba instalada i con un gran bracero de fuego, se levantó, se cuadró como militar levantando su mano derecha estendida a la altura de la frente, i gritó:

—Mi jeneral, ruego a su señoría que me haga el favor de pasar a ver a su negra que aquí lo aguarda con un rico *gloriado*, un pan caliente con mantequilla i una copa de pisco de aquellos que toman los ánjeles antes de cantar en el cielo el *Gloria in excelsis*.....

La negra vestia entónces una pollera i chaqueta blanca, con delantal azul i una gran corbata o algo parecido de color lacre que le envolvia el cuello i caia formando cordon por el pecho hasta la cintura. Un gran moño adornaba su cabeza, en cuya parte posterior se levantaba rica peineta que le sujetaba sus cabellos, gruesos como crines de macho cuyano; ademas, tenia flores en abundancia en el peinado, al lado del corazon i en la mesa que le servia de mostrador.

San Martin quedó admirado de aquella singular actitud de una negra desconocida para él. Cuando

terminaba ésta sus últimas palabras, el jeneral miró a Las Heras como preguntándole qué significaba eso.

—Esta debe ser una famosa negra que dicen fabrica unos picarones como no se hacen en muchas partes.

La mañana era fria i una fina garúa, la camanchaca peruana, caia sobre Lima, a esas horas en tranquilo sueño.

—Vamos a ver esta negra tan parlera, dijo San Martin encaminándose hácia donde estaba aquella con su cara de perpetua pascua.

Todos le siguieron, i llegaron cuando la negra acomodaba tazas, fuego, teteras i otros utensilios, con gran rapidez. Parecia que esos útiles se movian al influjo de un calor magnético de aquellas manos tan negras como limpias.

—A ver, negrita, qué es lo que tienes de bueno, le dijo el jeneral tomando asiento.

No necesitó mas la negra para que se le desatara la lengua i se volviera una máquina parlante, en tanto que arreglaba un buen ponche en café i leche, oloroso i que abria el apetito con solo verlo humeante.

I tanto habló la negra, que San Martin admiradísimo, dijo a sus acompañantes i saboreando el buen café.

—Esta negra es el mismo diablo; así son todas las limeñas...

—Perdone, mi jeneral, dijo la alegre mujer; yo no soi de esta tierra, porque nací en aquel pais de limpio cielo, de lindo sol, en cuyos campos tapizados

de flores i de sembrados canta el jilguerito i el zorzal, la tenca i el tordo, la diuquita i el chincolito...

Una carcajada resonó entre aquellos militares; pero la lengua aquella estaba con cuerda para hablar mas, i continuó risueña con mímica graciosísima:

—Soi de aquel hermoso valle que riega el Aconcagua i en donde hoi luce orgulloso el tricolor con estos colores.

I mostraba su traje con ademan cómico.

—Cómo! le dijo el coronel Las Heras; sois chilena?

...Como nó, pues, por la gracia de Dios i la buena ocurrencia de mis padres.....

—Calla, negra! dijo San Martin, levantándose en ademan de retirarse, i lo mismo hizo la comitiva; pero, díme, ¿cómo es que sois negra como las limeñas i graciosa como ellas?...

—Mil gracias por el cumplido, respondió la negra. Le diré, señor jeneral, que me trajeron de Chile cuando yo tenia unos tres o cuatro años. Aquí entré mas tarde a ayudar a hacer dulces a una negra como yo; perfeccioné el método usado para trabajar i ahora no hai quien haga picarones mejor. Mande, señor jeneral, a un asistente para que le lleve una muestra i probará cosa rica. Yo le aseguro que despues de probar un picaron, vá a decir que la negra Rosalía tiene una cosita mas dulce que todas las limeñas.

I dijo esto con tal salero, que San Martin se rió de buena gana, él que no reia casi nunca.

—Con que Rosalía es tu nombre? dijo el coronel Aldunate.

—Sí, señor coronel, i Hermosilla por añadidura, por mas que mi cara nada tenga de hermosa; pero tengo un pecho noble i un corazon grande i bueno i una boladita dulcesita... ¿no vé?

I la negra mostraba con jesto malicioso un picaron bañado en rubia almíbar.

—Negra, por Dios, calla, dijo San Martin retirándose, i agregando:

—Te agradezco tu buen cariño; pronto mandaré un asistente.

Diciendo esto le pasó unas monedas, que la negra se negó a recibir.

San Martin i acompañantes se retiraron ponderando la viveza i el injenio de aquella picaronera i admirándose de que fuera chilena.

La negra Rosalía, de unos 24 años de edad entónces, era chilena, en efecto, i casó en Lima con un sujeto llamado don Pedro Olivos i con éste formó el plan de venirse a Chile con el ejército, en 1823, cuando ya San Martin habia vuelto, en Julio de 1821.

Con la venida de este jeneral, el coronel don Francisco A. Pinto, despues jeneral i Presidente de la República, quedó al mando en jefe del ejército.

El año mencionado de 1823, constituido el Perú en estado independiente, aunque sosteniendo cruda guerra con los últimos restos del poder español, ya Chile no tenia por qué sacrificar mas jente, ni mas ejército. Los peruanos tendrian que batirse por su

suelo, solos o con ayuda del ejercito de Bolívar que avanzaba del norte completando la independencia americana empezada por el sur por San Martin i O'Higgins.

Ese año, sin embargo, fué de los mas tremendos de la historia de aquel pais. Las deserciones, las revueltas armadas, las traiciones eran el plato de cada dia. Los afamados granaderos de los Andes, arjentinos, traicionaron a la patria i se pasaron a los enemigos, levantando por sus propias manos la bandera española en los castillos del Callao. El comercio se paralizó totalmente, i en medio de aquel desórden, Pinto resolvió salvar a los chilenos i al efecto los embarcó con rumbo a Chile.

Esta coyuntura quiso aprovechar la negra Rosalía para volver a su patria, mas tranquila que el Perú. Al efecto, obtuvo del coronel Pinto, que al mismo tiempo era comandante del batallon número 5, chileno, permiso para venirse entre las mujeres que se repatriaban.

El coronel accedió con aplauso de todos los soldados. En consecuencia, la negra, su hermana i don Pedro Olivos, a quien aquella llamaba «don Pedrito» por su figura pequeña, se embarcaron con la division i llegaron a Coquimbo.

A principios de 1825, la negra se encontraba instalada en una mala vivienda de la calle de San Pablo.

Capítulo IV

LA NEGRA ROSALIA

Era la negra una mujer de algo mas de regular

estatura. Por el año 28 aun no habia adquirido la estraordinaria, la fenomenal gordura con que se le conoció en sus últimos años.

En aquella fecha era de cabeza grande, ojos negros i redondos, pómulos salientes, labios morados i gruesos, pecho mui abultado i barriga mas abultada aun. Tenia un pié pequeñito, de media vara de largo, sus brazos largos i robustos eran capaces de mover bultos mui pesados. La negra era forzuda i tan ájil para freir buñuelos como para dar un soberbio bofeton.

El año 27 o 28, la negra se trasladó de la calle de San Pablo a la esquina del correo viejo, que ya conoce el lector.

Era una esquina de pobre aparencia, pero que en su tiempo pasaba por casa de persona acomodada. Basta con decir que tenia mojinete, lo cual era distincion de nobleza.

Aun quedan en Santiago muestras de esos mojinetes o triángulos que se levantaban encima de las puertas de calle, coronadas de tejas que despues de algunos años se cubrian de abundante pasto. Casas ha habido en que los tejados se han convertido en potreros en donde han solido pastar alegres cabros i hasta gallinas con sus gallos consortes.

La entrada principal estaba por la calle de los Teatinos. Despues de la puerta de la esquina, seguia una mas grande hácia el sur i por allí se entraba a un salon con algunas mesas i pequeñas divisiones hechas con papeles pintados o jénero, para el servicio del público en jeneral.

Para personas reservadas, habia un otro salon que seguia al anterior i comunicaba por una puerta encortinada. Tenia una ventana hácia la calle i estaba la salita arreglada con alguna comodidad.

La negra dormia en un cuarto levantado a cierta altura como segundo piso i contiguo a este segundo salon.

La fábrica de los picarones i demas misturas i la cocina, estaban en la misma esquina, con sus dos puertas separadas por el esquinero de piedra; pero mui pocas veces abierta. Una chimenea daba salida al humo hácia el esterior i facilitaba el mantenimiento de constante fuego en un enorme bracero de bronce.

En los primeros tiempos, la negra se ocupó en darse a conocer atrayendo la buena jente con mil maneras.

Porque ya la caseria en el elemento militar la tenia hecha. En efecto, los soldados venidos con ella del Perú, fueron sus primeros i mas constantes parroquianos.

Los de los batallones número 2, 4 i 5, pasaron a ser sus diarios visitantes. El atractivo principal eran los picarones i el ponche en pisco.

La negra tuvo la habilidad de comprar el mejor aguardiente de Aconcagua i de las provincias de mas al norte, para fabricar los afamados ponches en café, en culen o en otra forma.

No servia aguardiente, ni puro ni mezclado; servia *pisco*. La novedad del nombre, importado recien del Perú, i el rico sabor de los ponches, atrajeron a los

soldados i mas tarde a toda clase de personas.

Aquellos bautizaron con nombres especiáles a los vasos en que se servian los licores. Los mas grandes eran *granaderos*, i valian un real; los mas chicos, *cazadores* que importaban medio.

Señorita se llamaba una copa grande de mistela, valor de un *medio*, o seis cobres.

Tal era la baratura entónces de los licores.

———

La negra arrendó la esquina a la testamentaría del doctor Urízar i luego de instalada en ella, comenzó a enviar regalos a las principales familias a fin de darse a conocer. Apenas subió a la presidencia de la República su conocido coronel don Francisco Antonio Pinto, la negra le envió una fuente de picarones i un jarro de apetitoso ponche.

El mismo regalo repitió cuando aquel bajó del poder, en Julio de 1829.

En aquella ocasion, la negra misma fué a palacio, seguida de un hombre que le llevaba el regalo. Vestia traje negro con abotonadura de azabache. Un turbante blanco le rodeaba el cuello i le caia por delante hasta mas abajo de la cintura. Una rosa en el peinado i un ramo de flores prendido en el triángulo formado en el pecho por el turbante, completaba su adorno.

—Permítame entrar a hablar con mi ámito el señor Presidente, dijo al cabo de guardia.

—No se puede, contestó éste, porque ahora no entran señoras a ver a su excelencia.

—Aguárdese usted, mi cabito, contestó alegre aquella; si yo no soi señora, míreme bien mi cara. Soi la negra Rosalía i conmigo no hai puertas cerradas, ni corazones endurecidos, ni ordenanza militar, porque yo fuí la amiga íntima de los chilenos en el Perú, a quienes dí picarones i hasta dinero.

—Calla la boca, negra habladantina! dijo el oficial de guardia asomándose en el umbral de la puerta del cuarto de bandera.

—Mi amito alferez! dijo la negra adelantándose hácia el oficial; déme permiso para ver a mi amito el Presidente. Le traigo unas cosas que de seguro le agradarán.

El oficial de guardia envió a anunciar al Presidente la estraña visita, i éste ordenó que aquella entrase a verlo.

No ven ustedes? dijo orgullosa la negra, empezando a caminar hácia las habitaciones del jeneral Pinto; mis picarones son los mismos diablos pasados por miel i por eso entran a todas las bocas i pasan por todas las gargantas i se paladean por todas las lenguas i pasan suavísimamente por entre pecho i espalda....

I no se le oyó mas porque siguió atravesando puertas i hablando, miéntras a sus espaldas quedaban los soldados de la guardia riéndose a carcajadas.

La escena en palacio fué mui divertida. Presentó la negra su regalo al Presidente, de tal manera alegre i bulliciosa que la familia salió a ver i oir aquella novedad.

El Presidente recibió el regalo con mucho agrado. Probó los picarones i dijo que nada podia haber mas agradable; tomó un trago de ponche i declaró que estaba superior a toda ponderacion.

—Mi amito, le dijo la negra, estos pícaros redonditos, suavesitos i dulcesitos, son los que toma el Padre Eterno cuando se encuentra de mal humor, i este ponche ha sido inventado en el cielo para consuelo en la tierra de todos los aflijidos, de todos los necesitados, de todos los pobres. Por eso deben tambien beberlo los poderosos, porque tambien suelen sufrir como cualquier mortal.

—Asi es la verdad, negra, le contestó el Presidente; pero estas cosas tan buenas, no conocidas en Chile ántes de ahora, te las habrá enseñado algun duende, sin duda.

—No, mi amito, algo mejor que eso. Fué un ánjel el que me reveló el secreto, estando yo durmiendo. Por eso, aunque yo sea una negra fea, jetona, patona i cancuda....

El Presidente lanzó aquí una ruidosa carcajada, interrumpiendo a la parlera negra. Esta continuó con gracia inimitable:

—Por eso, mi amito Presidente, aunque yo así tan fea, tengo una cosita buena i dulcesita que les gusta a cuantos la prueban. Esa cosita es el picaroncito pasado por miel.

El Presidente Pinto i personas de la familia estuvieron como de fiesta durante los minutos que la negra permaneció allí hablando sin cesar.

Cuando volvió a la calle, los soldados de la guardia formaron en fila con grande alegría i la saluda-

ron con la mano en la visera del kepí como a persona de alto rango.

La negra, siempre de buen humor, atravesó las filas de soldados con trancos marciales, levantando en alto tambien la mano derecha en forma de fusil, lo cual fué mui celebrado por aquellos.

En la época en que esto escribo (Enero de 1895) vive en la calle del Cármen una negra que conoció a la Rosalía en la época de Pinto (1829).

Muchas otras personas existen que la conocieron en los años posteriores, i por esto no ha sido difícil agrupar estas noticias sobre la picaronera.

Con la manera singular que esta tenia para atraerse las voluntades de cuantos la conocian por vez primera, obtuvo al fin una cliantela tan numerosa como distinguida, a la cual surtia de picarones en las casas.

Pero esto no fué bastante, porque la fama de esos dulces trajo a la esquina de la negra una corriente abundante i diaria de parroquianos i parroquianas de las mejores familias de Santiago, no ménos que del pueblo trabajador.

La República sufrió trastornos inmensos en el espacio de mas de treinta años; cayó Pinto, despues subió a la Presidencia Prieto, despues Bulnes, despues Montt, i la negra firme en su esquina, oyendo todo i sabiendo todo.

La esquina de la negra Rosalía pasó a ser el punto obligado de reunion de jente de todo pelo; especie de restaurant i pastelería, todo junto.

Los hombres de cierto tono, convirtieron ese local en club permanente. Con el pretesto de los picarones, de las cazuelas, de los pescados fritos i del ponche, se reunian allí muchas caras no siempre conocidas de la negra; caras que pertenecian a los bandos políticos o a la policía secreta, i de aquí se orijinaron multitud de interesantes historietas.

La negra se ayudaba en todos sus afanes i negocios de dos personas que le acompañaron durante toda su vida: una era *don Pedrito*, su marido, i otra su hermana, mencionada en el capítulo anterior, i que se llamaba Jacoba.

Don Pedrito fué un personaje curioso segun pasamos a presentarlo al lector.

Capítulo V

DON PEDRITO

El marido de la negra Rosalía, don Pedro Olivos, era un sujeto de buen carácter i de una paciencia a toda prueba. Ambos eran en lo físico i moral enteramente opuestos.

La negra era rápida en pensar i hacer las cosas i mas rápida en hablar. Su consorte tenia calma para todo, hasta para hablar. Aquella era mui gruesa, i él mui delgado como fideo.

I como era de cuerpo chico, la negra lo llamó siempre «don Pedrito» i así tambien lo llamaron sus parroquianos i los que aun le recuerdan.

Don Pedrito solia tener ratos de tontera, o de candideces como dicen en Lima. Solia ser un gran guapo de palabras, tratándose de asuntos políticos; pero la negra, que sabia lo incapaz que era hasta para matar una pulga, se reia estruendosamente cuando lo veia ajitado i echando ehispas.

Era un hombre mui aseado, con alguna instruccion i que vestia decentemente. Algunos lo llamaban *muñequito*, por la estraordinaria pequeñez de su cuerpo. Al lado de la negra, parecia una sardina junto a una ballena.

Cuando la negra se ajitaba, don Pedrino estaba con una calma atroz.

Gustaba oir misa en Santo Domingo. Tendia en el suelo un gran pañuelo por vía de alfombra, encima otro enrollado para hincar las rodillas cómodamente i allí pasaba toda la misa sin moverse, hasta que un pellizco de la negra lo sacaba de meditacion.

Tenia por los chilenos grande aprecio desde Lima; pero una vez empezó a ser menos confiado porque le ocurrió un caso que le sorprendió grandemente.

Era una tarde de calor. Un hombre del pueblo llegó sudoroso a la esquina i llamó a don Pedrito:

—Hágame el favor, dijo a éste, de servirme un granadero i unos pocos picarones sin dulce.

—Mui bien, señor mio, respondió don Pedrito con su amabilidad acostumbrada para con todos, pobres i ricos.

Los tragos fueron largos i reposados i al terminarlos, el parroquiano gritó:

—Mi don Pedrito, venga para arreglar cuentas.

El aludido ocurrió risueño restregándose las manos, en tanto que la negra mantenia en la pieza vecina bulliciosa conversacion con alguna amiga.

—Sabe usted, don Pedrito, cuántas son cinco? le preguntó el parroquiano parándose del asiento.

—No, señor, no sé sacar esas cuentas, le contestó aquel.

—Pues, yo le voi a enseñar, dándole cinco bofetadas; al darle la última, se lo avisaré i así sabrá usted cuantas son cinco.

I el hombre se preparó a empezar la cuenta, cuando don Pedrito, sin esperar la primera, huyó a esconderse detras de la negra, mientras aquel salia de buen humor a la calle i sin pagar.

Una tarde estaba don Pedrito arreglando las mesas i asientos de los saloncitos, cuando un desconocido llega i entra al saloncito reservado a particulares.

—Dios lo guarde don Pedrito, le dijo.

—I a usted tambien muchos años i con buena salud, le contestó aquel.

—Sírvame buen ponche en café para cuatro amigos; pero con la condicion de que nos deje aquí el servicio i no vuelva si no se le llama. Queremos tratar de negocios particulares i privados. Allí van algunas monedas.

I le alargó tres o cuatro pesetas.

—Está mui bien, contestó algo sorprendido el dueño de casa tomando las monedas.

Mas que de prisa fué a preparar lo pedido, diciéndole a la negra:

—Rosalía, un señor ha llegado i dice que vá a tomar ponche con otros amigos, pero solos. Así es que debemos darles gusto.

—¿Qué clase de persona es? preguntó la negra.

—Parece que viene disfrazado; trae un poncho negro, botas de campo i la cabeza i cara cubierta con un gran pañuelo medio oscuro.

Ambos así conversando prepararon el ponche, el cual quedó listo en dos minutos. Don Pedrito puso los vasos en un azafate de laton oscuro, agregando al medio un plato repleto de picarones i bizcochuelos.

—Está usted servido, señor, dijo don Pedrito colocando el servicio sobre una mesa. Ahora, cuando usted necesite algo, no tiene mas que llamar con tres golpes repetidos.

—Mui bien, don Pedrito, es usted mui estimado por su amabilidad...

Interrumpió al parroquiano el ruido de algunos pasos que se acercaban.

—Los amigos, dijo éste mirando a don Pedrito para que se retirára.

En efecto, eran ellos. Don Pedrito los encontró al atravesar el umbral de la puerta, los saludó i se retiró, no sin alcanzar a oir este diálogo:

—Ola, amigos! aquí estoi aguardándolos.

—Mi jeneral, cuanto gusto de verlo.

—Señor don Diego, adelante.

—Don Manuel, felices los mortales que lo vencen por acá, i usted don José Antonio, Dios lo tenga en su santa guarda.

Don Pedrito corrió hácia Rosalía con tamaños ojos abiertos.

—Rosalía, oye; el desconocido es jeneral... i los demas deben ser presidentes porque tienen figura distinguida, aunque tambien vienen como disfrazados.

—Pero Presidente no puede haber mas que uno, dijo la negra mirando al Pedrito algo sorprendida.

—En esta tierra, el Presidente es uno en el nombre; pero hai muchos que mandan tanto como él o mas que él, i ese don Diego... don Diego... es cara que la he visto... Tiene linda cabeza, frente espaciosa, nariz grande i aguileña....

—Será don Diego Portales...? interrumpió Rosalía en actitud pensativa.

—Cabalito! dijo bulliciosamente don Pedrito, dando un pequeño brinco.

—Entónces, cosas nuevas tenemos, porque donde está ese amito, espuso la negra, algun salpicon se forma.

—Con tal que no sea salpicon revolucionario; porque ya estamos atosigados con sublevaciones, con batallones que corren, con noticias alarmantes que vuelan...

—Calle mi don Pedrito, le interrumpió la negra; parece que esos señores discuten con calor.

—Es que el ponche está bravo i hace hablar hasta los muertos.

—Aguarde, don Pedrito; voi a ver manera de conocerlos.

—Nó, Rosalía, no haga tal cosa, porque ese que llaman jeneral no parece ser hombre de buenas pulgas i me dijo mui claro que nadie fuera allá.

—Todo es cuestion de una astucia; espéreme aquí, don Pedrito.

La negra salió de la pieza de la esquina hácia la que se seguia destinada al público, con trancos acompasados i hablando fuerte.

—Aquí hai mucha tierra, iba diciendo: esta mesita está mal colocada... i este perro ¿qué hace aquí durmiendo?

Diciendo esto, formó un gran ruido con mesas i sillas simulando que echaba fuera a algun perro. De pronto dió un grito.

—Don Pedrito! este animal me ha mordido!... me ha mordido...

Al momento salieron los cuatro parroquianos a defenderla del perro imajinario.

—Negrita, qué te ha sucedido? le dijo uno aproximándosele.

—Un perro intruso que me dió un pequeño mordizco... pero no es nada... no se incomoden amitos. ¿Les sirvo unos picaroncitos sin miel? Son especiales para el ponche con nieve...

—Bueno, negra, trae esos picarones.

Rosalía corrió haciendo jestos i guiñando el ojo a

don Pedrito, el cual habia salido a ver lo ocurrido con cara estúpida, lo cual provocó la risa de la negra. En pocos instantes, ésta acomodó un plato apetitoso i lo llevó lijero al saloncito de la reunion, no sin prevenir primero su presencia.

Al colocar el plato en la mesa, estaba ésta con muchos papeles estendidos o enrollados. Todos callaron en ese momento.

—Mi amito don Diego, dijo la negra: pida lo que necesite.

—Nada mas, negra, contestó aquél miéntras los otros continuaban la conversacion interrumpida; nos vamos a retirar mui pronto, pero seguiremos viniendo porque nos gusta este local por lo tranquilo i lo cómodo para entra sin ser visto. Perc, no hablemos mas, porque tenemos muchos negocitos que arreglar.

—Mi amito, está en su casa, dijo Rosalía retirándose.

Apenas salió, cerró bien las cortinas para seguir oyendo ciertas cosas raras que alcanzó a percibir en las conversaciones i luego se marchó a saltos hácia la esquina.

—Sabe, don Pedrito?... allí están cuatro personajes...

—Sí, ya sé que son cuatro.

—Aguárdese Pedrito i oiga bien: uno de ellos es realmente don Diego Portales.

—Con que era él!

—Ni mas ni ménos; el que sigue a la derecha es

el abogado que vive allá arriba, un señor Rodriguez Aldea que fué Ministro en otro tiempo.

—Ya sé, ese es don José Antonio, que llaman el *chillanejo*.

—El otro es don Manuel Renjifo a quien le mandé hace tres dias una fuente de picarones que me vino a comprar la señora.

—Ya me acuerdo, dijo don Pedrito, una señora guatona...

—Déjese, don Pedrito, de hablar tan groseramente de esa amita. Digo que el jeneral es... chist! el jenerales... don Joaquin Prieto

Don Pedrito dió un brinco como herido por un alfiler i quedó con la boca abierta, lo mismo que sus ojos i narices.

—Pero, hai mas, continuó Rosalía, abriendo ella tambien ojos i boca i acercándose al marido; dijeron que el saloncito ese lo tomarian como club

Don Pedrito retrocedió casi espantado.

La negra prosiguió con aire misterioso, siguiendo al marido a medida que éste retrocedia.

—I al efecto, me dieron esta cosa.

=Una onza de oro! murmuró don Pedro retrocediendo otro tranco.

La negra avanzó un paso i continuó diciendo:

—Lo curioso es que el amito don Diego me la pasó sin decirme nada; pero yo sé que estan tramando...

=Tramando? interrumpió don Pedro dando otro paso atras con muestras de terror.

=Sí, Pedrito, oiga bien, le dijo la negra adelantándose un tranco: estan... estan... conspirando!

Don Pedrito dió una especie de bufido; retrocedió nerviosamente i tropezó con el tiesto de miel que hervia sobre el bracero.

I aquí se formó la gran batahola: don Pedrito saltando por sobre las brasas que caian arrojando chispas i bullicioso vapor al ser tocadas por la miel, i la negra que trataba de enderezar el bracero i su tiesto, dando voces al hombrecito para que no aumentára el alboroto i tirándole con las tenazas para que se retirára.

El Pedrito estaba como aturdido; para acomodar las cosas con mas enérjica rapidez, lo tomó la negra por la trasera de los pantalones i de un envion lo lanzó lejos del lugar del siniestro.

Don Pedrito cayó como rana a dos metros de distancia.

A ese tiempo, los cuatro señores se retiraban, gritando uno de ellos:

—Rosalía! que nadie ocupe la salita; ya volveremos.

—Está mui bien, amitos, contestó la negra sacudiéndose la ceniza i procurando levantar a don Pedrito hablándole frases cariñosas.

Capítulo VI

EL CLUB DE LOS PICARONES

En el dia que ocurrieron las escenas que quedan narradas, como en la noche, acudieron como de costumbre diversas personas a servirse el buen ponche i a comer las golosinas que en tentadoras fuentes estaban siempre de muestra.

Allí se hablaba i charlaba libremente. Cercana las 12 de la noche, don Pedrito avisó que ya era hora de cerrar el negocio. Solo quedaban unos seis parroquianos, dos de los cuales conversaban en voz baja.

—Oiga usted don Pedrito, dijo uno de estos llamando al dueño de casa.

—Mande usted mi caballerito, contestó el aludido acercándose al que lo hablaba.

—He venido a esperar al señor don Diego Portales para entregarle una carta que le mandan del campo, pero parece que ya no vendrá.

—Nada me ha dicho si viene esta noche o mañana; solo dijo que volveria. Estuvo aquí hoi con tres señores mas, conversando solos.

—Venia entre ellos un señor con poncho i la cara amarra... ..?

—Sí, le interrumpió don Pedrito, el jeneral Prieto, segun dijo Rosalía.

—De él es la carta que traigo, dijo el desconocido empinándose el vaso de ponche; ademas, debo entregarle esta canasta.

I mostró una que tenia a su lado cubierta con pasto.

—¿Fruta, talvez? espuso don Pedrito.

—Sí, son frutas un poco amargas. Mire usted.

El sujeto de la carta levantó algunas hebras de pasto i mostró el contenido.

—Son pistolas! esclamó don Pedrito haciendo un ademan de querer huir.

—Como usted es de los mismos, por eso le mues-

tro estas cosas que traigo con grandísima reserva dijo el parlero campesino.

—I cuándo nos reparten esas frutas? preguntó el compañero.

—Yo entendia que esta noche; porque, miren ustedes—agregó con tono misterioso el de la carta—la jente está en el sur i mi jeneral Prieto arde en deseos de dejarse caer sobre Santiago para torcerle el pescuezo al Gobierno i a todos los liberales que lo apoyan.

Don Pedrito iba abriendo los ojos a medida que oia esas noticias para él aterrantes i que no entendia. Iba a decirles que el no era partidario ni cosa parecida, cuando oyó estas siniestras amenazas:

—Ya todo está arreglado, hasta una junta encargada de matar a cuantos partidarios muestren cobardia despues de saber algun secreto.

Don Pedrito casi perdió la cabeza. No habia duda que se trataba de una revolucion en la cual estaba él metiéndose sin quererlo.

—Pero, ya es hora de terminar, les dijo éste aludiendo a la conversacion que llevaba trazas de prolongarse, mientras la negra daba tremendo bostezos en la vecina pieza.

—Sí, contestó el campesino; es hora de concluir con el Gobierno. Me parece que en dos dias mas tendremos combate...

—Combate, por Dios santo! dijo don Pedrito agarrándose la cabeza a dos manos.

—Sí, pues, i usted debe estar listo para apuntar bien i tirar fuerte, para lo cual le dejo por mi cuenta esta pistola con sus correspondientes balas...

Pero don Pedrito no oyó mas, porque echó a correr hácia donde estaba la negra, en tanto que los dos campesinos arreglaban sus ponchos para retirarse.

—Rosalía! Rosalía! tenemos revolucion i nos van a obligar a tirar con pistola...

La negra lanzó una sonora carcajada, parándose para ir a ver de qué se trataba, diciéndole:

—Es usted, don Pedrito, un leso de veras, asustadizo como un pollo, un maricueca, un...

—Basta, Rosalía, no me llene usted de frases que nada tienen de almíbar. Vaya a ver aquella barbaridad; no se trata de una pistola, sino de una canastada.

I don Pedrito habria los brazos, jesticulando i dando muestras de gran miedo.

—Vamos a ver de qué se trata, dijo Rosalía de mui buen humor, asomando a la pieza destinada para el público.

Quedó sorprendida la negra al ver entrar a ese tiempo unos cuantos hombres con diferentes trajes, i entre ellos dos o tres militares.

—Como vá, Rosalía, dijo uno acercándose a aquella.

Oh! mi amito don Diego, aquí está su servidora.

—Bueno, sirve un poco de tónico para estos señores, pero pronto, porque nos vamos en seguida, a fin de que ustedes queden tranquilos, pues ya son mas de las doce.

A ese tiempo, don Pedrito iba acercándose a la escena detras de la negra, con las manos cruzadas por delante i encojiéndose como para hacerse más chiquito. Tenia un miedo atroz, mucho mas cuando divisó militares.

Rosalía volvió lijera a traer lo que se le pedia, atropellando a don Pedrito, el cual la siguió, diciéndole.

—Sírvales luego a esos señores para que se vayan pronto. Esta casa se está volviendo cuartel i merienda de negros...

—Quite allá, don Pedrito, le interrumpió Rosalía ágriamente; lo que nos importa es tener buenos parroquianos i vender pronto, bueno i barato, sin que nos importe revoluciones.

—I esas pistolas, ¿no nos pueden comprometer..?

—Qué nos importan pistolas ni trabucos! Acomode ese c fé, pase el pisco i menéese lijero, don Pedrito; arriba el ponche i vengan las pesetas!

—Así son las mujeres; siempre con el negocio por delante! agregó don Pedrito por via de rezongo, ayudando a la negra a preparar buenos granaderos de ponche.

—Ya está don Pedrito, gritaban algunos parroquianos de la vecina pieza, dando golpes con las manos.

—Apúrate, cara de tiuque! le gritaba alguno.

Rosalía i su consorte, llegaron al fin con el servicio, mientras se seguía una animada charla; pero para dejar que conversáran libremente en voz baja tres o cuatro de los asistentes, entre los cuales estaba don Diego Portales.

Señores, decia éste en ese momento; nuestro jeneral me avisa que va a juntarse con el ejército i que lo esperemos listos. Presentará combate en la chacra de Ochagavia que está a dos leguas al sur de la ciudad.

—Perfectamente, respondió uno; pero, dígame usted, don Diego, ¿estos señores militares han firmado compromiso con nuestro bando?

—Sí, no tengan cuidado; son de la policía i con ellos podemos andar por todo Santiago sin ser molestados. Ahora, cada uno a armarse.

La canasta fué destapada, en tanto que Rosalía terminaba de arreglar la mesa del saloncito reservado.

La negra empezó a temer que tales preparativos i tales escenas llegasen a conocimiento del Gobierno, i para aclarar el punto llamó aparte a don Diego.

—Mi amito, le dijo; no me convienen estas cosas de armas i de soldados. Mi negocio peligra....

—Sobre todo, se acercó diciendo don Pedrito, cuando hai una canastada....

—Calle, don Pedro! dijo Rosalía.

—No hai cuidado, espuso don Diego Portales; esta noche nos separamos de esta jente, porque unos se van al sur i otros se diseminan por la ciudad para hacer propaganda en los puntos que el comité revolucionario les ha señalado. Quedaremos tres o cuatro para seguir viniendo disfrazados con el pretesto de los picarones i para esto buscaremos las horas mas a propósito. No tengan cuidado; tenemos seguridad de vencer por fuerza o por maña, i enton-

ces nos acordaremos de este silencioso club. Nos retiramos.

I don Diego fué a reunirse con los demas, instándolos para abandonar la casa.

Apenas salió la concurrencia, don Pedrito se apresuró a cerrar las puertas, dando ruidosos bostezos.

—Rosalía, estos señores dejan mucha plata; pero de un repente nos vamos a ver envueltos en alguna pesadumbre.

—Así es la verdad, contestó Rosalía alistándose para irse a la cama.

—Oye, Rosalía ¿sientes?

—Ambos se pusieron en actitud de escuchar algo.

—Se sienten trancos lijeros i algunos ruidos como de pistoletazos mui lejos.

—Ave Maria Purísima! vamos a dormir, Rosalía; no sea que la revolucion estalle esta misma noche.

Efectivameute, habian sido tiros esos ruidos, porque un imprudente de los que habian salido poco antes habia disparado su arma contra un pequeño grupo sospechoso que encontraron en la calle de Morandé, esquina de Santo Domingo.

Los enconos de partido iban enardeciendo los ánimos i preparándolos para un próximo rompimiento.

Apenas asomó el sol tras de los Andes, en la mañana siguiente, recios golpes dados en la puerta de calle, estremecieron a don Pedrito en su cama.

—Rosalía! Rosalía! revolucion tenemos.

—¿Cómo dice, don Pedrito? le respondió aquella estirándose perezosamente.

—¿Oye? cañonazos... se estan batiendo en la calle... ¿oye? parece que que están tirando en la misma puerta...

—Don Pedro, si están golpeando. Levántese lijero i déjese de revoluciones.

De unos cuantos acomodos, se vistió don Pedrito i fué lijero a abrir.

Un parroquiano mitad militar i mitad paisano esperaba afuera.

—¡Qué flojo está don Pedrito! le dijo aquel entrando, cuando vengo a despedirme del ponche i de los picarones.

—¿Con que madruga usted para eso? contestó el aludido.

—Es claro, como que hoi mismo sale mi batallon a acamparse fuera de la ciudad. Las cosas están peliagudas. El Gobierno se mantiene firme, i el jeneral Prieto avanza hácia esta ciudad. Pero.:. páseme un trago, que lo veo a usted como estancado aquí.

—Es verdad, pero es que estas cosas me asustan.

I empezó a servir al parroquiano a tiempo que entraban conversando dos obreros. Uno de ellos era carpintero i trabajaba en la casa del jesuita Lecaros, en la calle de Santo Domingo.

—Como te iba diciendo, dijo éste; se va a producir un choque armado entre liberales del poder i conservadores de la oposicion. Los liberales cuentan

con el jeneral Lastra; pero los conservadores tienen al jeneral Prieto i a don Diego Portales que es mas que jeneral.

—¿I qué cosa es ese señor don Diego que todo el mundo nombra? dijo don Pedrito.

—Es un hombre mui hábil, continuó el obrero; jeneroso, desprendido, se mete con los pobres i con los ricos i a todos los envuelve. Dicen que será Presidente de la República si llegan a triunfar los conservadores.

—Pero, en medio de esas larguezas, dijo el otro obrero, tiene el gran defecto de ser el rei de la aristocracia, el jefe de los pelucones. Las ideas liberales no surjirán con él; el pueblo seguirá ignorante, esplotado por los caballeritos, mientras los frailes nos atosigan con novenas i con sermones avinagrados.

—El ponche, señores, dijo don Pedrito con su cara entre formal i risueña, en tanto que la risa brotaba bulliciosa entre los asistentes.

Algunos parroquianos, de los que gustan echar una copa en ayunas, llegaban i salian en esos instantes. Eran trabajadores que pasaban a sus faenas, deteniéndose el tiempo preciso para echar una tragada.

Un hombre en traje de capataz de hacienda habia entrado entre otros i habia tomado asiento cerca del obrero aquel, con una seña a don Pedrito habia pedido un vaso de ponche.

Servido éste, i a la usanza de los hijos del pueblo, ofreció un trago a los que bebian con el obrero.

—Estos son los tragos mas sabrosos, dijo el obrero; nacen espontáneos del corazon i se pasan sin saber a quién, talvez a un adversario. Pero lo que es aquí, no hai mas que amistad. En este lugar de picarones i de ponche bueno i barato, solo hai amigos i solo hai fraternidad.

I luego, dirijiéndose hácia la calle, a una multitud imajinaria, agregó en tono de sermon, pero que revelaba el mejor buen humor:

—Venid aquí, vosotros que padeceis sed, los que sufris colores, los que sudais tras de engañosa política, venid aquí, que acaba de llegar el Cristo que convierte el agua en ponche, la tristeza en alegría i el que paga todo lo que se pida...

El huaso se rió de mui buena gana, i lo mismo hicieron los circunstantes, celebrando al obrero que contiuuaba hablando como cotorra.

—I vos, ponche querido, lindura de las linduras, consuelo de aflijidos, alivio de penas, báculo de ancianos, compañero en la horfandad, pasad por mipobre garganta que está mas seca que charqui de macho cuyano, i llenad mi corazon de aquella paz i alegria de que gozan los bienaventurados en la gloria eterna, *per omnia secula seculorum.*

—Amen! dijo la negra apareciendo risueña i siguiendo el canto de iglesia con que aquel habia terminado su humorístico discurso-brindis.

Aplausos i carcajadas resonaron en aquella casa, en donde la alegría empezaba desde temprano.

—Tiene usted mui buena palabra i buen resuello para buzo, dijo el capataz recibiendo el vaso que aquel le pasaba casi vacio.

—Que quiere usted; es preciso alegrarse antes que los pelucones vengan a fusilarnos o a desterrarnos.

—Ola! ¿con que usted le gusta la política? le dijo el hombre de campo, sentándose.

—No me gusta mas que el trabajo; pero veo venir ya el gobierno de los conservadores en las puntas de las bayonetas de Prieto, i esto me hace pensar en que se preparan para Chile mui largos años de dominacion de clérigos i de monjas.

—¿Usted odia al partido conservador?

—Nada de eso; los conservadores han contribuido poderosamente a la independencia del pais i por esto no pueden ser hombres malos. Sin embargo, unos cuantos cabecillas son los que se levantan i encaminan al partido por senda estraviada. Uno de esos diablos es don Diego Portales, al cual se le ha antojado jugar con todo el mundo i él mismo vive en perpétua alegría.

—Cierto, dijo una voz; aquí lo he visto varias veces i lo mismo por la Cañadilla.

—Si ese bárbaro subiera al poder, mandaria como emperador tunante, dando palos i dando carcajadas.

El huaso hizo un brusco movimiento.

—¿Se sorprende usted? le preguntó el obrero.

—No, amigo; lo que siento es que sus palabras son un poco duras para ese señor. Tiene mas corazon i mas patriotismo del que usted se figura, segun lo he conocido.

—Es que usted debe ser algun empleado de rico hombre, de aquellos que se inclinan delante de ese ídolo de barro, que ni es conservador ni es liberal. Portales es un jóven que vive entre amoríos i escen-

tricidades i que admirablemente les viene a los conservadores para escalar el poder i gobernar dándonos palos en ayunas i palos en la merienda.

———

—Basta de política, interrumpió la negra, i vivan los picarones!

Diciendo esto empezó a pasar un plato de esos fritos, pero sin miel.

—Me voi a mis tareas, dijo el obrero sirviendo a su compañero el último trago.

El capataz se acercó a don Pedrito i le dijo, señalando lo servido:

—Todo ésto por mi cuenta.

—No crea que es poco lo servido, le dijo don Pedrito.

El capataz le clavó los ojos con mirada penetrante, contestando a aquel:

—No importa, ni discuta.

Don Pedrito corrió a contar a Rosalía que aquel hombre lo habia mirado de una marena rara.

—I esa voz, agregó, parece que no es la del capataz.

—Nunca he visto a un hombre con voz prestada, dijo aquella.

A ese tiempo resonaban careajadas en la vecina pieza. Era que el obrero daba las gracias al campesino, despidiéndose.

—Es usted de los ricachones i partidario de los pelucones, le decia el alegre obrero; viste usted de huasito, pero tiene buen caballito, i parece hombre

grave i bien derecho i mozo de pelo en pecho. Le diré que soi Clemente Morán, mientras menos pido mas me dan; por la madre soi Moraga, quien me la hace me la paga. Yo sé ayudar a un fraile a decir misa, pero si se descuida le robo la camisa. Adios, mi amigo, no olvide lo que digo, ni menos a Moran.

Dijo saliendo con su amigo i dejando al capataz de mui buen humor.

—Mira, Rosalía, si me buscan, estoi en la salita, es decir, en el club ... dijo el campesino.

La negra abrió tamaños ojos. Don Pedrito se levantó sobre los talones para ver mejor a aquel hombre que parecia estar en los secretos del llamado club.

—¿No me conocen? dijo aquel sacándose de un tiron la barba.

—Mi amito don Diego! esclamó la negra juntando las manos en muestra de admiracion.

—Esto está mui bueno! dijo don Pedrito riéndose nerviosamente; i el obrero aquel que echó pestes contra don Diego Portales ..!

Don Diego Portales, porque él era, volvió a colocarse la barba postiza, diciendo con rostro risueño:

—Voi al club, si alguno me busca, allí estoi. Les encargo silencio i prudencia.

Don Diego se retiró al lugar mencionado.

Allí se reunieron, unos en pos de otros, hasta tres personas enteramente desconocidos de Rosalía.

Ponche en leche, picarones sin dulce, bizcochuelos i otras cosas sirvió aquella para los asistentes.

—¿Tenemos todo listo? preguntó don Diego Portales a los amigos.

—Listo! contestaron.

—Entonces nuestro plan será que el jeneral Prieto presente combate por el lado sur de la ciudad, por la chacra de Ochagavia, en tanto que la *partida del Alba* del comandante Calvo deberá entrar a la poblacion para saquear i alborotar a todo el mundo.

—Pero eso es peligroso, porque las turbas pueden atacar a amigos i adversarios, dijo uno.

—Sobre esto, Calvo responde del éxito, porque ya está acostumbrado. Este diablo ha recorrido todo el sur dando malones, eso sí que haciendo peligrar el buen nombre de los conservadores, porque los liberales o pipiolos llaman a los afiliados en la partida «los ladrones de Prieto»! Peró este nombre pasará i quedará como recuerdo; mientras tanto, lo que necesitamos es vencer al Gobierno.

—¿I si nos vencen? dijo el de mayor edad echándose al cuerpo un soberbio trago.

—Ya tengo todo previsto; si nos vencen en el combate, nos rendimos; llamaremos entonces a los jefes contrarios a un lugar vistó de antemano i allí los encerramos i entonces empezamos de nuevo el combate.

—Ni el mismo diablo habria armado mejor este plan, dijo uno; i dígame, amigo don Diego, ¿en qué

proporcion puede librarse el combate? Porque estamos casi a mediados de Diciembre i yo no sé lo que ha ocurrido de dos meses atras, por mi alejamiento de la capital.

—En dos palabras lo sabrá todo, respondió don Diego sirviéndose un trago. Por renuncia del jeneral Pinto, que ocupaba la presidencia de la República, en octubre último, fué nombrado Presidente el del Senado don Francisco Ramon Vicuña; pero como a éste lo asustamos con una revolucion, se marchó a Valparaiso i de aquí a la Serena. Quedó en su lugar el jeneral Lastra.

—I este es bravo i prestijioso.

—Sí, pero tambien lo es Freire i Pinto que no se mezclan. De modo que quedarán al frente Lastra i Prieto con mas o menos igual número de tropas. En Santiago el Chacabuco núm. 1, el Concepcion núm. 7, el Pudeto núm. 8, i tienen jefes de mérito como Castillo, Rondizzoni i de Vic Tupper. En todo unos 1,100 hombres mas o menos.

—I los nuestros ¿cuántos son?

—El ejército de Prieto tiene como 1,200 hombres, entre los cuales hai 500 o 600 de caballería al mando del coronel Bulnes i la artillería del coronel Justo Arteaga. Tenemos el Carampangue, comandante Anguita, los milicianos de Aconcagua, que son como 500, i el batallou de Colchagua. Tengo fé en el buen éxito.

—Dígame usted, preguntó el de mas edad, ¿tienen arreglado ya el nuevo Gobierno?

—Pues, es claro, contestó don Diego; la cosa debe

ser de esta manera: Prieto o don José Tomas Ovalle, de Presidente, i yo de primer Ministro.

—Bravo! dijeron los amigos levantando los vasos.

—Por el éxito!

—Por el futuro Ministro!

—Por la gloria del partido!

—I por el ponche de la negra Rosalía! agregó don Diego en tanto que aquella se aproximaba.

—Amito, un poco de silencio! dijo la negra; están llegando paisanos i soldados i pueden oirlos.

En efecto, varios hombres del pueblo pedian diversos licores i lo mismo hacian algunos soldados, dos o tres de los cuales eran acompañados por sus mujeres o amigas.

Con esta jente la casa tomó aspecto de fiesta. Dichos humorísticos o picantes, risas i hasta canciones se oian en aquellos grupos diseminados al rededor de cada mesa.

Los picarones eran el plato favorito de las mujeres. Los soldados bebian largo i hablaban récio.

—Creo que mañana es el tiroteo, dijo uno.

—Me parece, dijo otro; solo siento dejar a mi chinita, que en cuanto a las balas, yo las oí sonar fuerte en Maipo con mi jeneral O'Higgins.

—I yo en Chacabuco, en Maipo i en Chillé.

—Todos estos son veteranos, dijo don Diego Portales en la pieza vecina, i esta jente va a pelear sin mirar para atras.

—¡Tropa! tropa! gritaron los soldados parándose con los jarros de ponche en mano.

—Arriba, niños! dijeron varias voces.

Era que se oia a lo lejos sonido de cornetas i tambores que tocaban llamada i tropa.

La ajitacion fué grande entre los circunstantes. Unos bebian, otros pagaban i otros abrazaban a las mujeres despidiéndose.

—A la guerra otra vez! decia un soldado; peleamos con los godos i ahora nos vamos a las manos chilenos con chilenos.

—Adios negrita linda! decia un paisano.

—Fuera diablos! gritó un sarjento que llegó a caballo a la puerta; a los cuarteles, a los cuarteles!

I todos en tropel salieron, tomando en la calle diversas direcciones.

—La cosa aprieta, dijo don Diego saliendo con los demas; nos vamos al campo, Rosalía i hasta la vuelta.

—Feliz viaje, amito, gritó la negra saliendo apresuradamente.

Los encontró en el umbral de la puerta examinando a hurtadillas sus armas de fuego.

—La mia está corriente; basta un soplido para que la bala salga dejando el tendal de diablos en el suelo.

—Rosalía! Rosalía! gritó entre dientes don Pedrito; éntrese por Dios, mire que esos señores están todos armados.

—Hágame el favor don Pedrito de no ser tan tímido, le dijo la negra entrando i acercándosele, miéntras aquellos abandonaban de prisa la casa.

—Que vá a ser de nosotros ahora! decia aflijidísimo don Pedrito agarrándose a dos manos la cabeza.

—Pero hombrecito de Dios ¿qué tenemos que meternos en estos asuntos i en estas guerras? Mi negocio se perjudicará algunos pocos dias, por falta de parroquianos; pero ya se compondrá.

El tambor continuaba tocando llamada. Se percibia cornetas i clarines por diversas partes de la poblacion.

Los hombres corrian hácia el centro de la ciudad mientras que algunas mujeres formaban grupos haciendo bulliciosos comentarios.

—Voi a ver qué hai de nuevo, dijo Rosalía poniéndose un manton.

—Por nada de este mundo irá usted, le gritó don Pedrito; no faltaba mas que las mujeres anduviesen en las guerras juntas con los hombres.

—No tenga cuidado, don Pedrito; voi a la plaza, me asomo por una esquina i me vuelvo.

—Nada! no irá usted i yo no me quedo sólo en esta casa. Acuérdese Rosalía que aquí hai un club i que los señores aquellos pueden venir, i ¿qué puedo hacer yo?

—Déjeee don Pedrito; no me demoraré mas de quince minutos.

I la negra salió sin oir mas, dando largos trancos hácia la esquina del negocio, para el lado de la calle de Santo Domingo.

Don Pedrito quedó con cara tan aflijida i asustada al mismo tiempo, que de verlo habria soltado

una carcajada el mas formal. Como nunca se desató entonces a hablar atrocidades.

De un repente se sacó la chaqueta, los zapatos i el sombrero, i así echo a correr hácia la calle siguiendo a la negra.

Dando saltos como gato, llegó sin ser sentido por detras de Rosalía i de un brinco se le subió sobre los hombros.

Cuando la negra dió un grito de sorpresa, ya don Pedrito le tenia sus piernecitas como abrazándole el cuello, mientras que con las manos se sujetaba del moño.

—Ahora, vamos los dos, Rosalía, le dijo don Pedrito.

—Bájese, por Dios, don Pedrito, gritaba la negra, pugnando por desprenderse de éste.

Don Pedrito estaba pegado como nigua, por lo cual la negra no tuvo mas que volverse a la casa. I como era inútil enojarse con ese hombrecito, rompió aquella en estruendosas carcajadas.

Capítulo VII

EL COMBATE

La noche que se siguió al dia en que ocurrieron las escenas relatadas, fué la del 13 al 14 de diciembre de 1829.

La ciudad durmióse tranquila; pero en el Gobierno i cuarteles se notaba ajitacion.

Era que se habia anunciado que el ejército de Prieto se aproximaba a Santiago. Por esto desde la

tarde del 13, numerosos piquetes de tropa salieron de avanzada hácia el sur para cerciorarse del rumbo fijo del enemigo.

Las tropas del Gobierno salieron a situarse en el llamado entonces *Olivar de Ovalle*, que era una quintita situada exactamente donde hoi se levanta el palacio de la señora Goyenechea de Cousiño, calle del Dieziocho.

Entonces esos sitios eran campos cruzados de potreros i arboledas. A sus sombras acampaban los afectos al Gobierno.

Las tropas de Prieto se sabia que habian llegado a la chacra que hasta hoi se llama de Ochagavia.

Era una mañana hermosísima la del 14 de diciembre mencionado. Apenas asomó por el oriente la blanquecina luz del alba, tocaron a misa algunas campanas i salieron a la calle los poquísimos madrugadores santiaguinos.

Patrullas de soldados a caballo recorrian la silenciosa poblacion, en donde no se oia mas ruido que el canto de las aves i el toque lejano de la diana.

Brisas cordilleranas llegaban frescas i juguetonas acariciando rumorosas las flores de los jardines i las plantas i árboles de las huertas, perfumando el ambiente con delicadísimos aromas.

La naturaleza estaba ataviada lujosamente: esmeraldas i perlas salpicaban su espléndido traje de mañana, engalanado como para recibir enamorada las caricias de un radiante sol.

De un repente, el ruido bronco del cañon llenó los aires por el lado sur i un rumor estraño esparcióse por la ciudad, semejando descargas de fusilería.

—Rosalía! Rosalía! gritó don Pedrito levantándose de la cama; ahora si que reventó la guerra; ¿oye? están tirando...

—Cierto, contestó Rosalía; se están batiendo... Pobrecitos!

—Están tirando, Rosalía!

—Pues, eso mismo digo yo; oiga don Pedrito como corre la jente por la calle.

I ambos saltaron de la cama para vertirse ajitadísimos.

Don Pedrito resollaba fuerte sin poder hablar; el miedo lo puso tembloroso.

—Mire, Rosalía, aquí se ha metido una pipa de diablos, porque no puedo entender este paltó ni este chaleco.

—Don Pedrito, por Dios, si se está poniendo mis enaguas.

—I a quién diablos se le ocurre venir a agarrarme la cosas. Lo mejor es que me vaya a la guerra; aquí esta casa está revuelta i patas arriba... Este chaleco no es mio; es de algun hombre... ¿qué significa esto, Rosalía? Encienda luz en el momento; ¿de dónde demonios sale este chaleco tan grande, cuando no hai mas hombre que yo aquí?

—Pero don Pedrito, dijo Rosalía riéndose a toda boca, mire que eso es mi chaqueta...

—Mi ropa, por Dios! dónde está mi ropa.

I don Pedrito se afanaba como un aturdido buscando su traje, que yacia en el suelo revuelto i pisoteado por su atalondramiento.

El ruido de las armas continuaba cada vez mas fuerte.

En realidad, el combate se habia trabado furioso en Ochagavia. El ejército de Lastra habia avanzado a encontrar al de Prieto, mui de madrugada. Una corta escaramuza fué el saludo entre ambas bandos; el combate se siguió despues.

La alarma de Santiago ya se calculará. Los habitantes abandonaban el lecho en medio del mayor espanto, aumentado con el correr a escape de soldados i oficiales que llevaban o traian alguna órden.

Don Pedrito pudo vestirse i salió a la calle dando pequeños gritos de susto.

—Rosalía! Rosalía! corra, hija; aquí hai una bolina de todos los diablos.

—Allá voi, gritaba la negra batallando por vestirse.

En efecto, en la calle de Santo Domingo, como en la de Teatinos, se divisaban grupos de jentes que discutian acaloradamente, mientras otros corrian en todas direcciones.

—Viene la *partida del alba!* derrota! derrota! venian gritando dos hombres por la última calle nombrada i que se dirijian hácia el norte.

—Oiga usted, mi señor, gritó Rosalía a uno; venga a remojar la garganta i en seguida se vá.

Era con el pretesto de preguntar lo que hubiese de nuevo. El aludido volvió, i al entrar sudoroso i jadeante, dijo:

—Parece que el Gobierno ha perdido porque la *partida del alba* ha empezado a entrar i anda saquando...

—A ver, esplíquese usted, hombre, dijo don Pedrito, pasándole un vaso de buen ponche. Dígame qué partida es esa que usted nombra.

Es una tropa de caballería que la manda don José Anjel Calvo, cuyo sujeto se ocupa de proveer de tropa i víveres al jeneral Prieto; pero en las horas desocupadas i especialmente al venir el alba, se deja caer sobre los vecindarios, saqueando i atropellando todo, personas i cosas.

—Pero esos son unos canallas! gritó don Pedrito.

—Ahora, de mañanita, han saqueado varias casas en la Recoleta i entre ellas la del consul frances señor de La Forest.

—A esos salvajes hai que combatirlos, dijo mui enojado don Pedrito; si llegan los bandidos por aquí, les doi con lo mas duro.....

—Sí, dijo Rosalía riendo; les dá picarones....

—Déjese de bromas, Rosalía; estamos para cosas sérias, porque hai que defender nuestro hogar matando i descuartizando si es necesario.

—Es claro, agregó la negra, como que ya ha descuartizado la gallina fiambre que tenia guardada en aquella fuente i lleva trazas de engullírsela toda.

I Rosalía reia con las mejores ganas, en tanto que don Pedrito bufaba de rabia porque aquella todo lo hacia broma.

A ese tiempo cundia el ruido del combate i aumentaba la ajitacion popular en las calles. Se percibia perfectamente las descargas cerradas de los batallones que luchaban.

En Ochagavia se peleaba por el predominio de liberales i conservadores.

La constitucion liberal de 1828 querian destruirla a balazos los últimos i de igual manera querian conservarla los primeros.

El pueblo solo sabia que peleaba Prieto contra el gobierno de Lastra para derribarlo. Por esto la revolucion no tenia raices en las muchedumbres, que corrian de un lado para otro, sin saber gran cosa de lo que pasaba.

Una de esas oleadas de pueblo pasó por la calle de Santo Domingo. Parece que se trataba de huir de la jente de Calvo.

Este nombre lo pronunciaban con una especie de terror.

—Rosalia! Rosalia! la jente corre por todas partes, gritaba don Pedrito. Tráigame un puñal, una tranca i un trabuco, porque voi a defender la puerta a balazos, caiga quien caiga, muera quien muera.

Don Pedrito estaba furioso. A juzgar por su actitud i por sus amenazas, tenia ánimos de batirse bravamente.

—Yo soi chico decia moviendo mesas i sillas nerviosamente; soi chico, pero cuando me enojo, tengo una cosa grande, porque tengo un corazon de fiera, capaz de atropellar a un millon de diablos si los pillo a mano...

Rosalía no cesaba de reir con las bravatas de don Pedrito, que en realidad estaba mui enojado. Era partidario de los liberales pero se cuidaba de hablar delante de personas estrañas a la casa.

—Rosalía! Rosalía! parece que ya viene esa maldita *partida del alba*.

Don Pedrito corria de un lado para otro, alarmándose mas de lo conveniente; pero en realidad no dejaba de tener razon.

En efecto, muchos soldados, mitad paisanos, corrian a caballo, llamando e insultando a los gobiernistas i alarmando el vecindario.

—Salgan esos liberales pipiolos, gritaban; esos futres pipiolilos que no tienen ni en qué caerse muertos i andan metidos en política.

Gritos i maldiciones se oian por todas partes. Rosalía i don Pedrito estaban ajitadísimos.

De pronto llega como echando chispas un soldado de la partida aquella. Casi atropella a Rosalía que a ese tiempo se asomaba a la puerta.

—A ver, señora! ¿dígame dónde está el dueño de casa?

—Oiga usted, aquí no hai ninguna señora; solo encuentra usted a la negra Rosalía i esta soi yo!

Don Pedrito llegó temblando de miedo a ese tiempo, por detras de Rosalía.

—Hijita mia, dígale que el dueño de casa no existe, le decia aflijido aquel.

—No hai mas dueño de casa que yo! dijo con enerjía Rosalía.

El soldado montaba un buen caballo, al cual daba vueltas con movimientos rápidos. El animal parecia una máquina; jiraba sobre las patas traseras como haciendo remolinos, lanzándolo el jinete a veces sobre una direccion determinada.

Tres soldados llegaron a escape a caballo. A ese tiempo don Pedrito cerraba escaparates i cajas por simple precaucion. Se temia un saqueo jeneral, i todos los santiaguinos, sin distincion de color político, tomaban las medidas necesarias para estorbar el pillaje i sus desmanes.

Al bullicio ocasionado por esos hombres a caballo, salió don Pedrito hasta ponerse detras de Rosalía, abandonando su tarea de resguardar lo mejor posible, los intereses de la casa.

—Rosalía! Rosalía! no le diga a esos bellacos que yo estoi aquí, decia don Pedrito tirándole a la negra el vestido.

—A ver, doña negra! gritó un soldado bajándose del caballo; necesitamos al dueño de casa, i si nó, la casa es nuestra.

—Vírjen santísima! dijo a media voz don Pedrito; esos bárbaros me van a degollar...

Los soldados se desmontaron a ese tiempo. La negra se afirmó a un lado de la puerta, diciendo:

—¿I qué es lo que quieren ustedes?

—Mui poca cosa, dijo uno.

—Rosalía! nos vienen a saquear, dijo don Pedrito en voz baja; voi a buscar auxilio a algun cuartel; pero mientras tanto, procure esconderme para no ser pillado...

Los soldados se dirijieron a la casa, preguntando por alguna cosa que comer.

—Me quieren causear, dijo don Pedrito levantando las polleras de la negra i metiéndose debajo.

Rosalía hubiera querido reirse con todas sus ganas ácostumbradas; pero quedó inmóvil i séria.

Los soldados estaban haciendo sonar sus grandes espuelas, mientras que don Pedrito temblaba como pollito bajo las alas de la gallina.

—Ahí tienen buen ponche i picarones, dijo Rosalía.

—Mui buena noticia, dijeron los soldados diseminándose en busca de algo que no decian.

—Me buscan, Rosalía! decia don Pedrito metido entre las piernas de la negra.

—Salga, don Pedrito, le decia esta, i corra hácia la calle, porque de otra manera tendré que estar aquí como de poste. Pero no me haga cosquillas, don Pedrito.

—No, Rosalía, si estoi quieto, sin menearme. I dígame ¿puedo salir sin que me vean?

—Sí, don Pedrito; salga no mas.

I la negra empezó a levantarse el vestido en la parte delantera, mientras aquel hablaba mui quedo:

—Oiga, Rosalía; apenas yo salga, vaya a cerrar el escaparate que sin duda ha quedado abierto, porque siento un olorcillo a marisco.....

—Ya está, don Pedrito, afuera!

La negra dió un paso atras i luego media vuelta para entrar a ver a los nuevos parroquianos que a ese tiempo revolvian todo, bebiendo i comiendo lo que encontraban a mano.

Don Pedrito salió corriendo hácia la calle, cuando el estruendo de la batalla se hacia mas vivo.

Mucha jente corria gritando:

—Derrota de Prieto! viva el Gobierno!

Los soldados oyeron asustados estos gritos i sin mas, salieron a escape, montaron a caballo i partieron veloces hácia el centro de la ciudad.

Sin duda iban a juntarse con el jefe, despues de haber se engullido todas las golosinas que encontraron.

El combate tocaba a su término i la derrota del ejército de Prieto se pronunciaba en esos instantes.

Las últimas cargas las daba el mismo jeneral Lastra, en medio del entusiasmo de la tropa.

El jeneral Prieto hizo esfuerzos desesperados por resistir el empuje del ejército gobiernista, pero se vió obligado a apagar los fuegos.

Cercado por las tropas enemigas, Prieto se rindió en el mismo campo de batalla.

Pero aquí entró en accion la astucia de Portales, el cual ideó el plan de apoderarse de los principales jefes enemigos para cambiar en victoria la derrota.

En efecto, el jeneral Prieto invitó a su tienda de campaña a los jefes del ejército contrario i una vez que estuvieron reunidos, los encerró para apoderarse de los batallones.

El coronel Viel no habia concurrido i habia que dado como vijilando aquellos movimientos sospechosos del lado del ejército vencido. Calculando una celada, el coronel envió un recado al jeneral

Prieto diciéndole que si en cinco minutos no salian ¡bres todos los jefes encerrados, romperia el fuego.

Prieto cedió, i por medio de otra astucia se convino en que el jeneral don Ramon Freire tomase el mando de los dos ejércitos i así se acabaria la guerra civil.

La calma volvió a la ciudad. Don Pedrito regresó a la casa despues de haber estado escondido en alguna amiga mas de una hora.

—¡Rosalía! Rosalía! llegó diciendo con gran bulla, ¿se fueron los bandidos? Ahora vengo bien armado.

I mostraba un gran trabuco.

Rosalía soltó una carcajada i lo mismo hizo Jacoba, que acababa de llegar.

—¿Quiere batirse, don Pedrito? le preguntó Rosalía.

—Sí, hubiera deseado encontrar a alguno de esos salteadores para haberlo hecho charquican.

—Bueno, en aquella pieza, en el llamado club, lo espera a usted uno de los soldados, el cual luce un machete mas grande que mi abuelo, dijo Rosalía guiñando un ojo a Jacoba i adoptando una actitud séria.

—Con que hai uno aquí? dijo don Pedrito abriendo los ojos de sorpresa; entónces, voi a buscar otro trabuco donde el vecino del frente i¡vuelvo al instante.

I don Pedrito echó a correr con un miedo atroz,

agarrándose con la mano izquierda la trasera como para asegurarse de que nadie lo sujetaba, mientras que con la derecha apretó el trabuco por el cañon.

Pero las dos negras prorrumpieron en las mas estrepitosas carcajadas. Rosalía corrió a alcanzarlo cuando aquel habia salido ya a la calle con trabuco en mano.

—Don Pedrito! vuelva i no sea leso.. si no hai nadie aquí, le gritó Rosalía.

Aquel volvió con grande alegría. Al fin no se veia obligado a batirse, ni ménos a huir.

Las bromas i las pullas mas picantes cayeron sobre don Pedrito durante algun tiempo. Para librarse de ellas, se metia entre los parroquianos que llegaban en busca de ponche i allí entre alegres conversaciones pasaba las horas i pasaba el susto de las peripecias anteriores.

Capítulo VIII

EL GRINGO POBRE

Los acontecimientos políticos que se sucedieron en Chile desde la época a que se refiere el capítulo anterior, dispersaron a muchos parroquianos de Rosalía.

Los amigos i partidarios de Portales, esta vez triunfantes i en el poder, empezaron de nuevo a frecuentar la esquina afamada de la negra Rosalía, en tanto

que los adversarios solo aparecian como a escondidas.

En prevision de nuevos trastornos, don Pedrito habia suplicado a Rosalía que no permitiera mas la reunion del llamado club.

Podia tramarse otra conspiracion i entónces corria peligro el negocio i sus dueños.

—Tiene usted razon, le dijo Rosalía; pero ahora en Chile todo el mundo está mezclado en política, ricos i pobres. Tanto da que se junten en una pieza como en otra, porque de todas maneras hablarán de política.

—Esa es la verdad, como que ahí están ahora unos pobres diablos tratando gravemente sobre la política del dia, como si fueran hombres de Gobierno. Hoi se mezcla la política hasta con los picarones.

——

Conversaban, en efecto, de buen humor tres o cuatro parroquianos, cuando uno de ellos sale a llamar a un pobre que pasaba por la calle afirmado en un grueso baston.

—Venga usted, paisano, le dijo.

El aludído volvió al llamado, sin pronunciar palabra. Era un hombre de regular edad, de calzon a cuadros i cortos, envuelto en un pequeño poncho oscuro i con un mal sombrero de paño plomizo. Blanco de cútis, ojos azules i de fisonomía simpática, causaba buena impresion a pesar de su pobreza i desaseo.

Lo llamaban el gringo pobre, bravo para comer i beber, i heróico para pedir:

—Tome un trago i aguaite otro, le dijo aquel al gringo.

—Muchas gracias, contestó éste, tengo un apetito perruno...

—Ese gringo anda con apetito siempre, dijo Rosalía desde su cuarto-cocina; llévale, Jacoba, algo que comer a ese hombre.

Los parroquianos habian llamado al estranjero para divertirse un rato pasándole ponche; pero no contaban con el apetito.

—No tanto, contestó el gringo; cómo lo necesario para no morirme de hambre.

—I por qué no trabaja? le preguntó otro.

—I que trabajo hai en este pais en que la política es la gran preocupacion de los hombres de Estado i las venganzas son el plato diario de los que gobiernan? En mi tierra hai industrias, hai comercio, hai trabajo fiscal i trabajo espontáneo del pueblo; pero aquí la jente se preocupa de la iglesia i de la política. Oh! este pais marcha al desgobierno, a la ruina.

—Se los come el gringo, dijo Jacoba entrando con un plato de fiambres i pan; contéstenle, pues.

—La verdad es que habla usted el evanjelio. Tome un trago ahora que ya tiene buena racion.

—Esta casa, dijo el gringo, empinándose un vaso de ponche i saboreándolo con jestos i arrugadas de frente; esta casa es mi protectora, porque siempre me auxilia. Jacobita es un ánjel...

—Nunca se han visto ánjeles negros, dijo riendo Jacoba.

—Puede tener ese color negro a que usted se refiere, contestó el gringo; pero guarda usted una cosa que sin duda es una obra maestra del Hacedor del mundo, una cosa que le envidiarian muchas altas damas, i muchas, muchísimas mujeres si la conocieran, una cosa suavecita i esponjadita...

—Bravo el gringo! gritaron los parroquianos interrumpiendo.

Jacoba se daba vueltas riendo en ese instante.

—Una cosa, continuó aquel, tierna i que encierra todo el amor que del cielo bajó a la humanidad, i esa cosa es... el corazon!

Estruendosos vivas i palmoteos siguiéronse de aquí. Don Pedrito i Rosalía se unieron a los aplausos, mientras el gringo sonreia i empezaba a comer precipitadamente. El hambre apuraba i allí habia carne apetitosa, trozos de queso, buena racion de ensalada de cebollas i abundante pan.

—Dígame usted, preguntó uno, ya que habla tan bien el castellano i tan buena instruccion demuestra, ¿de qué nacion es?

—Soi de Béljica, en la frontera de Francia. En América he pasado algun tiempo i como aprendí el idioma castellano en el colejio, me es tan fácil hablarlo tanto o mejor que un americano. Aun puedo competir con muchos chilenos, que en vez de idioma, hablan jerigonza. Este es el pais donde se descuida mas la pronunciacion; hasta las personas educadas

hablan como con la boca abierta, pronunciando las palabras trocadas del pueblo i sus barbarismos del lenguaje.

—Carambita con el gringo! Nunca se habia dado a conocer como ahora, dijo Rosalía pasándole un trago.

—Mas tarde me conocerá mejor i sabrá con asombro quien soi.

—Con asombro? ¿i mas tarde? dijeron algunas voces, en tanto que Jacoba lo miraba como con sorpresa.

I tenia razon, porque aquel hombre con su aspecto tan insignificante, nunca habia llamado la atencion, ni se le conocia que hablase tan correctamente

—Como ustedes oyen, contestó el estranjero; pero lo que es por ahora, nada mas hablaré sobre esto.

—Nó, hable usted, le dijeron parándose todos con vasos de ponche apetitoso. Ya que aceptó nuestra invitacion, le rogamos que continúe instruyéndonos.

—Son ustedes mui amables, dljo el pobre hombre mascando a dos carrillos. Aunque me han invitado por divertirse, les conozco el fondo de sus intenciones, porque en Chile todos son hospitalarios i caritativos, especialmente el pueblo trabajador. Conozco Europa i conozco América desde Panamá al sur, i en ninguna parte he visto mayor desinteres para dar una limosna. Aquí la caridad tiene hondas raices en el corazon; aquí los pobres sufren por amor de Dios i por el mismo amor se compadecen del necesitado i del viajero. Por esto, en cada chileno en-

cuentro un hermano i en el azul de su cielo diviso el cielo de mi patria...!

Nuevos aplausos resonaron. Uno de los circunstantes, en traje de obrero, lo abrazó mientras que el estranjero dejó rodar por sus mejillas gruesas lágrimas.

Jacoba, que habia estado atenta a esta conversacion, se conmovió al oir las últimas palabras i casi se echó a llorar tambien.

Apartemos este asunto, dijo el que habia invitado al estranjero, i hablemos sobre política. Dígame usted ¿qué le parecen los últimos sucesos? Porque usted debe conocerlos.

Sí, un poco, respondio el estranjero con un trozo de costilla atravesado en la boca; pero esta carne está un poco dura, así es que debo preocuparme de ablandarla primero i despues hablaremos.

I diciendo, atacaba con furia de hambriento el pedazo de asado.

Mande un poco de carne mas blanda! gritó uno dirijiéndose a Rosalía.

Nó, contestó aquel; los pobres debemos comer lo que se nos dá, aunque sea una piedra. En cuanto a esta carne, es necesario tragarla entera, como los pavos o los buitres.

Es usted buen pobre, dijo Jacoba.

Es claro, i hasta seria mui capaz de olvidar a Europa i de conformarme con gusto i voluntad con.....

I el gringo daba con calma cierta intencion a estas palabras, hasta provocar una rápida pregunta de aquella, en medio de la visible alegría de los presentes.

—¿Con qué se conformaria usted?

—Con... con.....

—Pero si Concon está mui lejos.

—Con Jacoba, que está mui cerca, concluyó el gringo.

—Bravisimo, gritaron todos, mientras Jacoba daba media vuelta i se retiraba coquetona, diciendo:

—Pobre i templado... cosas de gringo!

Interrumpieron la alegría dos parroquianos que llegaron i entraron al saloncito reservado, o sea al club. Vestian decentemente, pero con grandes mantas dobladas sobre el hombro i caidas hasta las rodillas. Usaban sombreros alones que le cubrian gran parte de la cara.

Como todo buen parroquiano, pidieron el consabido ponche i picarones secos, sin miel, para sopear como galletas. Para esto llamaron dando palmadas repetidas.

Don Pedrito acudió presuroso. Al ver a los recien llegados, esclamó:

—El señor don Diego!

—Sí, hombre; he venido varias veces i no me han conocido. No diga que estoi aquí.

—Pero, señor, se trata de otra revolucion? Porque la pasada nos hizo tener unas trajedias atroces. Nos

quisieron saltear muchísimos soldados que llegaron a caballo. Afortunadamente soi hombre i por esto pude infundir respeto.

—Serian algunos de esos bribones liberales, dijo don Diego.

—No lo sé, espuso don Pedrito; lo que sí es cierto es que eran de una partida de salteadores llamada *partida del alba*...

—Ola! del comandante Calvo, dijo don Diego con visibles muestras de contrariedad. I ¿qué hubo con ustedes?

—Que trabamos combate, ellos con sus sables o machetes i yo tambien armado i bravo mas que un ají.

—Pero usted tenia arma de fuego?

—Como nó, señor, respondió don Pedrito lanzado en el camino de las mentiras; tenia pistola i cargada con bala de onza, capaz de haber traspasado muchos cuerpos. Al principio nos cruzamos a cuchilladas feroces; tajos i reveses se veian cruzar como relámpagos; corria el sudor i corria el chocolate por la cara i barbas i yo parecia jigante. Hubiera sido capaz de combatir contra todo el ejército de Prieto...

—Hombre! nos está usted contando una historia...

I echáronse a reir los amigos, de mui buena gana.

—Digo la verdad, continuó don Pedrito haciéndose el formal. Esos bárbaros se declararon vencidos cuando saqué a luz la pistola, con la cual les apunté. Entonces echaron a correr cayendo i levantando, tres

para un lado i otros tantos pare el otro, hasta quedar sola la calle.

—Buena la que nos ha hechado don Pedrito! dijo don Diego; i díganos ¿qué dice el pueblo respecto al nuevo Gobierno?

—Ahí los oirá usted, respondió don Pedrito señalando la pieza vecina en donde charlaban aun el gringo i sus improvisados amigos.

—Oigamos, agregó don Diego; esta jente me gusta oirla porque tiene ideas tan liberales como independientes.

Los sujetos mencionados estaban con el gringo ya mui entusiasmado i a todos se les habia soltado la lengua, mucho mas cuando aumentaron el grupo dos obreros mas que llegaron.

Juntáronse en todo unos seis amigos, alegres i chistosos.

—Tiene la palabra el amigo de Béljica, dijo uno.

—Sí, sí; quedamos de hablar sobre política.

—He visto poco, señores, dijo el estranjero; pero he oido hablar al pueblo que siempre dice la verdad porque habla lo que siente, i por esto puedo decir que el Gobierno que tenemos ha nacido de una intriga pelucona i conservadora, que lo mismo dá; intriga que permitió elevar al poder a don José Tomas Ovalle i a don Diego Portales, un par de estribos que harán lo que les dé la gana, puesto que han subido haciendo leso a Lastra i burlándose de Freire.

—Quien será ese bárbaro? dijo a media voz don Diego Portales.

Don Pedrito habia salido a ese tiempo para oir hablar al estranjero, de modo que aquella pregunta no encontró respuesta.

El estranjero continuó, parándose con un vaso de ponche en mano:

—He visto en Europa como bambolean i caen los tronos i los Gobiernos, desmenuzados por el hacha de la civilizacion liberal i progresistas que transforma el mundo i que abre paso a la idea de libertad i fraternidad que debe ser como el evanjelio de los pueblos.

Un grito estruendoso resonó; vivas i golpes de mesa atronaron la casa i nuevos tragos pasaron por aquellas ajitadas gargantas.

—Que bien habla este roto! esclamó don Diego.

El Viva el gringo! gritaron algunas voces.

—El orador continuó:

—Digo que eso he visto i eso creo que veré en este bello pais; al fin el pueblo intelijente derrumbará al coloso para gobernarse asi mismo como pueblo libre, sin déspotas. sin sangre i sin persecuciones.

Ha sido arrojado hace poco un ilustre educacionista, don José Joaquin de Mora...

—Cierto! dijeron algunas voces.

—I esta es una mancha para el dictador Portales...

Este dió una especie de rujido, diciendo a su compañero:

—¿Quiere que haga un escarmiento con este canalla?

—Nó, amigo, seria mal visto, i luego usted ha querido venir aquí a oir lo que dice el pueblo i está oyendo.

Don Diego se encojió de hombros, haciendo un jesto de desagrado, en tanto que el gringo seguia con la palabra, mostrando visos de borrachera.

—Ese dictador en Europa habría sido ya arrojado del poder, pero aquí se mantiene entre bufon i serio. Con razon el pobre Mora se despidió del Gobierno publicando aquella poesia que ustedes habran leido, titulada *El uno i el otro.*

—A quien se refiere? preguntó uno.

—Yo la conozco de nombre, dijo otro.

—Se publicó en *El Trompeta* de Febrero de 1830. Era ese un periódico contrario al Gobierno, que lo componia don José Tomas Ovalle como Presidente, i Portales como su primer Ministro. Me acuerdo de estas estrofas, que se refieren a esos dos gobernantes:

El uno subió al poder
Con la intriga i la maldad,
I el otro sin saber cómo
Lo sentaron donde está.
El uno cubiletea
I el otro firma no mas;
El uno se llama Diego
I el otro José Tomas.

—Este hijo de una grandísima... perra, dijo con

rabia don Diego; va a hacerme oir la poesia de ese salvaje de Mora.

Gran ruido de voces se sentia, alentando al estranjero, quien prosiguió:

El uno hace los pasteles
Con su pimienta i su sal;
El otro hasta en los rebuznos
Tiene cierta gravedad.
El uno es barbilampiño
Pero el otro es Mustafá;
El uno se llama Diego
I el otro José Tomas.

El contento de los oyentes no tenia límites; pero quien no participaba de la alegria era don Pedrito, el cual comprendió que se trataba de poesias contrarias al Gobierno, especialmente contra don Diego Portales.

—Rosalía! Rosalía! ese gringo está pasándose a la otra alforja, como dicen, pues que se ha propuesto lanzar sátiras contra el Gobierno

—Nuestra casa es imparcial, respondió Rosalía; ya que unos forman aquí un club sijiloso i revolucionario, otros siguen el camino politequeando bulliciosamente.

—Pero es que se me habia olvidado decirle a usted, Rosalía, que don Diego está allí en el club.

—Ola! ¿eon que tenemos al Ministro aquí? Voi a verlo.

I Rosalía fué al saloncito reservado. A su paso oyó al gringo que tartamudeaba las últimas estrofas:

El uno tiene en la bolsa
Reducido su caudal;
El otro tiene unas vacas
I un grandísimo sandial.

El uno saldrá al galope
I el otro se quedará;
El uno se llama Diego
I el otro José Tomas.

A estos bribones les voi a jugar una mala pasada, dijo don Diego, con voz ronca de ira.

—Usted tiene la culpa de esto; no se queje a nadie, le agregó el compañero.

—No me acuerdo mas, dijo el gringo.

—Acuérdese, acuérdese! le gritaron.

—No puedo; se me voló la memoria... sí, ahora me acuerdo de estos graciosos versos, que son los penúltimos:

El uno es sutil i flaco
Que parece hilo de holan;
El otro con su barriga
Tiene algo de monacal.

El uno especula en grande
El otro cobra el mensual;
El uno se llama Diego
I el otro José Tomas.

Grandes carcajadas resonaron entre aplausos en aquella alegre reunion, en tanto que don Diego

echaba chispas. Rosalía llegó a ese tiempo con su acostumbrada salameria.

—Mi amito! cuanto placer i cuanto honor de tenerlo por acá.

—Aquí estoi, negra, oyendo como esos bárbaros se divierten a mi costa: lo mejor será que yo mismo disuelva esa reunion de rotos borrachos i haga un escarmiento a fin de que conozcan bien al Ministro Portales.

Don Diego se paró con rostro airado i tomó su sombrero. La negra i el amigo lo rodearon para calmarlo i para hacerle oir diversas razones de prudencia i de decoro.

La poesia aquella, fué en ese tiempo la venganza mas tremenda que pudo tomar el autor contra los gobernantes. Fué resitada i aprendida de memoria por todas partes, ocasionando al poderoso Ministro sinsabores infinitos.

Esta vez, era testigo el mismo Portales de la ruidosa acojida pública que tenia aquella sátira poética.

—Mi amito! le decia aflijida i a media voz Rosalía; mi negocio se aruina si se forma algun desórden aquí. Mas bien dígame, mi amito, que me vuelva al Perú, porque no es posible impedir que esta casa sea convertida en sitio alegre de reuniones, puesto que no hai otro a propósito ahora en Santiago.

—Tienes razon, negra, dijo don Diego calmándose; ademas, cierto es que tengo la culpa por venir a este sitio, consagrado ya por el público como club estravagante i popular. Me gusta a veces tener mis ratos

de diversion amplia entre el pueblo i aquí voi a dar una pequeña sorpresa.

Dijo, i sin que lo alcanzáran a sujetar, salió calándose el sombrero hasta las cejas, cuando la conversacion habia tomado otro jiro entre los tertulios que rodeaban al gringo.

—La verdad es, dijo uno, que Mora con su gran talento, debió pensar solo en ser útil a la sociedad que trataba de educar, i nó en la política.

—Tambien pienso lo mismo, espuso otro; la política de intrigas i de zancadillas no debiera ser adoptada por los hombres de algun valer i por los caudillos políticos; Portales mismo caerá un dia estrepitosamente porque no sabe tomar las pulsaciones del pueblo...

—Clarito! dijo un obrero; se está introduciendo en las alturas un mal que producirá en el porvenir terribles consecuencias: solo son llamados a gozar del presupuesto nacional los amigos, los adulones, los alcahuetes i los compadres, quedando los industriales, los comerciantes, los obreros i todo el mundo trajador chupándose el dedo, mientras los privilejiados i los mas flojos e ineptos chupan, mascan i tragan los picarones en miel de la tesorería fiscal...

Un trueno de aplausos resonó entre choques de vasos i carcajadas a boca abierta. Don Diego se unió al grupo sin ser notado i acompañó a los aplaudidores, pasándoles cigarros.

Por eso Mora tuvo razon al criticar tan agriamente a Chile, dijo el gringo, en aquella poesia que lanzó desde Lima hace pocos meses.

—Vamos saberla! gritaron estruendosamente.

Don Diego quiso hacerse oir; pero no fué posible, pues el licor i el entusiasmo habia calentado mucho las cabezas. El grupo ya era numeroso, de no menos de doce personas.

—Que suba sobre una silla el orador! gritó uno.

—Mui bien, arriba! dijeron muchas voces.

A ese tiempo, el gringo fué tomado en peso i parado sobre una silla; pero la mala calidad de su ropa i lo fuerte del sacudon que le dieron al levantarlo, ocasionaron que los pantalones del pobre hombre cayeron desatados hasta las rodillas, en medio de las carcajadas de los concurrentes.

—Este espectáculo no estaba previsto en el programa, dijo don Pedrito.

—No importa, todo tiene remedio, agregaron tres o cuatro que se precipitaron a acomodarle los calzones al gringo, cuya nariz i cuyos cachetes estaban colorados como betarraga.

—Como decia antes, Mora quiso retratar al Chile de 1830, pero con brocha gorda i con mano temblorosa de rabia, i por esto compuso una poesia atroz por sus durísimos conceptos. Pintó a Chile como a un salvaje, así:

Un conjunto de grasa i de porotos
Con salsa de durazno i de sandia,
Pelucones de excelsa jerarquia,
Futres por fuera, por adentro rotos:
Chavalongo, membrana, pujos, cotos,

Aliento que no exhalan ambrosía,
Lengua española vuelta algaravía,
Eructos que parecen terremotos;
En vez de mente, masa tenebrosa,
No con luz racional, sino pavesa
Que no hai poder humano que encandile;
Mucha alfalfa, mal pan, chicha asquerosa,
Alma encorvada i estatura tiesa:
Al pié de este retrato pongo CHILE!

—I yo habria puesto *Mora!* dijo don Diego entre los rumores diversos que se oyeron al término de esa insultante poesía.

—Tiene razon, dijeron dos o tres sin fijarse en el que hablaba.

—I hacen mal ustedes en juntarse para tratar estos asuntos que son peligrosos, porque son contrarios a las buenas intenciones que el Gobierno tiene para instruir al pueblo.

Algunos se volvieron a mirar al que hacia esas observaciones. El gringo no dijo palabra; pero calculó que la cosa tomaba otro jiro.

Don Diego Portales, que gustaba estar en un salon como en un rancho, entre aristocrática jente como entre rústicos operarios, no era raro que tuviese la humorada de mezclarse en aquella reunion de hombres congregados al rededor del sabrosísimo ponche, él que tambien lo paladeaba entre amigos de confianza.

Fuera de ese caso, don Diego no bebió jamas una gota, ni aun en sus continuadas tertulias.

En prevision de algun conflicto, Rosalía terció en el asunto, diciendo:

—Señores: se acabó el ponche!...

—Lo que no se acaba, es la parada de este pipiolillo que viene a echarla de maestro de escuela, dijo uno señalando a Portales.

—Es el juez del barrio, añadió otro riéndose.

—No soi eso, espuso Portales con seriedad; pero soi amigo del pueblo... i de ustedes...

—¿De donde ha salido esta categoría que nos mira de alto abajo? agregó otro casi cayéndose de alegre.

—Vamos terminando! dijo don Diego, en tanto que don Pedrito hacia jestos i señales a los concurrentes para que callasen.

—Cierto! terminemos el ponche, dijeron algunas voces.

—I paguemos, agregó el gringo afirmándose para no caer i metiéndose las manos a sus bolsitlos rotos i sin cobre.

—Todo está pagado dijo Portales; pero mucho cuidado con juntarse otra vez a pelar al Gobierno, porque entónces arreglaremos cuentas.

—¿I quien sois vos, pedazo de tunante? se le acercó diciendo uno, entre novedoso i enojado.

—Es el Ministro Portales! esclamó incomodado el compañero de éste, adelantándose al grupo i dando aire solemne a sus palabras.

Todos quedaron como heridos por un rayo, silenciosos, quietos i en la posicion en que estaban.

Portales, que queria divertirse como de costum-

bre, se adelantó a la pieza de la esquina que servia de cocina a la negra, i dijo:

—Vengan esos soldados...

Oir esto i echar a correr hácia la calle los de la reunion, fué todo uno.

La puerta fué estrecha para contener el grupo de hombres que se precipitó hácia afuera. Se les espantó la borrachera casi a todos i las piernas parece que volaban.

En el atropello cayó al suelo el gringo, el cual dió un puntapié al que encontró mas cercano. Dos cuerpos rodaron por el suelo, mientras Portales se apretaba la barriga riéndose de aquel final del drama.

Lo curioso del caso fué que el estranjero creyó que el que habia echado al suelo del puntapié, era el que se habia aparecido como Ministro.

—Aquí cayó el Ministro falsificado, le dijo aquel.

I sin mas, se formó en el suelo una de puñetazos i puntapies, cuyo estruendo lo aumentó Jacoba que llegó seguida de don Pedrito a deshenredar esa madeja de piernas i brazos que se movian i retorcian furiosamente.

—Por nuestra parte hemos terminado, dijo don Diego Portales riéndose i saliendo con su amigo por la puerta de la esquina que daba a la calle de Santo Domingo.

Entre tanto, la gresca continuaba en la otra puerta. Don Pedrito i Jacoba se afanaban por apartar a

los combatientes; pero estaban estos tan enardecidos por el licor, que ni oian, ni entendian nada.

Jacoba tiró al gringo, mientras don Pedrito i Rosalía hacian esfuerzos por otro lado; pero de nuevo la fatalidad quiso que el estranjero quedára como Adan, porque Jacoba tiró con tales bríos, que se quedó con una pierna del pantalon en las manos.

La púdica Jacoba se tapó la cara con el pedazo de pantalon, para ocultar la risa que le causaba la abatida situacion en que habia dejado al estranjero.

Con un supremo esfuerzo, Rosalía consiguió apartarlos una media vara, en cuyo espacio se sentó como muralla entre los combatientes.

—Me han salteado! mis ropas! mi cachimba! gritaba el gringo.

Rosalía procuró calmar a los pendencieros, los cuales al fin se fueron unos tras otros sin saber por qué habian peleado.

El gringo, aflijido por el fracaso, se entró a la pieza reservada i allí se puso a coser los pantalones con los elementos que se le proporcionó.

—Ya vé usted, Rosalía, decia despues don Pedrito; ya vé usted las consecuencias de estas cosas políticas. El dia que amanezca de mala el Ministro Portales, puede hacer cerrar este negocio i entonces nos lleva el diablo.

—A usted se lo llevará, respondió la negra; lo que es a mí, nó.

—A ese pobre gringo casi lo han muerto, decia hablando sola Jacoba; ahora se irá con los calzones todos hechos pedazos.

—I al fin, ¿cómo se llamará ese hombre? preguntó Rosalía.

—¿I qué nos importa? agregó don Pedrito.

—Mi nombre vale poca cosa, respondió el aludido saliendo de la pieza i preparándose para irse a la calle; me llaman Pepe desde que me bautizaron.

Jacoba i don Pedrito fueron a ver a Pepe, al cual encontraron cojeando i dando muestras de estar estropeado.

—Está usted bastante golpeado, le dijo Jacoba.

—Sí, parece que me hubieran dado una tunda de palos. Hace dos años estuve viajando por las Repúblicas del Norte, i me ocurrió que en Méjico me dieron una paliza porque me creyeron monárquico i enemigo del sistema republicano.

—¿I que hizo usted despues? le preguntó don Pedrito.

—Me vine al sur... ai! que dolor en esta costilla... con un trago de pisco... creo que puedo aliviar... estoi molido...

—Voi a traerle pisco, dijo Jacoba corriendo hácia la pieza de la esquina.

—Digo, pues, que me vine al sur, continuó Pepe, i me instalé en Guatemala, cuando una revolucion estalló, me envolvieron en una série de aventuras i de tundas de palos i puñetes, que me obligaron a huir a Chile, cuyo pais me decian era mui tranquilo...

—Aquí está el pisco con apio, interrumpió Jacoba pasándole un vaso de licor verde.

—Licor de los ánjeles, seas bienvenido, esclamó el gringo echándose el líquido al cuerpo; digo, pues,

que creia a este pais mui tranquilo. Ahora resulta que los puñetazos vuelven a caer sobre mí como patadas de macho... de modo que salí de Guatemala i he llegado a Guatepeor...

Don Pedrito i las dos negras se echaron a reir ruidosamente, a tiempo que entraba un hombre de campo, con cara bonachona, pero con traje que revelaba a una persona acomodada.

—El compadre Cucho Maturana! gritaron todos los de la casa, adelántandose a recibir al recien llegado que saludaba con las mas amigables frases de una persona de intimidad.

Aprovechó esta oportunidad el estranjero para salir a la calle medio cojeando i con las ropas que daba compasion.

La cara del sujeto que revelaba a una persona decente, no guardaba analojía alguna con el rahído traje de peon que cargaba.

Jacoba salió a alcanzarlo, apenas vió que salia a la calle:

—Tome usted, le dijo, para que le sirva de algo.

I le pasó algunas monedas. Pepe estendió nerviosamente la mano derecha, miró a Jacoba de fijo con sus hermosos ojos azules, recibió las monedas i esclamó:

—Bendito sea Dios que manda a usted en mi auxilio. Dios se lo pague.

—¿Es usted católico? preguntó aquélla sonriendo.

—Bástele con decirle que creo en Dios Padre Todopoderoso, criador del cielo i de la tierra...

—Entónces, vaya con Dios.

I diciendo esto Jacoba, se entró, porque Rosalía la llamaba en ese instante.

El gringo pobre siguió por la calle de los Teatinos hácia la de San Pablo i allí le ocurrió lo que el lector sabrá mui pronto.

Capítulo IX

LOS AMORES DE JACOBA

Jacoba entró a tomar parte en la conversacion con el compadre Cucho, pero pensativa.

El compadre hablaba por cuatro i daba recados de su familia, residente en las vecindades de San Fernando en Colchagua.

Como una hora de animada conversacion iria ya, cuando un hombre del pueblo entró a servirse un plato de comida i contó que a un gringo desconocido casi lo habian muerto a palos en la calle de San Pablo. Refirió el caso de esta manera;

Iba el pobre hombre llegando a la esquina con la de Teatinos, cuando encontróse con el Sacramento que el sota cura de Santa Ana traia de vuelta despues de administrar los auxilios relijiosos a algun enfermo. Lo seguia un gran número de personas.

—Sáquese el sombrero, amigo, le dijo uno.

—Sácate la callampa, le dijo otro, empujándolo.

El estranjero iba con la cabeza inclinada i mui preocupado de sus dolencias, de suerte que no puso atencion a esos dichos. Pero algunos otros se le acercaron, gritándole:

—Hín cate, gringo mason.

I sin mas lo agarraron para hacerlo hincar. Al verse acometido, creyó que se trataba de algun salteo i empezó a gritar al mismo tiempo que a repartir garrotazos con su grueso baston.

Una turba fanática se le fué encima i por poco no lo matan. El infeliz quedó en el suelo aturdido i pisoteado.

La policía lo recojió despues i lo llevó al vecino cuartel de San Pablo.

Tal fué lo referido por aquel hombre del pueblo.

Jacoba oyó con atencion esta rápida historia i sin decir nada a nadie, salió a la calle rumbo de San Pablo.

La suerte del estranjero le interesaba a Jacoba porque era ésta, como su hermana Rosalía, mui caritativa. En ese hombre pobre i abandonado en tierra estraña, tenia para ejercer la caridad a sus anchas, sin ningun otro interes por entónces.

Averiguó en el cuartel el paradero de Pepe el gringo, pues ignoraba el apellido, i allí supo que lo habian trasladado al hospital de San Juan de Dios.

Volvió a la casa i entonces espuso a Rosalía el proyecto que tenia de prestar auxilios a aquel infelíz estranjero.

Rosalía aprobó esa caritativa determinacion i le ayudó a arreglar un paquete con algunos fiambres.

Jacoba fué al hospital i encargo al médico i a los mozos el cuidado de Pepe.

Estaba éste sin habla, completamente aturdido i

ensangrentado. Jacoba ayudo a los enfermeros a cuidarlo en ese dia i en los dias siguientes.

Cuando Pepe pudo hablar, supo la abnegacion sin límites de Jacoba, sus contínuas visitas diarias i sus cuidados esquisitos. El gringo no tuvo palabras para agradecerle tan grandes servicios.

Algunos dias despues, un dia sábado, el estranjero fué dado de alta en el hospital, porque ya estaba casi sano.

Cuando salia a la calle, se encontró con la negrita Jacoba, siempre alegre i amistosa.

—Cómo le vá, Pepe, le dijo, ¿ya salió usted?

—Ya lo vé, dicen que estoi bueno, pero siento un agudo dolor en el costado; i estaria peor sin las atenciones de usted, que ha sido mi ánjel de la guarda. No tendré como pagarle, si me invita a su casa a tomar un caldo mejor que el que sirven en el hospital.

—Con mucho gusto, allá lo espero.

Jacoba se marchó; pero Pepe la llamó diciéndole:

—Mire, Jacoba, podemos ir juntos por la Alameda i calle de los Teatinos.

Jacoba volvió hácia atras para decirle de manera que no oyeran algunas personas que pasaban cerca:

—No puedo andar con usted, porque aunque negra, soi soltera i jóven i no es conveniente que yo dé ocasion para que hablen mal de mí.

Dijo i se marchó lijera, mientras el gringo seguia el mismo camino a tranco pausado, murmurando entre dientes.

—Me está pareciendo bien la negrita! ¿No seria buen bocado para un gringo pobre...?

I el gringo se echó a reir. La jente que lo vio pasar, creyó que éste andaba loco.

—El aguardiente le ha trastornado la cabeza al pobre gringo, décian algunos.

I el estranjero seguia su camino sumido al parecer en sérias meditaciones, mirando el suelo i sin fijarse en nadie ni en nada.

Solo levantó la vista al llegar frente a la calle de los Teatinos, por la cual se dirijió a la esquina de los picarones.

—Rosalía! llegó diciendo Jacoba al entrar a la casa; el gringo Pepe salió del hospital.

—Pobre gringo, parece hombre bueno, contestó Rosalía.

—Cierto, mui bueno para los puñetazos, dijo don Pedrito, como que los que daba ahí en la puerta, cuando la pendencia aquella, eran como garrotazos.

—Voi a arreglarle un plato de caldo, porque le dije que viniera, agregó Jacoba dejando a un lado el pañuelo de reboso i allstándose para confeccionar un guiso en la cocina.

—¿Quien es ese gringo? preguntó el compadre Cucho, que todos los dias pasaba sentado entre el ponche i los picarones.

—Es un estranjero que demuestra ser hombre de valer segun su buena conversacion, contestó Rosalía. Aquí suele venir i le damos lo que pide, porque en Chile no tiene parientes.

—Algun aventurero de esos que dejan los buques en Valparaiso, espuso el compadre.

—Parece, dijo don Pedrito, que el tal gringo no es de Béljica, como lo dijo; su acento es de frances de pura raza, por mas que hable con perfeccion el castellano.

—Me gustaria, interrumpió Jacoba, que el compadre nos enseñára algunas comidas chilenas, porque aquí estoi haciendo una al estilo peruano i no me gusta.

—Son mui sencillas, dijo el compadre, especialmente las que acostumbra la jente acomodada de los campos.

—De esas quiero, agregó aquella; en los campos, i en jeneral el pueblo, come mucho mejor que los ricos, segun he tenido oportunidad de conocerlo. Un guiso sencillo, pero sustancioso es lo que se necesita para tener buena salud i vigor.

—Esa es la verdad, espuso don Pedrito.

—La purita verdad, agregó don Cucho; con nuestras comidas i bebidas chilenas, somo fuertes i robustos. Cuando vengo a Santiago, paso mártir, escepto cuando estoi con ustedes, porque ahora ha entrado la moda de formar mucho aparato para asustar al estómago, a fin de que no coma. Por cada cinco platos estranjeros, pongo uno chileno i gano.

Un pequeño ruido se sintió en la pieza vecina.

—Ese es Pepe, esclamó Jacoba, saliendo a la pieza destinada al público.

Era él, en efecto. Pepe entró afirmándose pesadamente sobre el baston i buscó un asiento inmediato.

—Aquí, dijo, me siento aliviado i casi sano; parece como que llegára a mi casa...

—Puede usted estar tranquilo, como en su casa, le dijo Jacoba volviéndose a sus ocupaciones.

Luego tornó, sin embargo, trayendo al estranjero algunos picarones secos, sin miel, i una taza de leche caliente con un poco de pisco.

—Oh! este es un gran regalo, dijo Pepe empezando a servirse con unas ansias que parecia estaba en ayunas tres dias.

—Vamos a ver. compadre, dijo Jacoba a este pasándole un vaso de ponche en leche; deseo que hablemos sobre guisos chilenos.

—I ¿por qué tanto afan para saber eso ahora? preguntó Rosalía.

—Porque es conveniente saber de todo un poco, i porque una buena mujer, aunque sea negra, debe saber coser i cocinar...

—Ola! parece que Jacobita piensa apartar casa.

—I ¿por qué nó? Ya me estoi pasando...

—Mui bien dicho; ahora le comprendo por qué desea cocinar bien, a la chilena, dijo el compadre.

—Aqui estoi haciendo una carbonada, agregó Jacoba; pero no sé si estará bien.

—Los antiguos, dijo el compadre, tenian variedad de platos o guisos, por los cuales vive i vivirá en Chile mucha jente.

—Vamos por parte; díganos en lo que consiste el desayuno actualmente.

El compadre Cucho se echó al cuerpo otro trago, i dijo:

—El desayuno, por lo jeneral, era i es como sigue:

El *mate*, o sea infusion de yerba-mate en agua caliente o leche, con hojas de naranjo o cedron, i a veces con un poco de canela; es la bebida favorita de las señoras, especialmente;

El *ulpo*, compuesto de harina de trigo tostada, agua callente, azúcar o miel de peras;

El *gloriado*, llamado tambien *cordial*, tiene agua caliente, azúcar quemada i aguardiente i se toma con pan tostado i mantenquilla;

El *candial*, compuesto de huevo batido, leche i aguardiente.

—Suculento desayuno, por cierto, dijo don Pedrito; pero olvida el café, el chocolate i el té.

—Son bebidas de lujo, por ahora; mas tarde se jeneralizarán, pero nunca podrán reemplazar con ventaja al mate en leche, ni al cordial; nuestros antiguos sabian buscar no solo lo agradable, sino tambien lo útil i alimenticio.

—Ya sabes, Jacoba, el desayuno que has de dar a tu marido, dijo Rosalía riendo, cuando él en cambio te dé una paliza en ayunas, a la chilena.

—Si yo no tuviera buenos puños para correspon der esa clase de caricias, contestó Jacoba de buen humor.

El estranjero, entre tanto, habia terminado su racion de leche i se habia quedado dormido.

Jacoba fué a verlo cuando ya empezaba aquel a roncar.

Se puso a mirarlo i lo encontró buen mozo. Le

tocó el pelo rubio i hallólocomo seda; le tocó tambien sus bigotes i sus labios rojos como carmin, i síntió Jacoba algo inesplicable dentro de su ser. Se volvió a sus tareas diciendo entre dientes:

—Este gringo me está enamorando dormido i sin hablarme palabra....! Pues, es curioso.,..! Es mui curioso...!

Estas últimas palabras llegó repitiendo de tal manera fuerte, que Rosalía le preguntó:

—¿Qué es lo curioso?

Jacoba se llegó al lado de Rosalía i le habló quedo. Soltó ésta una risotada, diciéndole:

—Tu sabrás; ya sois grandecíta para que yo te dé consejos. Sin embargo.... despues hablaremos.

La conversacion con el compadre Cucho se reanudó con la llegada de Jacoba.

—Háblenos ahora sobre el almuerzo. ¿Cuáles son los guisos mas acostumbrados por los chilenos en jeneral?

—La Jacobita me está poniendo en apreturas; pero voi a complacerla, enumerando los platos chilenos para ricos i pobres.

—Eso es, dijo don Pedrito; yo apuntaré con lapiz esta esplicacion.

—El almuerzo puede constar de todos estos guisos o de algunos de ellos:

Cazuela de ave, célebre porque es el plato favorito en toda fiesta o reunion de confianza;

Albóndigas, carne molida o desmenuzada con cuchillo o cuchillon i mezclada con cebollas, ají, ajo,

pimienta, tomate i huevo batido, con todo lo cual se hacen bolas blandas i sabrosas, con caldo de arroz o miga de pan.

Chanfaina, de bofe de cordero, grasa, cebollas, ají agua caliente, papas picadas i arroz.

Ajiaco de papas, papas picadas, agua caliente, ají, aceite de comer, cebollas i arroz.

Ajiaco de carne, lo mismo que el anterior, agregando carne picada i asada.

Papas chicharronadas, caldo, cebollas, i ají, chicharrones.

Locro, harina de maiz tostado, grasa, cebollas, ají i poquito caldo. Es este un bocado sabroso i mui alimenticio.

Pero... pase un trago, compadre!

—Como nó, compadrito; merece mas de uno porque nos está enseñando lo que no sabíamos, dijo don Pedrito.

—Sabe usted, compadre, que tiene bastante importancia el apuntar estas cosas? Porque así no solo no se olvidarán, sino que en un momento se puede cocinar al gusto de cualquier paladar chileno, dijo Rosalía.

—Por eso Jacobita me oye con atencion, sin embargo que la veo mui preocupada en mirar a la otra pieza...

—Nó, escucho con atencion; continúe no mas.

—Bueno, continúo enumerando platos:

Guiso de mote, trigo cocido i pelado con lejia préviamente; despues se echa en la olla con poco caldo, ademas grasa, cebollas i ají.

Pebre, se hace con papas cocidas i molidas hasta

formar una masa, a la cual se le mezcla mantequilla i en su lugar leche i sal. Se le suele agregar tajadas de carne asada i cucharadas de jugo de la misma carne.

Carbonada, es el plato mas sencillo i uno de los mas populares. Se compone de pedazos de carne i de papas, agua caliente, arbejas, porotos en tallos partidos por mitad a lo largo, grasa o manteca de cerdo, ají, granos de pimienta, arroz o pan molido. Es de advertir que a este plato se le puede agregar lo que se quiera, con la seguridad de que quedará sabroso o nutritivo; por ejemplo, torrejitas de zapallo, granos de maiz, trozos de choclos, huevos, etc.

—La carbonada, dijo Jacoba, tiene nombre mui raro.

—Sí, contestó el compadre Cucho; se llama así porque se asemeja a un monton de carbon en cuanto a los trocitos de cosas que contiene. Los pedazos de carne i de papas, especialmente, se parecen en la forma al carbon chico acumulado en carbonada.

—Bien esplicado, dijo don Pedrito.

—Ya la tengo lista i conforme usted lo ha dicho, dijo Jacoba a don Cucho, refiriéndose a la carbonada que estaba cocinando.

—Voi a terminar con los platos del almuerzo:

Valdiviano, charqui asado i desmenuzado, cebollas, agua caliente o caldo, ají i huevos. Es el plato favorito de los trasnochadores. Un buen valdiviano significa alegria i franqueza, mucho mas si se le saborea con tragos de chicha.

—¿Se acuerda don Pedrito de aquel valdiviano que

hicimos en Lima i que llamó tanto la atencion? dijo Rosalía.

—Sí, pues, me acuerdo que fué un plato digno de un rei. Supóngase usted, compadre, que lo hicimos en caldo de sustancia de cabeza i cola, sabroso charqui, huevos frescos, pan añejo hecho harina, queso molido, leche, ajos i ramitas de apio.

—En verdad, dijo el compadre, que a ese plato no le hace competencia ninguno estranjero. La comida chilena tiene apariencias de humilde i baja clase; pero en fuerzas nutritivas i en cualidades dijestivas i sanas, apuesta con las cocinas francesa, inglesa, italiana i española, que son las que mas conocemos.

—Me gusta oir todo esto, espuso Jacoba, i mas interes tengo ahora en conocer las comidas de mis paisanos.

—Pues, allá van otros platos, dijo el compadre sirviéndose otro trago:

Pepiano, es un plato de los campesinos, rústico como ellos; se compone de pepas de zapallo peladas, grasa o chicharrones, ají i agua caliente.

Refalozas, es bocado mui sabroso, compuesto de harina de trigo, grasa, huevos, queso molido i caldo o agua caliente. Todo se bate bien i puede dejarse ya espesa o clara la masa.

Patoscas, se hace con patas secas de vaca, grasa, mote de maiz i agua caliente, todo bien cocido i en forma de mazamorra. Plato igual, pero con patas frescas, se llama *patas con mote*.

Maiz en olla, se muele el maiz nuevo i se aliña con sal, ají i olores diversos como para pastel, se pone

al fuego hasta cocerlo i entonces se le agregan tomates i torrejas de cebolla. Es en el almuerzo lo que los frejoles en la comida, plato de lo mas alimenticio.

Luche frito, se compone de luche frito en grasa. a lo que se agrega papas cocidas, enteras o en pedazos. Tambien se cocina en mantequilla, en vez de grasa.

Se confeccionan otros muchos bocados, pero están fuera de regla, porque se hacen al capricho i al gusto de cada cual. El huevo i la leche entran a discrecion en los guisos chilenos, cuyos principales platos del almuerzo, son los que he mencionado.

—Ya estoi al corriente, dijo Jacoba.

A ese tiempo la llamaba Pepe. Jacoba corrió a la pieza inmediata i allí le mostró aquel una pequeña bolsa de cuero que dijo haberla encontrado en la Alameda.

—No la hé abierto, agregó, porque creo tendrá dinero, i aunque pobre, no debo usarlo. Tome esta bolsa i haga de ella el uso que le parezca. Ojalá se la mande Dios para pagar en parte los servicios que recibo de usted. Que dulce sueño he tenido...!

Entre tanto, Jacoba habia tomado la bolsa i la tocaba por fuera, encontrándola pesada.

—Debe ser de algun rico, dijo vaciando parte de su contenido en la mesa próxima.

Jacoba dió un grito. Cinco grandes pepas de oro, varias monedas de plata, un poco de tabaco i un papel medio oscuro, era lo que contenia la bolsa·

Jacoba Pepe quedaron con la vista fija en as ru bias pepas.

—Rosalía, corre a ver ésto; gritó aquella sin moverse, pues habia quedado como clavada en el suelo.

La negra entró al instante, diciendo:

—¿Qué es lo que hai?

—Mira este hallazgo, señaló Jacoba.

—¿I de dónde han sacado ustedes tanto oro? esclamó Rosalía examinando las onzas.

—Pepe encontró esta bolsa i me la ha dado, contestó Jacoba.

—Veamos este papel; léalo Pepe.

Diciendo esto Jacoba, lo pasó al estranjero. Este lo tomó i estendió sobre la mesa; arrugó la frente i despues de un instante de lectura silenciosa, dijo:

—Aquí hai una cosa mui rara. Este papel parece escrito con carbon, con pulso vacilante talvez por mano de algun viejo...

—¿Pero qué dice? dijeron impacientes i a un tiempo las dos mujeres, mientras don Pedrito, noticioso del asunto, llegaba a tranquitos con la boca abierta mirando el papel i colocándose detras de Pepe para leer.

—Estos letrones dicen así, leyó Pepe:

«El que lea este papel, si es honrado i virtuoso, me devolverá esta bolsa i su contenido, para pagarle el servicio en cuenta corriente.—*El Viejo.*»

—No entiendo ni una palabra.

—Ni yo.

—Ni nadie, dijeron todos a una voz.

—Entonces, la bolsa es mia, dijo don Pedrito estendiendo la mano para tomarla.

—Calle, don Pedrito! dijo Rosalía quitándole la mano con la suya; esta bolsa se guardará por si algun prójimo viene a reclamarla, dando las señas del caso.

—Está bien; me gusta la idea, dijo Jacoba recojiendo el contenido de la bolsa i guardándolo dentro de ésta.

—Pero, hija, traiga el tabaco para fumar, espuso don Pedrito.

—No se puede, gaste su plata i compre, dijo Rosalía; cuando Dios nos dá para trabajar i para ganar mas que suficiente para vivir, no es honroso usar lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

—Mui bien dicho, agregó el gringo; la honradez es una joya que debe guardarse mui bien. Yo nací en hogar rico i por eso no me entusiasma el oro.

—I yo nací en hogar pobre, interrumpió Jacoba, i tampoco me da codicia el metal.

—Pues yo codicio una cosa, dijo don Cucho Maturana.

—¿Cual? dijeron.

—No la bolsa, porque yo tambien tengo, i mostró una colgada de la cintura; no codicio el oro, porque no me hace falta ni en mi casa, ni en mis bolsillos. Yo codicio... el ponche de la comadre Rosalía.

Todos se rieron, mientras el compadre daba otro ataque recio al jarro de ponche.

—Vamos al almuerzo! gritó Jacoba, alistando el servicio de mesa.

I luego se dirijió a hablar a Pepe.

—Oiga usted; no se mueva de casa sin avisarme. Ahora nos acompañará a la mesa.

—Bueno, Jacoba; usted continúa siendo mi protectora. ¿Con qué pagará tantas atenciones un gringo pobre que no tiene mas capital que la cachimba?

Jacoba se rió, diciendo:

—Estos servicios son sin paga; no tenga cuidado. Ahora, a la mesa.

Era ya la hora de almorzar. Jacoba estendió limpios manteles sobre una gran mesa que servia de comedor; encima arregló platos i un jarro grande lleno de vino i otro con agua.

Minutos despues, oloroso almuerzo humeaba en la mesa abriendo el apetito de todos.

El compadre, alegre i hablador, fué él primero que tomó su asiento, i luego los demas.

Pepe se sentó frente a don Pedrito, quedando juntas Rosalía i Jacoba. Esta empezó a servir la carbonada con suculento caldo, empezando por el compadre.

Al ir a servir a Pepe, una voz ronca sintióse en la puerta de calle i un viejo andrajoso i de mala figura apareció, diciendo:

—Yo tambien tengo hambre.

Jacoba iba a colocar el plato al lado de Pepe cuando vió esa figura; de susto dió un pequeño grito i se le resbaló el plato por las faldas del rahido traje del gringo.

Este dió un estremezon i un grito, se enredó en las patas de la silla por hacerla para atras con rapidez, i cayó de espaldas al suelo.

El caldo casi hirviendo se le habia introducido

por la cintura i mas abajo al desgraciado Pepe, en medio de una confusa gritería que se formó entre todos.

—Jacoba, por Dios, qué has hecho! gritó enojada Rosalía.

—Si esta mujer anda con la cabeza mala! dijo el compadre tratando de socorrer a Pepe, el cual, mudo de dolor, pugnaba por levantarse, llenos de lágrimas sus ojos.

Jacoba, en tanto, se puso a llorar al ver ese inesperado i fatal accidente.

—Yo tengo la culpa, dijo el viejo sin avanzar; pero yo pago los perjuicios.

—Pero no me pagará los calzones, espuso Pepe levantándose i sacudiéndose. Estos pobres, decia, han aguantado roturas, parches, palos, puntapies i barro; solo faltaba que penetraran por sus roturas agua caliente i papas quemantes.

Jacoba se habia ido acercando a Rosalía, i cuando estuvo a su lado le dijo despacio:

—Ese viejo creo que será el de la bolsa aquella.

—I usted, taitita, ¿qué cosa desea? ¿Quiere un plato de comida? le dijo Rosalía mirando al viejo fijamente.

Este miró a su vez a la negra, i luego le dijo:

—Acepto un plato, contando con la bondad de ustedes. ¡Cuánto lamento este desagradable incidente!

—I yo mas, espuso Pepe.

—Son los amores de Jacoba, dijo riendo don Pedrito.

—Es cierto, dijo el viejo; son los amores los que la tienen con la cabeza trastornada.

—Pero si yo no tengo amores! murmuró entre dientes Jacoba, que aun no se reponia del susto i de la fuerte impresion que acababa de recibir.

—Que lo diga el viejito, dijo el compadre Cucho; tiene cara de adivino i de seguro que sabrá leer el porvenir.

—Si son amores, agregó Pepe, la verdad es que son demasiado calientes, como caldo hirviendo.

Entre charlas i bromas, la calma volvió a los concurrentes. El viejo se acercó tímidamente a la mesa, a cuyo pié dejó un gran saco que cárgaba sobre los hombros.

Rosalía le sirvió un plato de carbonada, mientras decia a don Pedrito algo despacio:

—Este viejito lo veo siempre andando formal por muchas partes. Tiene cara de San Pedro.

—¿No será el dueño de la bolsa? dijo Jacoba.

I luego preguntó al viejo:

—¿Se le ha perdido a usted alguna bolsita?

El anciano miró a Jacoba un instante, i luego dijo:

—Esa bolsa fué mia sin duda; pero ahora está en manos de una persona que siembra la caridad para cosechar ciento por uno de premio.

Todos se miraron como preguntándose lo que ese hombre queria decir.

—Vamos a ver claro en este asunto, dijo Rosalía;

dígame usted, buen viejito, ¿ha perdido alguna bolsita i qué cosa contenia dentro?

El aludido terminaba apresurado las últimas cucharadas de comida, de suerte que hubo necesidad de esperar un minuto para saber la respuesta i salir de curiosidad. Todas las miradas se dirijieron al anciano, el cual se acomodó sobre el asiento, paseó una rápida mirada por los circunstantes i respondió:

—Las pepas de oro de la bolsita no valdrán ni brillarán mas que la virtud i la honradez de la mujer a quien fué dada. Que le sirva para su próximo matrimonio.

—Pero sino entendemos lo que usted dice! agregó Rosalía en tono que denotaba admiracion; háganos el favor de hablarnos en castellano claro. Sírvele vino, Jacoba, para que se le desate la lengua i nos cuente clarito lo que hai en este enredo.

El anciano se levanto a ese tiempo, recibió el vaso de vino que le ofreció Jacoba, i dijo a ésta:

—Guarde el dinero encontrado en la bolsita, para gastos de su matrimonio.

—Pero si yo no estoi de novia! interrumpió riéndose Jacoba.

—Lo vá usted a ver el sábado próximo, agregó el viejo preparándose a marchar.

—Pero nos deja en ayunas de todo lo que usted ha hablado, interrumpió Rosalia.

—Sí, i es preciso que diga si es o nó suya una bolsa que yo encontré hace poco, dijo Pepe.

—La bolsa ya no es mia, respondió gravemente el viejo; usted puede usar el tabaco para su cachim-

ba, en tanto que Jacobita puede usar las pepitas de oro en algunos preparativos de la boda...

—¿Qué boda es esa? dijeron a un tiempo casi todos los presentes.

El viejo dió una última mirada a estos i dijo sonriente, caminando hácia la puerta de calle:

—Una boda no concertada todavia, pero que ya la novia tiene elejido un buen jénero, nada menos que de Bretaña. Hasta el sábado....

I salió el anciano dejando a todos mirándose las caras. Pepe habia quedado como estátua, pálido i revelando la mayor sorpresa.

—Este viejo es loco, dijo don Pedrito.

—Nó, es brujo, espuso el compadre, i ademas de brujo, adivino.

—Yo lo sigo i algo mas he de averiguar. Sobre todo.... eso de Bretaña...

Diciendo esto Pepe, se dirijió lijero a la calle. Jacoba trató de detenerlo, pero aquel se movió con rapidez, saliendo afuera casi corriendo.

Adentro quedaron los comentarios mas variados. El aire misterioso de ese viejo i sus palabras oscuras, revelaban algo que no era posible comprender.

—Lo cierto es, dijo Rosalía, que ese hombre ha mostrado haber sido el dueño de la tal bolsa, i que ahora la regala a Jacoba, i no hai mas que hablar.

—¿Entonces ese viejo anda regalando el oro como quién regala picarones? preguntó don Cucho.

—I ¿quién diablos puede saberlo? contestó don Pedrito; lo bueno del caso es que tenemos boda que empieza con oro.

I de nuevo siguieron los comentarios i hasta las bromas. Solo Jacoba seguia sirviendo el almuerzo, pero silenciosa. Aquel noviazgo la preocupaba i la hacia pensar.

Pero, ¿quién era el novio? ¿el gringo?

Este apareció en la puerta a ese tiempo i entró diciendo:

—Ese viejo es algun hechicero o diablo, porque apenas dió vuelta la esquina, siguió por la calle de Santo Domingo arriba tranqueando de tal suerte, que se perdió de vista al torcer la de Morandé. Lo seguí al trote í no le dí alcance. En vano pregunté a algunas personas que encontré, porque me dijeron que ese hombre pasaba siempre mui de prisa i no hablaba con nadie.

—De modo, dijo don Cucho, que el asunte se termina así: Jacobita se apodera del oro, don Pepe del tabaco i don Pedrito de la bolsa. Por lo demas, habrá que esperar el sábado, dia en que dijo ese hombre que volveria.

—Aprobado! dijeron a un tiempo Rosalía i los demas.

—Bien decia yo, agregó Pepe, que esa bolsita no era mas que un pequeño premio que Dios manda a esta casa por las obras de caridad que aquí se llevan a cabo diariamente. Yo soi uno de sus agradecidos, i el viejo mismo ha podido verlo i palparlo. Si es algun espíritu bueno disfrazado, ha podido juzgar que ustedes cumplen con las obras de misericordia dando de comer al hambriento i de beber al sediento. Si no hubiera sido por Jacobita, yo estaria muerto; hoi me siento bien, gracias a sus cuidados, gracias a

sus desinteresados i oportunos servicios i gracias a su boudadoso corazon.

Jacoba no halló que contestar. Se tapó la cara con el delantal i se puso a llorar. Sentia gusto i pena, i como era mui modesta, sintió tambien vergüenza por verse objeto de tan franca manifestacion de agradecimiento.

Así llorando se retiró a la cocina i allí se sentó a sollozar ruidosamente. Rosalía fué a verla, i sacudiéndole la cabeza, le dijo:

—¿Qué es lo que te ha dado, Jacoba por Dios! Dime la verdad, ¿te gusta de veras ese gringo?

—No lloro por eso, sino por otra cosa.

—Pero te pregunto si quieres a ese gringo.

Jacoba se serenó; pero no respondió la pregunta, porque el compadre empezó a llamarlas a beber un buen trago de vino.

Despues de tan variadas escenas, el almuerzo fué terminándose con la alegria de todos. El buen humor reinó otra vez en aquella amigable reunion.

—Ahora resta, dijo don Pedrito, que el compadre nos mencione los guisos chilenos de la comida.

—Ciertol agregó Jacoba; ya es tiempo de completar la lista de los platos que se acostumbran en Chile, porque tenemos apuntados los del almue zo.

—Los platos chilenos, dijo el compadre, son en la comida sencillos, pero sustanciosos aun para los mas pobres, como lo dije respecto de los platos del almuerzo. Pero antes es necesario enumerar lo refe-

rente a las *once* que desde hace poco ha entrado en moda.

—Tiene razon el compadre, dijo don Pedrito; las *once* se toman de una a tres de la tarde, entre almuerzo i comida.

—Una cosa no entiendo, interrumpió Jacoba, i es por qué se llama *once* la mesa en que se sirve de cosas lijeras para comer despues de medio dia.

—Eso es, agregó Rosalía; siempre me ha llamado la atencion la palabra empleada para ir a beber un trago con algunas mascadas de cosas sólidas. Vamos a hacer las *once* o a tomar las *once* parece que dá lo mismo; pero ¿cuál es el oríjen de ese nombre?

—Mui sencillo, dijo don Cucho Maturana, que en todo esto las echaba de maestro consultor; antes se acostumbraba, entre una i tres de la tarde, comer algo lijero, como fiambres, queso, leche o cierta clase de frutas, para tomar a continuacion un buen trago de aguardiente de uva, rico i aromático. I muchas veces resultaba que con el pretesto de comer algo se juntaban únicamente a beber ese licor, de que resultó que los convites se hicieron i jeneralizaron por aquellas *once* letras de *aguardiente*.

—Tiene usted razon, dijo Pepe; ir a tomar las once era convidarse a beber aguardiente.

—Así es, continuó don Cucho; el nombre injenioso puesto a la comilona de la tarde se popularizó en la ciudad i en los campos. Despues esa bebida se cambió por ponche o vino; pero el nombre permaneció hasta ahora i creo que continuará desafiando los años venideros.

Hubo despues de esto algunos vasos de vino que se cruzaron sobre la mesa; todos se entonaron, i el parlero don Cucho continuó su leccion de cocina chilena.

—Las *once* se componen de las bebidas i platos mas acostumbrados por el pueblo, conforme paso a mencionar, dijo don Cucho:

Mate en leche, bebida favorita de las señoras. Los caballeros le suelen agregar aguardiente i así queda un ponche mui agradable.

Pihuelo o *chupilca*, harina de trigo tostado o de curagua, llamada tambien de llalli, mezclada con chacolí. El mismo nombre tiene una mezcla de caldo de sandía, harina i aguardiente, con lo cual resulta un ponche macizo.

Hulpo, agua fria con harina tostada i azúcar.

Huesillos, duraznos cocidos en bastante agua para proporcionarse un caldo abundante, mui agradable i tónico. Se le agrega mote de trigo cocido o harina tostada.

Zorro, harina de trigo tostado mezclada con miel de peras.

Zapallo, mezcla de zapallo asado con peumo cocido.

Patitas, patas de vaca o cordero cocidas con tajadas de cebollas i ají molido.

Arrollado, carne cocida de chancho hecha trozos, revuelta con huevo i envuelta o arrollada en malaya o cuero de chancho.

Sanco o *chércan*, bocado de los campesinos hecho de harina de trigo tostado, grasa, cebollas, ají, sal i agua caliente.

Catete, los mismos ingredientes con la diferencia que en vez de agua se hace el cocimiento en caldo de carne de chancho.

A continuacion de estos, se acostumbra servir *choclos* cocidos de maiz fresco, *humitas* de maiz, i *carne al norte* que es la posta negra del animal cocida i con olores.

Pero las *once* preferidas son las de un buen asado de lomo con j ugo.

—Ese bocado se sienta en todos, dijo don Pedrito; sin embargo, olvida usted un plato chileno como el que mas, el *pastel* de maiz,

—Es verdad, pero lo iba a mencionar en la comida, de la cual forma parte. Un pastel bien hecho con carne picada, huevos i trozos de gallina, es bocado de tono i de los mas suculentos. Como el valdiviano i la cazuela, el pastel alegra i por esto se sirve a veces en medio de aplausos.

Algunos parroquianos que llegaron buscando el afamado ponche, interrumpieron la conversacion de sobremesa; pero en breve se continuó. Don Cucho bebia vino con harta frecuencia, i a lo léjos tambien lo imitaba Pepe, i por eso aquel estaba en su cuerda hablando con entusiasmo de los guisos chilenos.

—Los de la comida, dijo, son estos:

Puchero llamado en el campo *hervido de carne*, es el plato indispensable para empezar la comida. Antes se servía con caldo i reemplazaba a la sopa. Se compone de carne de cocer, papas, arroz o migas de pan, veduras, zapallo, choclos nuevos, cebollas, ají sal, leche, todo bien cocido.

Hervido de charqui, lleva las mismas cosas, escepto carne, pero nó huesos, que son los de la sustancia. Se sirve con frangollo, o sea trigo molido, lo cual le dá un sabor especial i mui agradable.

—Ya me estoi saboreando, patron, dijo uno de los hombres recien llegados i sentados a la distancia.

—Como buen chileno, eres mui aficionado al puchero, ¿no es así? preguntó don Pedrito.

—Es claro, patroncito; pero no lo cómo bien hecho desde que bajó del poder mi jeneral O'Higgins.

—Ola! tu has sido partidario del dictador? dijo don Cucho.

—I como buen dictatorial, agregó riendo el parroquiano, ando con hambres atrasadas i con los bolsillos rotos.....

Diciendo esto, sus compañeros se rieron bulliciosamente.

—Continúe, compadre, dijo Rosalía.

—Bueno, prosigo, dijo don Cucho:

El *charquican*, plato popular que se sirve en el palacio i en la choza, se hace con papas cocidas i molidas, carne o charqui desmenuzado, cebollas picadas, ají, caldo i huevos batidos.

Charquican de trilla, se hace con charqui, papas enteras, zapallo, chicharrones, cebollas, ají, maiz abundante i porotos verdes.

Charqui o *charquican frito*, compuesto de charqui desmenuzado i frito en grasa, cebollas, ají i papas cocidas.

Cochayuyo, mezcla de papas i cochayuyo, grasa, ají i sal.

Mazamorra de porotos, es plato mui usado cuando

hai porotos verdes, con los cuales se hace desmenuzándolos con maiz molido, cebollas, ají i trocitos de carne, todo bien cocido formando masa.

Encebollado, se hace de varias maneras, siendo la mas usada la de cocer la cebolla cortada en trocitos largos i mezclada con huevos i a veces carne. El cocimiento, hasta formar masa, se hace en mantequilla, manteca de chancho o grasa.

Changle, se llama una especie de sopa hecha con los brotes del roble, los cuales tienen la forma de coliflor; se mezclan con harina o migas de pan, agua o caldo, cebollas, ají i sal, todo bien cocido.

Huitrin, es un plato que se hace con el maiz de los choclos que se guardan colgados para hacer pasteles en invierno.

Frejoles, el plato indispensable, el amigo de los pobres especialmente, se cocinan con agua, despues se le añade abundante cebolla frita en manteca i queda un bocado que no lo come mas vigorizante un rei.

Pescado en fuente, se hace mezclando trozos de pescado con tomates, cebollas, ají, torrejas de papas; se hierve con poca agua i se le mezcla leche o vino. Es un plato esquisito. Los estranjeros no saben comer pescado mas que en pedacitos que apenas alcanzan para una muela, pero secos, sin sustancia.

—Es mui verdad, dijo Pepe; yo he visitado muchos paises i en todos ellos ha entrado la moda de los bocados pequeñitos, desabridos, insulsos, de tal suerte que el que come en un hotel queda sin alimento.

—Oh! las comidas de hoteles son los grandes ene-

migos de la humanidad. Diez o quince platos de otras tantas muestras de comida, alguna verdura, i nada mas. El parroquiano se hace una cruz en el estómago, paga i sale echando periquitos.

—No hai como el charquican de ña Rosalía, interrumpió uno de los parroquianos.

—Con que ya sabes, Jacoba, como ha de comer tu futuro, dijo Rosalía.

—Si no es mas que esperarlo, en eso estoi hace años; pero no me quedaré para vestir santos, contestó Jacoba.

—Ni para monja, porque el color es nuestro enemigo, agregó de buen humor la siempre alegre Rosalía.

———

La sobremesa terminó i Pepe trató de irse. El pobre hombre estaba repuesto de sus pasadas dolencias i se sentia casi tan bueno como antes.

Jacoba no disimuló cierta contrariedad que le causó Pepe con su anuncio de partida. Se estaba acostumbrando con éste como si hubiera sido de la casa.

Apenas Pepe se levantó de la silla, Jacoba fué hácia él para invitarlo a que no dejara de estar allí mismo el sábado. Mientras los demas conversaban, agregó ésta:

—Deseo que usted venga todos los dias.

—I yo desearia vivir aquí.

Jacoba le pasó entonces una pepa de oro, diciéndole:

—Cómprese un traje i venga en seguida, que no le pesará.

Pepe casi besó la mano de aquella negrita encantadora, i Jacoba sintió palpitar demasiado fuerte su corazon.

El amor iba prendiendo en esos dos corazones, sin que hubiera nada que atajara el incendio.

El amor de los pobres es mas intenso i mas grande, respecto del de los ricos, porque es mas sencillo i casi siempre mas verdadero.

El amor puro es reflejo de la gloria de Dios i por eso abarca a todos los paises i se remonta a todo el universo i a todos los siglos i en sus redes quedan prendidos los corazones de toda la raza humana.

Capítulo X

EL PORVENIR DENTRO DE UNA BOTELLA

Jacoba refirió a Rosalía lo de la pepa de oro i le aprobó ésta su procedimiento.

—Ese pobre gringo necesita vestirse, dijo Rosalía; anda que llega a dar lástima. I por lo que veo, tu estás queriéndolo de veras.

—Así no mas es; me parece buena persona. Es tan cumplido, que nada me ha dicho aun.

La gran preocupacion de todos era el viejo i sus misteriosas palabras. En ausencia del estranjero, se renovaron las conjeturas i las suposiciones mas antojadizas.

Lo efectivo que habia en el asunto eran las pepas de oro. Fueron examinadas minuciosamente i sobre ellas rodaron mui variadas conversaciones.

Una vecina de la casa, que llegó a tiempo que tra-

taban estos asuntos, dijo que el viejo de la bolsita era un hombre mui raro.

...Siempre paga con pepas de oro i por mas que se le sigue para saber su vivienda, nunca se la encuentra. Dicen que llega al pié del cerro de San Cristóbal i allí se pierde.

—Puede ser que sepamos algo el sábado, dijo Jacoba; lo mejor es que compre un buen traje i otras cosas que necesito.

—Bien dicho, dijo don Pedrito, como que para eso es ese dinero.

Jacoba compró jéneros i empezó a hacerse dos trajes, uno negro i otro de color. Compró, ademas, muchas cosas que le hacian falta, porque hasta ese tiempo el negocio no daba para gastar mas de lo necesario.

Dos dias despues, un viérnes, llegó como otras veces don Diego Portales seguido de tres o cuatro amigos. Despues de la consiguiente charla política, Portales pasó a pagar lo consumido, trabando entonces conversacion con Rosalía.

—Mi amito, le dijo ésta, ahora nos encuentra con novedad.....

—I ¿qué novedad tienen ustedes?

—Que Jacoba se ha encontrado un gringo con bolsa de oro i un viejo que adivina el porvenir.

I Rosalía, al decir esto, se echó a reir, acompañándola Portales.

—Lo mejor del caso es lo de saber el porvenir,

que yo mismo querria que se me dijese qué voi a ser dentro de algunos años.

—Pero eso se lo adivino yo, dijo Jacoba; en cinco o seis años mas será Presidente de la República.

—Eso nó, Jacoba; yo seré todo ménos Presidente, porque no quiero.

—Eso es otra cosa.

—Pero, vamos a ver cual es el asunto del viejo; no sé por qué me llama la atencion, dijo Portales.

Rosalía le refirió lo que el lector sabe respecto de la bolsita con oro i respecto del anciano su dueño.

—Me pica la curiosidad; procuraré venir mañana para divertirme un rato.

Diciendo esto Portales, se retiró a juntarse con sus amigos, con los cuales salió en breve, sin que se supiera en la casa a qué habian ido, puesto que ni bebieron ni comieron nada. Pidieron i pagaron, dejando intacto lo servido.

—Cosas de don Diego! dijo don Pedrito al enterarse del caso.

El sábado era esperado con vivo interes en casa de la negra Rosalía. El viejo misterioso tenia medio revuelta la casa. Jacoba se equivocaba a cada rato: por tomar un plato, tomaba una canasta i vació miel e una botella creyendo que era vino. Viéndola ta turbada, Rosalía le dijo con su acostumbrado buen humor:

—Mira, Jacoba, si así continúas haciendo todas las cosas al reves, temo que vayas a tomar a mi Pedrito por algun picaron.....

—Calle, Rosalía! le interrumpió el hombrecito; yo no soi tan pequeño para que usted me compare con un picaron. Sepa usted que me tengo por tan hombre como el que mas i al que me falte le saco el alma a puñetes, a balazos, a garrotazos.....

Rosalía, que gozaba cuando don Pedrito echaba chispas, prorrumpió en ruidosa carcajada. Jacoba intervino, diciendo:

—Cálmese, don Pedrito; hoi viene el brujo aquel i puede ser que nos señale un buen camino para llegar a ser feliz. Estoi preparando un buen almuerzo...

—Con que hai un buen almuerzo? Pues, acábase la discordia, ciérrense las compuertas del enojo i ábranse las del apetito... como que tengo un hambre capaz de tragarme una ballena mas grande que Rosalía.

Don Cucho Maturana entró en esos momentos, saludando con bulliciosa franqueza.

Eran cerca de las 11 de la mañana. El viejo no habia dicho si vendria al almuerzo; pero se presumiaque sí. A esa hora habia llegado la otra vez.

—Jacoba, sirva el almuerzo, gritó don Pedrito; ya casi no puedo hablar de hambre.

—Esperemos a Pepe, contestó aquella.

—Hai que esperar al amito don Diego, dijo Rosalía.

Pero un soldado entró entonces trayendo el recado de que el Ministro Portales no vendria en el dia, sino en la tarde. Encargaba que se sujetara al

viejo adivino hasta las 5 o 6 de la tarde, hora en que aquel podria concurrir a la cita acordada.

—Entonces, a la mesa todos! dijo Jacoba; allí aguardaremos a Pepe.

Media hora despues, el almuerzo estaba en la mesa. Esperaron en vano al viejo i a Pepe, hasta que Jacoba sirvió una olorosa cazuela.

El almuerzo se continuó despacio a fin de compartirlo con aquellas dos personas; pero inútilmente. El compadre i don Pedrito estuvieron de buen humor; Rosalía i Jacoba pensativas i esta última muda.

—Este gringo del diablo se habrá emborrachado con el dinero que de seguro le ha producido la pepa de oro, dijo don Pedrito echándose al cuerpo un largo trago de vino.

—No lo creo; talvez handado sl buscando manera de vestirse decentemente i nos lo habrá conseguido aun, espuso Jacoba sériamente.

Los ánimos estuvieron tristes, i habria parecido la casa un monasterio silencioso sin la charla de don Cucho i sin la llegada de varios parroquianos, que entraban, bebian i salian.

I así triste pasó casi todo el resto del dia. Poco antes de entrarse el sol, apareció Pepe con cara risueña i vestido decentemente. Todo su traje era nuevo, aunque sencillo, compuesto de chaqueta negra, pantalon a cuadros, camisa limpia i sombrero alon negro. El calzado parecia tambien nuevo.

El grueso baston i la cachimba completaban al gringo.

—Pepe! gritó Jacoba al verlo.

—Buena moza está usted, Jacobita, con ese vestido negro, fué el saludo de Pepe sacándose el sombrero

Don Pedrito corrió a recibirlo con un vaso de ponche i todos lo agasajaron al verlo transformado en otro hombre.

La alegría renació en esa casa, poco antestriste, a pesar de las chistosas conversaciones del compadre Cucho.

Jacoba preparó a la lijera algunos platos de comida i media hora despues todos se sentaban a la mesa.

Apenas Jacoba servia la sopa, apareció en el umbral de la puerta el anciano, trayendo al hombro su baston i contrapesando en él un par de alforjas.

—Yo tambien tengo hambre, dijo por vía de saludo.

—I aquí tenemos comida para usted, contestaron dos o tres voces.

—I una torreja de buen asado, agregó don Pedrito; las manos de la novia lo han arreglado de manera que debe estar de chuparse los dedos.

—Calle, don Pedrito! dijo Jacoba; conmigo nadie se chupará los dedos.....

—Si digo por el asado, porque como tenemos por gusto tomarlo con los dedos en vez de tenedor i cuchillo, resulta.....

—Sí, resulta que el viejito no pasa a sentarse; avance usted, tome asiento i sírvase ese caldo que está mui sustancioso,

Diciendo esto Rosalía, dió comienzo a la comida, abundante i bien cocinada.

Todos la imitaron, teniendo cuidado de no tocar cuestion alguna de interes hasta comer tranquilos.

Ya empezaba a palidecer el dia.

—Yo he pasado nada mas que unos pocos instantes, dijo el anciano; esta es la hora en que acostumbro volver a mi casa.

—Pero no se irá sin que hablemos sobre los asuntos que quedaron pendientes en la última vez.

—Es claro; agradecido a las atenciones de ustedes, a eso vengo, contestó el viejito.

Visible fué el contento de todos entonces. El vino empezó a circular en abundancia, de suerte que en pocos minutos se despacharon un gran jarro de aquel líquido colocado en el medio de la mesa.

—Vamos a ver una novedad, espuso el hombre de las alforjas parándose i metiendo la mano en ellas como buscando algo.

Cerciorándose de que todo estaba en su lugar, tomó las alforjas con la izquierda i el baston con la derecha i abandonó el asiento que habia ocupado. Muda atencion prestaban todos a esos movimientos.

El viejito se retiró al estremo solitario del comedor, arrimó su asiento i se sentó, afirmando el pecho en la misma punta de la mesa.

Entonces sacó de las alforjas un frasco de color oscuro, lo tomó entre las manos i se puso a examinarlo, dando espaldas a la puerta de calle.

Don Diego Portales entró en ese momento acompañado de un amigo, ambos disfrazados de huasos acomodados. Al ir a saludar hablando con la confianza de siempre, notó al anciano, hizo un jesto de sorpresa, guiñó un ojo a Rosalía i pasó a sentarse en una mesita vecina, poniéndose un dedo sobre la boca para que no se le nombrára. Queria estar de incógnito.

Rosalía se paró a ofrecerles alguna cosa, i como pidiesen ponche en aloja i picarones sin miel, aquella mandó a don Pedrito que sirviese, en tanto que ella tomaba asiento silenciosamente.

El viejo miraba fijamente el frasco, al cual sacudia a veces con bastante fuerza.

De un repente éste despidió un rayo de luz rojiza.

Aquel se sonrió moviendo la cabeza en círculo, como meditando.

—Ya te veo, esclamó conversando con el frasco; sí allí estás concertando casamiento con... un sujeto alto, algo buen mozo, de nacionalidad francesa.....

—Pero, ¿quiénes son esos? dijo Rosalía.

Todos estaban con la vista fija en el viejo o en el frasco, sobre todo Pepe, que veia todo esto con muestra de la mayor admiracion. Don Pedrito se habia parado detras de Rosalía, con la boca entreabierta i con cara de asustado.

—A quien veo aquí, prosiguió el viejo meneando el frasco, es a Jacobita.....

—A mí? interrumpió ésta parándose sorprendida de esa noticia.

El viejo la hizo sentar haciéndole señas con la mano derecha.

—Es a Jacobita, continuó ésto, la cual arregla matrimonio con un frances.....

—Con un frances! esclamaron casi a un tiempo Rosalía i Jacoba.

—Este viejo se equivoca, dijo ésta a Rosalía hablándole al oido; si dijera con uno de Béljica, talvez acertaria.

Ambas se sonrieron, mirando de reojo a Pepe, el cual continuaba oyendo al brujo cada vez mas fijamente.

—Con un frances, siguió el viejo, que ahora está pobre como las ánimas, pero que mas tarde tendra dinero de una herencia i el título de baron.....

—Pare usted, amigo, interrumpió don Cucho; ¿nos está contando una historia?

—Es la verdad lo que digo, contestó el viejo, frunciendo el ceño.

—¿Entonces yo me voi a casar con un varon? Nada de nuevo hai en eso, porque no podria casarme con mujer sino con hombre o varon .. dijo Jacoba.

—No es eso, Jacobita, espuso don Pedrito; el novio de usted será baron con *b* larga.

—Aguarde, compadre, será tambien con *v* corta, como distintivo del sexo; la cuestion está en que Jacobita se decida por la *b* larga o la *v* corta, o sea la grande o la chica, o por las dos.

Don Cucho daba a estas palabras un tono alegre. Las dos negras, sin embargo, no podian entender palabra del asunto porque no sabian leer ni escribir i por esto no comprendian ese juego de letras. Jacoba, para salir del mal paso i de la broma que ya empezaba a brotar de todos los labios, dijo:

—En mi marido... me gustarian las dos.....

Portales soltó una carcajada, diciendo:

—Brava la chica!

Todos tambien se rieron, en tanto que Jacoba se avergonzaba temiendo haber dicho un disparate, para enmendar el cual, agregó:

—Digo que me gustaria la grande i la chica.....

Aunque esto estaba correctamente contestado, los circunstantes se rieron bulliciosamente en coro, en e' cual llevaba el tono alto Rosalía.

—Nos hemos enredado en una cuestion ortográfica i de alfabeto o como ustedes quieran, dijo Pepe levantando la voz i dando muestras de impaciencia porque no se dejaba hablar al viejo.

Este habia hecho caso omiso de esa traviesa cuestion i continuaba examinando el frasco con grande atencion.

—Tiene usted la palabra, buen hombre, dijo don Cucho i repitió Rosalía.

— —

El aludido se entonó, i como hablando a solas, continuó así:

—Ese frances será baron.....

Don Pedrito dió un tosido malicioso guiñando un ojo a Jacoba.

—Será baron por el título, pero hoi pasa ignorado en Chile.....

—Ese debe ser usted, vecino, dijo don Cucho a don Pepe.

—Pero si Pepe es de Béljica, interrumpió don Pedrito, o de Inglaterra como dicen otros.

Pepe estaba como mudo mirando al anciano. Este continuó:

—I ademas de ser frances, será buen marido i contribuirá despues de su muerte a hacer la felicidad de la familia con la herencia.....

Jacoba se levantó rápida i sin decir palabra se colocó detras del anciano a mirar el frasco.

Este apagó su luz rojiza i todos quedaron a oscuras.

—Enciende luz, Jacoba! gritó Rosalía; nos hemos olvidado que ya entró la noche.

—I cómo es que usted lee o vé algo, cuando yo no diviso nada? dijo a ese tiempo Jacoba al adivino.

Este, por toda respuesta, sacudió fuerte el frasco; brilló otra vez la luz rojiza i mostró la botella a Jacoba.

—Veo moverse una figura... medio negra... vestida de novia... creo que se parece a mí.....

Quiso arrebatar el frasco de manos del anciano, pero este se lo impidió escondiéndolo i parándose, cuando ya todos los circunstantes se iban acercando a ver esa novedad.

Jacoba tuvo una inspiracion, la de impedir que el viejo saliese de la casa. Para esto no habria mas que cerrar la puerta, poner como de tranca a don Pedrito i luego encender luz. Despues continuarian leyendo el porvenir dentro de la botella.

Pensando esto, Jacoba corrió a comunicar el plan a aquel. Pero don Pedrito, que a tranquitos se acercaba al adivino, motivó un inesperado fracaso, porque Jacoba tropezó en él violentamente. Como dos

piedras que se chocan, así sonaron las dos cabezas; luego dos cuerpos rodaron por el suelo i una gran confusion se siguió de aquí.

Don Pedrito cayó de espaldas, gritando lleno de terror:

—¡Vírjen Santísima... líbrame de esta tropa de diablos que se me han venido encima... Padre mio San Pedro.....

Entre tanto, Jacoba, que habia caido encima de aquel, gritaba llamando a Rosalía para favorecerse de las manotadas de ahogado que daba don Pedrito, en el colmo de la desesperacion.

En medio de esta alarma, don Cucho encendió el yesquero i en él hizo arder una hoja de las que tenia para fumar. Con su escasa luz pudo encontrarse la vela, que estaba lista en el centro de la mesa, i una vez encendida con la mayor rapidez, Jacoba pudo deshacerse de don Pedrito.

A ese tiempo, éste daba puñetes i tirones de pelo furiosamente.

—Rosalía, por Dios!... qué contiene esto... creo que se ha caido el techo de la casa... pero con partes carnosas... María Santísima...!

El alboroto era grande en la casa. Apenas se obtuvo luz, Rosalía, que no habia cesado de dar gritos, procuró desatar el nudo humano i lo mismo hicieron Pepe i don Cucho.

Don Pedrito estaba con los ojos que se le saltaban, pálido como cadáver de puro susto i todo revolcado en el suelo, mientras a Jacoba se le habian sublevado las polleras dejando en descubierto un trozo de nalga maciza, color de chocolate.

Allí dió Rosalía una fuerte palmada que resonó en la habitacion i le bajó los vestidos a tiempo que Pepe habia corrido púdicamente a cubrirla.

—Buena cosa, Jacoba, con el alboroto que has formado! esclamó Rosalía enojada.

—Pero si yo venia a hablar a don Pedrito, cuando me encuentro con él.

—I a mí que me pareció al principio que un animal habia caido encima de mí, dándome cornadas... hasta que perdí la cabeza....

Esto decia don Pedrito dándose sobones por brazos i piernas.

—I el viejito? esclamó como asustada Jacoba mirando a todas partes.

—Aquí estamos, no tengan cuidado, dijo Portales desde la pieza vecina, o sea del saloncito o club.

Todos corrieron a ese lado, en tanto que don Pedrito sujetaba del vestido a Rosalía, diciéndole con acento dolorido:

—Rosalía! no se mueva de aquí; ese brujo puede armarnos otra mas gorda i acabar con nuestra humanidad...; porque esto que me pasa, debe ser obra de brujería, sin duda alguna... I si nó ¿qué significa este choque tan recio sin que haya habido motivo alguno?

Rosalía habia vuelto a su acostumbrado buen humor i casi reventaba de risa viendo la aflixion de su marido i la candidez de sus palabras.

Ruido de voces apagadas, de conversaciones sordas, se oian en la salita mencionada.

Èra don Diego Portales que estaba en su elemento jugueteando, con cara séria, con el viejito.

Al producirse el desórden entre Jacoba i don Pedrito, el anciano trató de salir a la calle. Al efecto, tomó las alforjas i el baston i se dirijió a la puerta, diciendo, sin aguardar que le oyeran:

—He cumplido, he terminado, hasta otra vez!

—Ahora nos toca a los dos, le interrumpió Portales tomándole las alforjas e impidiéndole salir.

El bullicio i los alaridos de don Pedrito empezaban entónces.

El viejo, sorprendido por aquella actitud de una persona que aparecia enérjica de en medio de la oscuridad i de la bulla, se quedó quieto.

—¿Para qué me quiere usted? le dijo.

—Quiero saber el secreto de esa botella. Supongo que usted será bastante bueno para permitirme satisfacer mi curiosidad.

El viejo miró un instante i apénas distinguió el bulto de Portales.

—Me gusta, respondió, servir a los pobres, porque ellos me prestan servicios desinteresados; pero los caballeros como usted, mui sabidos i mui orgullosos, no deben preocuparse de mí, pobre diablo i viejo desconocido.....

—Aquí somos iguales, buen anciano, le dijo Portales; yo soi talvez mas infeliz que usted i por eso busco su consejo.

—Me gusta oirlo hablar así, esclamó el viejito dando media vuelta i penetrando casi a tientas en el vecino saloncito.

En el umbral de la puerta, sacó el frasco, lo sacu-

dió i con su rojiza luz medio alumbró el local. Portales lo siguió con grandísimo contento, porque esas aventuras, llenas de misterio i de novedad, tenian para él todos los encantos de los cuentos fantásticos sobre apariciones i brujos.

El bullicio estaba en esos momentos en toda su fuerza. El anciano parecia no oir el desórden; se preocupaba de cosas mas importantes i por nada del mundo se distraia.

=Veamos qué desea usted, dijo el brujo a Portales sin mirarlo.

=Deseo saber mi porvenir, si es que esa botella puede indicarlo.

—Ante todo, dijo el viejo, ¿es usted amigo de la casa?

—Sí i de mucha confianza, como se lo puede preguntar a Rosalía.

—Me basta su palabra. Pregunto eso porque solo por amistad i por agradecimiento gusto de hacer leer el porvenir en esta botella. Vivo aislado, no me junto con nadie i permanezco mudo en todas partes; solo en esta casa he tenido ratos de franca espansion.

—Este viejo debe ser un charlatan de marca mayor, pensó Portales; pero para divertirse un rato, está bueno, sin perjuicio de quitarle la manía de adivinar dándole un carcelazo.

—Agradezco la confidencia que me hace, le dijo Portales.

El bullicio de la casa calmaba entonces. El viejito

se acomodó en una silleta, se afirmó en la mesa, i dijo, sacudiendo la botella:

—Pregunte usted.

—Dígame ¿que será de mí dentro de veinte años? dijo Portales.

El anciano miró fijamente a la botella, cuya luz inundaba su rostro i respondió despues de un rato de silencio:

—Nada!

Los novedosos de la vecina pieza empezaban a llegar, conforme queda relatado en párrafo anterior.

—Cómo nada? Estaré muerto? o estaré vivo sin figurar en nada?

—La botella no dice mas; usted será nada!

—I de aquí a diez años ¿seré algo?

El viejito sacudió la botella, meneó la cabeza como quien dice nó, i dijo:

—Nada!

Portales se mordió el labio inferior demostrando contrariedad. Pensó que ese hombre queria embromarlo i para pillarlo en algun embuste, le preguntó sonriendo, mirando de reojo a las personas que tenia a su lado:

—I ahora ¿qué soi?

El viejito puso nueva atencion al centro de la luz roja; luego hizo un movimiento de nervios i demostró como sorpresa. Así mudo se paró, se sacó el sombrero a tiempo que don Pedrito llegaba alumbrando con una vela, i dijo, mirando a Portales:

—Señor, esta botella dice que usted es algo como segundo Presidente de la República i su primer Ministro.

Indecible fué la sorpresa de éste. Los circunstantes pronunciaron palabras cortadas, mirando al viejo i a Portales.

—Maravillosa botella tiene usted, dijo éste; ¿se puede saber qué líquido contiene i qué misterio es ese que lo hace adivinar las cosas?

—Ya eso es secundario; no tiene importancia, respondió el viejo guardando la botella en las alforjas preparándose para marchar.

—No se vaya todavía, se acercó Jacoba diciendo a éste; háganos el favor de estar con nosotros unos momentos mas. Voi a traerle unos bollitos mui buenos para que tome con un vino añejo que tenemos.

I antes de esperar respuesta, Jacoba salió corriendo, llevándose por delante a don Pedrito, que siempre andaba sufriendo pesadumbres i percances.

Conversaciones aisladas, diálogos cortos i animados se siguieron; pero Portales no pudo sacar al viejo una solo palabra que le esplicára el misterio de la botella. El astuto anciano esquivó toda respuesta aun respecto de su propia persona, cuyo nombre i domicilio se le preguntó en vano.

Jacoba llegó con el regalo ofrecido i el adivino lo recibió con verdadero placer. Se bebió un trago de vino i lo halló excelente.

—Ahora me vá a decir algo mas respecto de mi porvenir, le dijo Jacoba con cariño.

—Bueno, le contestó el aludido; veremos ese algo mas, i en seguida me marcho.

Diciendo, tomó el frasco, lo calentó un poco con las manos, lo sacudió fuertemente i lo interrogó con la vista fija, diciendo:

—Vamos a ver cual será el novio de Jacobita.

Luego llamó a ésta para que viese por sus propios ojos, mientras don Cucho, Pepe i Rosalía se agrupaban a la puerta ansiosos de curiosidad. Don Pedrito quedó atras de todos i como el frasco alumbraba lo suficiente, fué a colocar la vela encendida en la mesa que servia de comedor.

—Póngase detras de mí, Jacobita, i clave la vista en el medio de la botella, le dijo el adivino levantando el frasco apretado con ambas manos.

—Parece que se agranda... pero veo un bnlto, dijo aquella.

Entónces el anciano volvió la cabeza i habló al oido a Jacoba, diciéndole:

—Piense en el sujeto que a usted le parece que puede ser su novio i clave firme la vista medio a medio de la luz.

Jacoba, sin pronunciar palabra, abrió los párpados i lanzó a la botella el fuego de dos ojos negros convertidos en doble i poderosa corriente magnética.

La botella dió un estremezon, al mismo tiempo que Jacoba lanzaba un pequeño grito de sorpresa.

—Sí... ya voi viendo...

—Mire usted en silencio! le dijo secamente el viejo.

Pero Jacoba, que se habia acercado un poco mas al frasco, pudo ver claro.

—Dios mio... es él! esclamó tapándose la cara con ambas manos como para no quedar cegada con la

fuerte luz que en esos instantes irradiaba el foco laminoso.

Jacoba acababa de ver a Pepe en traje de novio!

Un murmullo de admiracion se esparció por el saloncito i las mas apuradas preguntas se cruzaron, interrogando a Jacoba i al viejo.

Ni una ni otro habló palabra. El último guardó precipitadamente el frasco en las alforjas i emprendió marcha hácia la puerta, en tanto que Rosalía tironeaba a Jacoba para que hablase.

Los demas se miraban como interrogándose sobre aquellas estrañas escenas. Pepe i don Cucho murmuraban palabras sueltas que ellos solos oian, mientras que Portales, mudo i plantado como un tronco, solo movia los ojos de un punto a otro, ya los dirijia al viejo o ya al grupo bullicioso formado por las dos negras.

Cuando ya el viejito llegaba al umbral de la puerta de la calle, Portales tuvo el atrevido pensamiento de atajarlo i de hacerlo llevar preso a fin de arrancarle el secreto de la botella i el de los misterios que rodeaban a ese estraordinario personaje.

El célebre Ministro se prestaba a esto i a mucho mas, por su carácter bufon i por sus escentricidades i diabluras que le dieron popularidad.

Mientras los de la casa acosaban a Jacoba con repetidas preguntas, Portales salió a escape i sujetó de las alforjas al viejo cuando ya éste ponia un pié en la calle.

—Mi buen viejito, la última molestia le pido, nada

mas que diez minutos para que me haga saber mi porvenir. Acuérdese usted que nada me ha dicho sobre esto.

El viejo quedó mudo, pero tirando de las alforjas para continuar su camino. A ese tiempo, Rosalía i los demas llegaron tambien a rogar al adivino que accediera a los ruegos de Portales.

Este, sin soltar las alforjas, se inclinó al oido de Rosalía i le dijo mui despacio:

—Mándeme pronto a buscar dos soldados.

Portales pensaba hacer una mala jugada al pobre hombre; pero Rosalía no le comprendió sus palabras i nada hizo por darles cumplimiento.

El viejo se vió sitiado de tal manera, que tuvo forzosamente que ceder, aunque con visible mala voluntad.

—Ya es mui tarde para mí, murmuró a media voz entrando i dirijiéndose a la mesa de comedor.

—Lo vamos a acompañar, dijo Pepe.

—Yo me comprometo a hacerlo acompañar con policía i así no tendrá cuidado, agregó Portales.

—Primero me mandará usted a la cárcel ántes que de veras protejerme en mi caminata.

A estas palabras del anciano, Portales sintió hervirle la sangre. Creyó oir una insolencia, un atrevimiento injustificado i por esto casi se tentó de castigar a ese hombre que consideraba un charlatan i uno de tantos que ganaban la vida esplotando la credulidad i engañando al pueblo con predicciones i adivinanzas.

Sin embargo, reflexionó sobre que el tal adivino podria ser algo mejor que lo vulgar, i como estaba

en vena de diversion, siguió esforzándose para hacer que aquel sacára de nuevo a luz el frasco misterioso.

—No se enoje, mi buen viejito, le dijo demostrando cariño; aquí solo encontrará buenas intenciones i deseos de oirlo como a un oráculo.

Jacoba sirvió al anciano otro poco de vino añejo i así volvió a reinar la misma franqueza de media hora atras.

En un instante en que los de la casa se dispersaron unos a buscar un trago i otros a preparar asientos, Portales habló como con reserva al viejo, diciéndole:

—¿Cómo aprendió usted a manejar esa botella i a saber sus resultados?

—Estudiando, contestó aquel sacando el frasco; hai aquí una combinacion de vidrio de aumento i electricidad que obran sobre un líquido preparado químicamente, a lo qne se agrega el calor vital del magnetismo humano que convierte a la luz roja en medio pensante i apta para recibir las impresiones dc los espíritus. En la época de atraso en que vivimos, no puedo ni hablar de esto; me llamarian brujo o endemoniado. Será esta botella el gran descubrimiento del porvenir, del fin del siglo talvez.

Portales oia asombrado esas teorías enteramente nuevas. Pepe llegaba en ese momento, i al oir al viejo, dijo a Portales acercándosele al oido:

—Este brujo está hablando disparates.

Portales solo le guiñó un ojo como diciéndole:

—Estoi observando al hombre.

—Vamos a ver, buen anciano, lo que me dice esa botella, dijo Portales; en otra ocasion buscaremos manera de estudiar a fondo su descubrimiento para propagarlo, si es posible.

—No tengo interes en ello; si he referido lo que usted ha oido, es por satisfacer una curiosidad suya. Ahora, vamos a la obra, que tengo prisa por marcharme.

Diciendo esto, el viejo ajitó la botella i ésta empezo a brillar como en otras veces. La luz de la vela fué puesta distante, a fin de quedar en semi-oscuridad.

La luz roja fué aumentando su fuerza luminosa i en breve alumbró todos los rostros, juntos ya al rededor del viejo. Detras de éste, con inclinacion a la derecha, se situó Portales, esta vez con su sombrero alon echado atras. A su lado estaban los demas, atentos i silenciosos.

—Hable usted, dijo secamente el viejo, apretando el frasco con sus dos manos entrelazadas por la parte opuesta a la que se mostraba a los espectadores.

—¿Qué seré dentro de cinco años? preguntó Portales.

Un instante despues, oyó esta respuesta.

—Estará a la derecha del Presidente de la República; es decir, será su segundo en el mando, i quien es segundo puede ser primero.

Portales se sonrió, sin duda alhagado en su amor propio. Miró de reojo a sus vecinos, i estos estaban tambien con caras alegres. Don Pedrito empezó a acercarse a tranquitos para ver de cerca la maravilla de la botella, pero todos eran mas grandes que él,

de suerte que aun empinándose no alcanzaba a divisar nada.

Entónces dió un salto i se subió sobre las espaldas de Rosalía, como pudiera haberlo hecho un gatito regalon, i sin atender a las protestas de la negra, alargó los brazos hácia adelante hasta aferrarse de los abultados pechos i metió la punta de los piés por entre las pretinas, quedando cómodamente situado como en un balcon, i diciendo:

—Ahora sí que soi un hombre grande!

—¿Cuál será el fin de mi carrera pública? ¿Me acompañará el pueblo al dejar el poder? preguntó con actitud algo burlona el Ministro.

—Ya eso es otra cosa, respondió el viejo frunciendo el ceño; la respuesta es un poco difícil. A ver. baje la frente para ponerle la botella... así... piense en la respuesta i caliente bien el vidrio... a fin de que la voluntad de querer i poder causen conmocion en la masa líquida....

I diciendo esto el viejo, con palabras pausadas i acento grave, puso en la frente de Portales la botella, en medio de la muda admiracion de los circunstantes. Cuando ésta mostró haber recibido bastante calor, la retiró aquel, abrió grandes ojos i miró fijamente el centro luminoso, al mismo tiempo que do recomendaba a Portales hiciese lo mismo, colocando la vista a corta distancia.

Dos o tres minutos duró este silencio, en cuyo tiempo entraron tres parroquianos i otras tantas *japaditas* en busca de ponche i picarones. Al ver aquella misteriosa reunion, quedaron mudos, i luego

empezaron a acercarse al grupo andando en puntillas hasta colocarse detras de los de la casa. Dos de los recien llegados, un jóven i una de las niñas, que daron rosando las ropas de Portales.

Trece personas completaron de esa manera la reunion al rededor del frasco misterioso. El número era fatal i de mal agüero. Un supersticioso habria pensado que allí iba a ver o a saber algo lúgubre, algo realmente fafal, talvez una desgracia irreparable.

Pero ninguno de los asistentes supo esto, de modo que el número trece quedó completo allí sin ser notado.

Silencio sepulcral reinaba en la casa. Las trece personas formaban semi-círculo con otras tantas rojizas caras. Era aquello un espectáculo curioso; todos demostraban ansiedad i las miradas se dirijian penetrantes e investigadoras hácia el frasco, sostenido por las manos temblorosas del viejo.

—Mire usted, dijo de un repente éste, aparecen signos de duelo... pueblo... tropas enlutadas .. féretro... hai uno asesinado o fusilado.....

—No veó nada! dijo Portales nerviosamente.

—Pero es lo que aparece aquí.

—Eso no me consta porque nada veo; usted tendrá que probarme lo que está diciendo.

—I usted tendrá que ver aquí lo que le acontecerá, si no arregla su vida de otra manera; porque el frasco dice que el primer Ministro morirá... con grillos en los piés!

Un estremecimiento de terror o sorpresa, movió a

todos los presentes. Portales tuvo un acceso de rabia i por nada no dá de bofetadas al importuno adivino; pero se contuvo hasta ver el final de aquella sesion de novedades.

—Muéstreme usted! dijo Portales acercándose aun mas i con un tono de visible irritacion.

El frasco tembló en las manos del viejo i dijo éste:

—Desengáñase, crea o reviente!

Portales dió una especie de sordo rujido de cólera ante esas desatentas palabras, en tanto que todos se estrechaban para ver algo.

—Ahí tiene, dijo el viejo acercando el frasco a Portales; ahí tiene una calle mui ancha, talvez la Alameda... mucho pueblo se mueve rodeando tropas que marchan enlutadas ¿vé usted?

—Veo eso .... ¡qué cosa tan orijinal!

—Bueno; mire usted ahora un birlocho... llevan un par de grillos colgando... detras un carro enlutado, con las armas de la República....

Portales se estremeció; un sudor frio le bajó desde la cabeza, mientras que voces diversas se dejaban oir entre los presentes, demostrando la mayor admiracion.

—Ahora, dijó el viejo parándose solemnemente i acercando la botella casi hasta las narices de Portales; ahora lea usted el nombre del que vá en el ataud que corona el carro... está escrito con letras blancas a ambos lados del ataud....

—Por...ta'...les ...!

Quedó éste aterrado, dio un paso atras i trope zó con los que en esa parte estaban; dos cuerpos roda-

ron por el suelo, en tanto que Rosalía daba un grito i don Pedrito caia al suelo con grande estruendo.

Todos quedaron con ojos i bocas abiertas i manos estendidas hácia el frasco, cual si una horrible vision se les hubiese presentado de improviso. La luz fué apagándose i Portales empezó a caer como ébrio, medio afirmándose en don Cucho, que inmediato estaba.

Ruidos estraños se dejaron oir de jentes que caian o levantaban.

Cuando el órden se restableció, el viejo habia desaparecido, Portales, su amigo, Pepe i don Cucho trataron debuscarlo; pero no tuvieron ni noticias suyas.

El primero se retiró pensativo a palacio, i los otros volvieron a la casa, en donde encontraron bulliciosos comentarios i grandes lamentaciones de don Pedrito, el cual se daba fuertes sobones en un chichon mayúsculo que le habia ocasionado el porrazo.

Capítulo XI

SAN LÚNES I LA HISTORIA DE LA CHICHA

Despues de los sucesos referidos, largos dias pasaron sin que visitáran la esquina de la negra Rosalía ni Portales, ni Pepe, ni don Cucho Maturana, ni menos el viejo brujo.

Parecia que todos se habian convidado para no volver.

Solo el público anónimo, conocido como a hurtadillas en noches de fugaces pasatiempos i en aventuras con ponche i picarones, seguia concurriendo dia a dia i noche a noche.

La falta de aquellos amigos tenia de mal humor a Jacoba. La ausencia del gringo Pepe—como se le seguia llamando—la molestaba. Le habia tomado cariño a ese infeliz estranjero; pero ignoraba si ese cariño era correspondido, sin embargo que la botella bruja le habia manifestado que sí.

Un domingo Jacoba fué a misa, como siemare, a Santo Domingo i allí tuvo la buena suerte de divisar a Pepe. Al lado de aquella se encontraba una vecina del barrio con la cual Jacoba sostuvo un corto diálogo.

—Mire, vecina, ¿que no es el gringo Pepe aquel de chaqueta negra i pantalones a cuadros blancos i oscuros?

—El mismo; es hombre mui católico i mui honrado i por eso todos le tienen lástima i lo aprecian.

—Hace muchos dias no vá a casa; yo lo creia enfermo.

— No ha estado enfermo, porque lo he visto muchas veces con aquel don Cucho Maturana.

—¿Con el compadre Cucho? Qué raro es que no haya pasado a vernos.

Jacoba esperó a Pepe a la salida de la funcion i allí lo llamó a un lado para darle quejas por su ausencia. Pepe demostró un gran contento al verla. Le refirió que don Cucho habia viajado continuamente a Santiago por negocios de ganados i licores, en algunas de cuyas operaciones, él, Pepe, le habia ayudado lo suficiente para ganarse algunos pesos.

—I por qué el compadre no ha ido a vernos? preguntóle Jacoba.

—El hombre ha estado trabajando mucho i me

dijo ayer que si se desocupaba hoi en la mañana, esta noche iríamos a ver a ustedes. I me voi a buscarlo, porque esta es la hora en que me espera en una bodeguita que ha abierto en la calle de San Pablo.

El encuentro fué feliz para ambos. Pepe se fué como unas pascuas, porque tenia cariño a esa negrita tan viva i tan caritativa. Esta llegó a su casa tambien como de flesta, refiriendo la entrevista i lo en ella conversado. En previsíon de la llegada del compadre, Jacoba arregló fiambres i un ponche en pisco de clase i sabor especial.

En la tarde llegó una avanzada anunciando la próxima llegada de don Cucho. Un peon llevó de regalo un cordero abierto, un cuero de vino i otro de aguardiente superior i algunas verduras.

—Siempre rangoso el compadre! esclamó Rosalía recibiendo esos regalos.

—¿A qué hora viene? preguntó don Pedrito tocando los cueros i dirijiéndose al peon.

—El patron mandó decir que si no alcanzaba a venir esta noche, mañana estaria sin falta aquí.

—Bravo! gritó don Pedrito; dile que lo esperamos con ánsias i que venga con Pepe,

Despues de tantos dias de ausencia, ocupados por don Cucho esclusivamente en sus negocios, volvia con visos de pasar largas horas de franca tertulia en esa casa que era como la suya.

Ni en la tarde ni en la noche llegó el esperado don

Cucho. Rosalía i los demas de la casa se acostaron mui tarde i de mal humor, aguardándolo.

Pero aquel, que habia estado desde la tarde oyendo buenas tocatas i cantatas en casa de otros amigos, acompañado de un pariente i de Pepe, quiso dar una sorpresa a Rosalía i a Jacoba cantándoles una serenata, conforme se acostumbraba en aquellos lejanos tiempos.

Aun no aclaraba bien el dia lúnes, cuando don Cucho i compañía tomó camino de la esquina de los picarones, llevando una buena vihuela i algunos atados de voladores.

Cantaban ya los pajarillos sus tiernas i amorosas canciones i asomaba risueña la aurora por el dorado oriente, cuando los trasnochadores llegaron al pié de la ventana que daba luz al dormitorio. Don Pedrito i las dos mujeres dormian i roncaban en esos momentos.

Afuera, la mañana era fresca como que empezaba el otoño. La ciudad dormia tranquila i solo a lo léjos se oia el canto de algun trabajador que se dirijia a sus tareas i el del guardian o sereno que anunciaba la hora:

—I las cuatro i media; está sereno!

—Mui buena hora dá ese reloj, dijo don Cucho; pero lo que no está bueno es esta prima que se ha descompuesto.

En aprontes, arreglando los atados de voladores i afinando la vihuela, pasaron los minutos. Cuando el sereno cantaba las cinco, don Cucho puso el pié izquierdo en una hendidura de la muralla, afirmó el instrumento sobre el muslo i empezó a preludiar

na de esas serenatas o tonadas de pata en quincha —o pata en muralla—que lo mismo era, mui en boga en la época.

A continuacion, cantó con voz sonora esta cancion, mirando hácia la ventana.

Linda i fresca mañanita,
Llena de encanto i amor,
Así estaba, tan bonita,
Cuando te formó el Señor.

Mañana pura i rosada,
Mañanita del placer,
Así estaba la alborada
Cuando te empecé a querer.

Los voladores tronaron entónces haciendo saltar de la cama a don Pedrito:

—Rosalía! Rosalía! despierta, por Dios, que estan tirando en la calle... creo que hai revolucion....

La negra se estiró perezosamente i lo mismo hizo Jacoba, ambas mui cansadas i dormilonas despues de un dia i noche de trabajo.

—Jacobita! Jacobita! Jacoba! Jacobona! despierte pronto... oiga ese fuego graneado... se divisa hasta la vislumbre del lanza-fuego de los artilleros... el fogonazo de los cañones... Vírjen Santísima del Cármen....

—Qué es lo que hai, don Pedrito! dijo Rosalía medio dormida aun a pesar de la bulla que aquel metia.

—Por veinte mil millones de diablos, ¿quieren hacerme el favor de dispertar? ¿No oyen? Se ha trabado la batalla mas sangrienta que jamas ha habido en la América... con músicas marciales cuyos ecos

hasta mis oidos llegan... negras hijas de una grandísima....

—Qué diablos tiene don Pedrito! ¿ha amanecido con la rasca viva i está soñando despierto... so maricon...? dijo Rosalía con voz golpeada.

—Oigan... son voladores, don Pedrito! agregó Jacoba... i suena una vihuela...

—A ver?... atencion! dijo don Pedrito dulcificando el tono.

El ruido de los voladores habia cesado i el trovador continuó:

Yo canto al venir el dia,
Yo canto al amanecer;
Despierta, chinita mia,
I acaba mi padecer.

No escondas a quien te llama
Tu boquita de alfajor;
Deja de una vez la cama,
Mira que ya sale el sol.

De nuevo los voladores se elevaron bulliciosos poniendo en alarma a los tres moradores de la casa.

—Por mi madre que canta bien ese diablo madrugador! dijo don Pedrito.

—De veras ¿quiénes serán esos tunantes? agregó Rosalía.

—Qué gusto me dá oir cantar desde la cama! concluyó Jacoba con acento flojo i dormilon; asómese don Pedrito a ver quienes son.

—Voi allá; estos diablos me han hecho pasar un

uso regular...; creí de veras oir descargas cerradas de fusilería...; el ponche tiene la culpa!

I diciendo esto don Pedrito, empezó afanoso a buscar su ropa para levantarse.

—A dónde vá don Pedrito con mi chaqueta! esclamó Rosalia viendo todo turbado a su marido.

—Por qué demonios andan ustedes cambiándome mi ropa i mezclando enaguas i calzones juntos con mi chaleco?

—Aguarde, don Pedrito; oiga el canto.

Este continuaba, en efecto:

Asómate a la ventana,
Mi bella i querida mia,
Ven a gozar la mañana
Aunque se enoje tu tia.

Pásame de ponche un vaso
Para entonar mi vihuela;
No temas, no le hagas caso
Ni a tu madre ni a tu abuela.

Un aplauso i un palmoteo triple resonó en el dormitorio en señal de aprobacion, miéntras afuera los voladores se elevaban chisporroteantes i tronadores.

—Creo que es el compadre! esclamó Jacoba; siento unas risas mui parecidas a las suyas.

—De veras, parece él, como que a nadie mas podia ocurrírsele venir a darnos una serenata; apúrese don Pedrito, concluyó gritando Jacoba.

—Mis medias, mis zapatos, mis pantalones ¡Jesus! qué mujeres estas....

—Oiga, don Pedrito, le interrumpió Jacoba apres-

tándose para vestirse; oiga, tome un pañuelo blanco grande que está ahí, en una silleta, abra la ventana i se los tira como señal de que los cancioneros serán bien recibidos.

—Esa es la costumbre, agregó Rosalía; de modo que don Pedrito lo hará así; pero menéese lijero.....

—Atencion! ya empieza el canto.

La serenata continuó con el mismo entusiasmo del principio:

Voi a terminar mi canto
Con penas del corazon:
Yo te quiero tanto, tanto,
Que ya pierdo la razon.

Compadécete de mí,
Abreme la puerta, cielo;
Me muero, muero por tí,
Sin recibir un consuelo.

—Corra don Pedrito i tire el pañuelo! gritó Jacoba en medio del bullicioso aplauso que se siguió.

Don Pedrito saltó rápido buscando a tientas el pañuelo, porque habia semi oscuridad.

—Es el compadre! gritó Rosalía de un repente.

—Allá voi, allá voi! dijo don Pedrito tomando un trapo blanco i encaminándose en camisa i calzoncillos a la ventana que daba a la calle.

La abrió rápido, arrojó el pañuelo hácia afuera i gritó:

—Viva la mañana!

Al punto cerró la ventana por miedo a un resfriado.

Afuera se oyó un palmoteo i luego una carcajada que se prolongó por no poco rato.

Entre tanto, Rosalía i Jacoba se apresuraban por vestirse. De pronto ésta lanzó un grito:

—Don Pedrito, por Dios, mis calzones! No sea que los haya equivocado... aquí está el pañuelo...

Rosalía lanzó una estruendosa carcajada.

—Los calzones salieron a la calle... Jesus, Maria i José!

—Pero si don Pedrito amaneció con la cabeza mala i oyendo batallas, cañonazos i el estruendo de dos ejércitos en pelea...

—Cuidado Rosalía con tratar de embromarme. Vístanse lijero, que yo voi a abrir la puerta.

—I mis calzones, por Dios santo! ¡Qué van a decir esos señores! Oh! don Pedrito no es bueno mas que para hacer averías.

A ese tiempo don Pedrito abria la puerta i entraban los trovadores con grande algazara, trayendo Pepe los calzones aquellos levantados en la punta del baston.

Abrazos múltiples se siguieron i luego don Pedrito empezó a brindarles el buen ponche en aloja, mientras daba esplicaciones respecto de la equivocacion que habia sufrido tirando calzones por pañuelo.

Rosalía apareció entónces i la alegría se completó. Era aquello un buen festejo al santo que mas devotos tiene en Chile, San Lúnes, resto de los tiempos de la dominacion española, en que no habia santo que no tuviera una fiesta.

Esas fiestas, casi continuadas, fomentaban la flojera i alentaban los vicios, entre los cuales el de la bebida no era el menor en la jente del pueblo.

Algunos tunantes que amanecieron con ganas de seguir celebrando un santo dominguero, inventaron al siguiente dia un *San Lúnes* por no encontrar otro en la memoria, i así la diversion tuvo pretesto de prolongarse.

Siguiendo la costumbre, don Cucho Maturana i compañía prepararon desde temprano todo lo necesario para beber, comer i divertirse todo el dia. Jacoba no bajó de su alto dormitorio hasta que Rosalía le llevó aquellos calzones que tan mal rato la habian hecho pasar.

Poco despues, apareció risueña i vestida con buen gusto, i la alegría aumentó entónces.

Un gran valdiviano dispuso don Cucho se hiciese, diciendo:

—Coforme con las prácticas aconsejadas por los santos padres i cumplidas por los devotos del milagroso San Lúnes, el valdiviano se pondrá al fuego sin pérdida de tiempo i contendrá lo siguiente: caldo....

—Hai abundante i buen caldo, interrumpió Rosalía saboreando ya el apetitoso desayuno.

—Entónces tenemos la base; al caldo se le pone el charqui molido, sin nervios, cuatro cebollas picadas, ají en vaina, media docena de cabezas de ajo, pan añejo hecho harina, una libra de queso rayado o molido, bastante leche i una docena de huevos de gallina...

—Caracoles con el valdiviano! dijo don Pedrito,

—Es un bocado de novios, de lo mas alimenticio que se pueda inventar.

—Pues, a hacerlo! aquí tambien hai novia, dijo riéndose Rosalía.

I todos se pusieron en movimiento para preparar en una hora tan rico plato.

Don Cucho llamó aparte a Jacoba, miéntras se trabajaba i se charlaba.

—¿Sabe usted, Jacoba, que no puede encontrar marido mejor que el amigo Pepe? Lo he estudiado a fondo i veo que es buen cristiano, mui honrado i creo que es de distinguida familia, a juzgar por su conversacion i buena figura.

—Lo de buena familia, no puedo ni soñarlo; soi una negra infeliz que no debo tener pretensiones...

—Se equivoca, Jacobita, contestó don Cucho; ya ustedes han salido de la oscuridad merced a un largo i honrado trabajo; los picarones son los mas apetitosos, los mas buscados de Santiago, i el ponche... oh! el ponche es bebido con delicia por todas las clases sociales, desde el Presidente de la República hasta el mas roto de nuestros ciudadanos. Aquí vienen caballeros de la primera distincion i aqui han tenido un club político reservado personajes que hoi figuran en el gobierno del pais i que aquí han aprendido a politiquear i a *curarse* con ponche bueno i barato.

Don Cucho hablaba con fina intencion i con mu-

cha gracia, concluyendo ambos por reirse de mui buena gana.

—Si Pepe me quisiera... yo me casaria con él, como lo ha pronosticado aquel viejo brujo.

—Déjese de brujo.

—Es que ese viejo me ha hecho favores i debo estar agradecida, porque ademas del pronóstico, me ha dado oro.

—Está bien; la cuestion es sobre Pepe.

—La cuestion es que él no me quiere, o a lo ménos no lo demuestra. Hace ya t empo a que tengo un San Antonio en apreturas, ya de cabeza, ya colgado del pescuezo, i el milagro del matrimonio ni lo diviso...

—Pero si a San Antonio no le importa un pito el matrimonio; es esa una supersticion, una cándida creencia que no hai en qué fundarla. Déjese de santos, Jacoba.

—Espérese un poco; lo que le he dicho del santo es un secreto i tambien lo es que hoi se entera un plazo que le dí. Si no tengo novio hasta la entrada de la noche, le corto la cabeza al santo o le doi otro castigo ejemplar.

—Mui bien dicho, dijo don Cucho con sorna; o es santo o no es nada. I ¿de qué tamaño es el santo?

—Es chiquito, de una cuarta de alto.

—Oh! mui pequeño para que haga alguna hazaña. Dígame usted, ¿cuál fué el novio que vió en el frasco del viejo?

—Fué Pepe.

—Entónces no hai mas que hablar. El milagro que no haga el santo, lo hará el ponche.

Don Pedrito se aproximaba en ese instante preguntando al compadre por el licor que serviria en la mesa.

—Tomemos chicha, pero ha de ser de la bodega de don Pedro del Villar.

—Voi a mandar buscar.

—Nó, yo mismo iré i traeré un cuero lleno. Como soi amigo con don Pedro...

—Ese no es Pedrito, dijo éste riéndose.

—Es Pedro, i con él tengo varios negocios de importancia. Compraré buena chicha baya i si está el amigo, lo traigo al valdiviano.

—Ese señor es de muchas campanillas, de mucha prosa, dijo Jacoba.

—No importa, conmigo estará contento; media hora mas i estoi de vuelta.

Don Cucho salió lijero rumbo de la calle de las Agustinas, miéntras en la casa quedaron todos haciendo los últimos arreglos para presentar el valdiviano con el aparato i con los honores correspondientes a su mérito i fama.

El valdiviano, plato favorito de los trasnochadores, estaba ya hirviendo con un lujo de comestibles reunidos como pocas veces se acostumbraba.

Don Cucho Maturana encontró en la bodega a don Pedro del Villar, con el cual trabó luego la mas franca conversacion. Eran amigos desde hacia años. Don Pedro regaló a su amigo un cuero de rica chicha, por otro nombre *odre*, i lo envió con un peon a casa de Rosalía, i entusiasmado por la noticia del

valdiviano, acompañó a don Cucho a saborearlo.

Don Pedro del Villar era un caballero respetable por la edad, por su fortuna i mas que todo esto por haber sido el inventor i primer fabricante en Chile de la afamada i popular *chicha de uva*.

Vestia en la ocasion de que tratamos (1830) sombrero de paño negro alon, capa color verde botella, calzon corto hasta las rodillas, media negra de seda i zapatos de terciopelo negro rebajados, con hebilla de oro en el empeine. Usaba un baston grueso i negro, con empuñadura de oro, i con él se acompañaba a toda hora.

Su traje de caballero antiguo de capa i espada i su porte distinguido, llamaban la atencion del gran mundo santiaguino. Esto no le impedia despachar personalmente en sus multiplicados negocios.

No ménos de cuatro personas han tenido el mismo nombre i apellido, lo cual ha dado oríjen a que se les confunda. El inventor de la chicha vivió en la calle de las Monjitas, pero tuvo propiedades en las de Agustinas i Merced i fué dueño de casi todo el estenso llano deMaipo. Su nacionalidad era cubana porque allí nació; pero sus padres eran españoles segun entendemos.

No se mezcló absolutamente en la guerra de la independencia ni en las guerras civiles que se siguieron, i por esto fué respetado por los de uno i otro bando. Por lo demas, era un caballero mui agradable de trato, alegre i conversador, caritativo i con mano abierta para todo el mundo. Habia tratado con intimidad a muchos mandatarios, al correjidor Zañartu que fabricó el puente de Cal i Canto,

a los últimos gobernadores españoles de Chile, a O'Higgins, Carrera, etc. En resúmen, don Pedro del Villar era todo un personaje de nota.

Conocido ya éste por el lector, continuemos relatando el San Lúnes en casa de Rosalía.

Aun no eran las ocho de la mañana, cuando entraron a la casa mencionada don Pedro del Villar i don Cucho Maturana.

Una esplosion de entusiasmo se produjo entónces. Rosalía salió a recibir a don Pedro con grandes atenciones, pues era la primera vez que visitaba la casa, i don Pedrito corrió tambien a inclinarse delante de su tocayo.

Despues de las presentaciones de estilo, don Cucho pidió el valdiviano e invitó a todos a sentarse.

La mesa estaba bien arreglada, como para algo mas de desayuno. Grandes matas de apio adornaban el comedor, metidas de cabeza en tiestos con agua limpia, i ese aspecto de rusticidad contribuia mas a abrir el apetito.

Una gran fuente de barro colocó Rosalía en un estremo del comedor, miéntras los presentes conversaban en dispersion. Se sentian los borbotones del caldo hirviendo i se percibia un olor de los mas agradables.

—Yo serviré, dijo a ese tiempo don Cucho; yo serviré al uso de mi tierra, es decir, a plato lleno.

I diciendo, empezó a servir en platos hondos. Don Pedro, que vió cómo el caldo llegaba a hacer hilo con el sustancioso queso molido, dijo:

—La verdad es que el valdiviano me ha abierto,

con su vista, de par en par las puertas del apetito.

—Pues, allá vá una buena racion a cerrarla.

Jacoba fué la encargada de distribuir los platos. Bien pronto solo se sintió un coro de alabanzas en honor del valdiviano.

—No es posible, dijo don Pedro, confeccionar un plato mas agradable al paladar i mas sustancioso. Lo declaro un plato-rei.

—Para la buena chicha, agregó don Pedrito, era necesario un buen plato.

—Un trago de chicha, señores! gritó Rosalía con un vaso en mano.

—Oh! qué chicha tan rica! fué la voz de todos apenas bebieron un trago nada corto.

Las chichas de don Pedro del Villar tenian que ser forzosamente buenas. El habia sido el inventor de ese líquido i era propietario de grandes viñas. Sus bodegas surtian a muchas otras de diversas partes de la República i tambien a bodegones i despachos en número incalculable.

Ese licor era puro para el rico i para el pobre. No era costumbre beberlo a vasos o jarros en los despachos, sino que por cuartas o medias cuartas. Andando el tiempo, las medias cuartas fueron algunas veces reemplazadas por grandes vasos llamados *granaderos* i tambien potrillos. En los fundos, en el campo, en los trabajos, solia beberse en cachos de buei debidamente arreglados o cachitos de toritos.

—Con el descubrimiento de este licor, dijo don Cucho, ha hecho usted, don Pedro, un servicio de valor incalculable a los chilenos.

—I aun mas, espuso Pepe; el señor del Villar ha creado para elpais un licor nacional que no se bebe en otra parte de América; es únicamente de Chile al cual simboliza en su vigor, alegría, dulzura, bondad, fuerza i vida....

—Bravo don Pepe! dijeron algunas voces.

—Creo que he hablado disparates, dijo Pepe a su vecino.

—No le dé cuidado, dijo don Pedro del Villar; la chicha tiene la particularidad de proporcionar franqueza, abrir el apetito i dar alegría i amistad en todos los corazones.

—Mui bien dicho, esclamaron todos aplaudiendo al venerable chichero.

Los vasos empezaron a circular i a consumirse, al mismo tiempo que las lenguas se soltaron, formándose entónces una fiesta de confianza.

El valdiviano fué saboreado i alabado casi a cada cucharada, i la chicha, rubia i espumosa, estaba tentadora.

—Con este licor, dijo don Cucho, los chilenos no envidiarán ningun vino; nuestros entusiastas bebedores han elojiado tanto la chicha, que hasta le han dedicado canciones....

—Eso no lo sabia yo, interrumpió don Pedro.

—He oido hablar de una cancion de la chicha, dijo Rosalía; pero no la conozco.

—Pero usted la sabrá, don Cucho, como amigo de tonadas, agregó Pepe.

Lo mismo espuso el pariente de aquel, don Pancho Maturana.

—Tienen razon, dijo don Cucho; voi a cantarles

la cancion esa. La he oido en San Fernando i aquí en Santiago varias veces; sin embargo, algunos estrofas no he aprendido, de modo que no la sé completa.

—No importa; venga la vihuela! gritaron todos.

Jacoba se levantó lijera i en un instante apareció con el instrumento. Don Cucho afinó la vihuela en un minuto, miéntras don Pedro del Villar torcia un cigarro de hoja de maiz, con cara risueña al ver tanta alegría entre tan llanas i agradables personas.

Se oyó el preludio armonioso que arrancaban los ájiles dedos del colchagüino moviéndose rápidos sobre las cuerdas; el bullicio fué cesando hasta quedar apagado, i entónces aquel hizo oir su voz afinada i sonora con la siguiente

CANCION DE LA CHICHA

No hai en la vida mas dicha
Ni mas inmenso placer,
Que a cada instante beber
Un trago de buena chicha.

Con su aroma i su frescor
La chicha quita las penas
I hace blandas las cadenas
De los brazos del amor.

Cuando perdida la calma
El corazon desfallece,
La chicha consuelo ofrece
A las angustias del alma.

La chicha del pecho arranca
De placeres una lluvia,
Con su sabia hermosa i rubia
I su alegre espuma blanca.

I por eso, con profundo
Convencimiento proclamo:
Que a la chicha yo la llamo
El primer licor del mundo!

No es empresa fácil describir el entusiasmo que se reveló en todos los semblantes con esa cancion. Esa poesia era el fiel reflejo del sentimiento popular, engreido con la posesion de un licor verdaderamente benéfico.

Unos pa'moteaban, otros lanzaban vivas atronadores. Don Pedrito fué a abrazar al compadre Cucho i don Pedro del Villar se paró a felicitarlo.

—Ha cantado usted con línda voz, le dijo; pero mas que la música i la entonacion, admiro la poesia, valiente, robusta, alegre, de todo un poco.

Vasos i jarros de chicha pasaron de mano en mano, en medio de la mas estrepitosa alegria, al mismo tiempo que un hombre del pueblo se detenia en el umbral de la puerta de calle. Iba en mangas de camisa, sin sombrero i con un poncho envuelto en el brazo izquierdo. pero arrastrando por el suelo una dé sus puntas. En la mano derecha empuñaba un soberbio cacho de buei, casi lleno de chicha.

Al ver la reunion, no se atrevió a entrar. Soltó una risotada, luego quedó sério i con mirada ceñuda.

—Soi persona decente, dijo, cuando no me curo...

I como hablaba recio, todos callaron un instante para ver ese entusiasta bebedor de la chicha. Entónces, aquel levantó en alto el cacho i se retiró recitando este cuarteto:

Salta como un chincolito
El roto, alegre i parlero,
Si de chicha un trago entero
Se bebe en vaso o cachito.

—Oh! estos chilenos son incansables para la chicha, dijo don Pedro del Villar.

—Es claro, espuso Pepe, i si usted hubiese descubierto este licor en Francia, Alemania o Inglaterra, de seguro que el pueblo agradecido le habria levantado una estátua.

—Mui bien dicho, esclamaron Rosalía i otras voces.

La vihuela sonó entónces; don Cucho empezó a tocar la cancion de la chicha.

—Atencion! dijo entonándose i cantando este *cogollo* o despedida:

En el tiempo venidero
Habrá tama popular
Para Pedro del Villar,
De Chile primer chichero.

Una estátua conquistó,

Con paciencia i con trabajo,
El que al pueblo salud trajo
Con la chicha que inventó.

El festejado con esta tonada, se conmovió hasta el estremo de ir a abrazar al cantor que tan justas alabanzas le prodigaba.

Despues de bulliciosa charla, don Cucho pidió a don Pedro del Villar que le refiriera algo sobre la historia de la chicha.

—Es una historia corta i sencilla, dijo don Pedro. Vine a Chile mui niño; desde doce años empecé a trabajar en viñas con un compatriota pariente inmediato, i andando el tiempo reuní capital beneficiando la uva i fabricando vinos i aguardientes. Un dia me acordé que en España se fabrica un licor especial que se llama *Sagardúa* en el idioma lemozin, licor que no es mas que chicha con cambio de nombre. Me puse a hacer ensayos diversos con el caldo de la uva, buscando un procedimiento sencillo para fabricar un licor bueno, saludable i barato. Al fin lo conseguí, cociendo dicho caldo, colándolo despues i haciéndolo fermentar en seguida. Luego de cesar la fermentacion, probé el licor i lo encontré excelente; lo dí a probar a los de mi familia i tambien lo hallaron mui bueno, i seguí llenando un mate con el nuevo líquido i pasándolo hasta a los trabajadores. Estos tambien se saborearon i hasta se pusieron a bailar de gusto, lo cual era signo inequívoco de que el licor gustaba al pueblo. Así fué, en efecto; fabriqué algunas

arrobas, puse mas cuidado en el procedimiento i a continuacion hice llamar algunos vecinos para que bebiesen a discrecion, a fin de estudiar yo los efectos que produciria.

—De modo que usted improvisó una fiesta para bautizar el licor recien nacido, dijo Pepe.

—Exacto, continuó don Pedro; armé una fiesta i repartí asado de cordero i abundante licor. Todos alababan el hermoso color café claro de la nueva bebida, su fina espuma i sus cualidades refrescantes, purgantes i embriagadoras, porque algunos empezaron, a los pocos tragos, a hablar en griego. Yo bebia tambien a menudo i pronto conocí que el licorcito embriagaba mas dulcemente que el vino, mas que el ponche, sin fiebre, sin fatigas i sin riesgo contra la salud. Mas de veinticinco quedaron borrachos en el mismo sitio; unos doce improvisaron una tertulia con cantoras i vihuelas i de aquí se armó una remolienda en toda regla que duró hasta que no quedó gota de licor. El ensayo estaba hecho i ya entónces me resolví a fabricar buena cantidad de arrobas para lanzarlas al mercado público. Bauticé este nuevo licor con el nombre de *chicha* porque así llamaban los españoles a la bebida que los indios hacian con el maiz fermentado por medio de un procedimiento semejante al usado para la uva.

—Pero ese nombre creo que tendrá otro oríjen, preguntó don Cucho.

—En latin es *cicer* i en italiano *ciccia* i tambien *chichia*; significa caldo de carne i por analojía, los castellanos aplicaron ese nombre al caldo de uva.

En aimará, la chicha de maiz se llama *kufa*, en quinchua *akha* i en lengua araucana *pulcu* o *pulcú*.

—La tal kufa o chicha indíjena debe ser mui antigua en América, dijo don Pedrito.

—Se bebia luego de descubrirse la América, contestó don Pedro. El padre Bertonio, que en 1612 publicó un *Vocabulario aimará*, dice que la chicha esa, era mui fuerte i perjudicial; agrega que la enseñó a fabricar a los indios un mestizo llamado Villamonte, «o por mejor decir demonio, dice aquel padre, pues tanto daño ha hecho i hace a las almas i cuerpos de los indios». La chicha de uva, por el contrario, en vez de enfermar, dá salud.

—Ahora me esplico dijo el amigo de don Cucho; ahora me esplico porqué llaman *kufifo* al que anda alegre o achispado.

—Kufifo o kufufo es lo mismo. Cuando se empezaron los trabajos del puente de Cal i Canto, allá por el año de 1764, mas o ménos, el correjidor Zañartu me dijo un dia:—Mire don Pedro, usted con su chicha me va a proporcionar los mejores trabajadores. I así fué, en efecto, porque la chicha la bebian en tal abundancia, que las borracheras eran inevitables; de aquí venian los carcelazos i las multas pagaderas en trabajos. Pero los hombres trabajaban con gusto, sanos i con ganas de volver a beber, porque no he visto jente que beba mas que la de Chile. El dia en que se ponga atajo a la venta de aguardientes malos i se prohiba bajo severas penas el vender mezclada la chicha, entónces la poblacion chilena vivirá robusta i no habrá en el mundo quien le aventaje en vigor i pujanza.

—Mui cierto dijeron casi todos.

—Un trago de kufa por el inventor, dijo don Cucho.

Jarros i vasos, pasaron entre legria i aplausos bebiendo largos tragos hombres i mujeres. Don Pedro del Villar estaba, como los demas, con grande entusiasmo.

—

—I, pasando a otra cosa, dígame don Pedro, preguntó don Cucho, ¿es cierto que usted compró el llano de Maipo con una carretada de plata i que allí plantó sus mejores viñas?

—Sí, es cierto, contestó don Pedro.

—Una carretada es mucha plata, dijo Rosalía.

—Pero es que yo tenia bastante, labrada i sin labrar, porque los vinos, aguardientes i chichas ya me habian dado algunos largos miles de relucientes monedas. Cuando necesité comprar esos terrenos, se pusieron a remate público, el cual debia verificarse en el mismo lugar. Alla fuí yo con una gran carreta tirada por tres buenas yuntas de bueyes, llevando en ella talegas de plata que llegaban casi a los topes. Custodiando el tesoro iban como treinta lanceros a caballo. Haciendo posturas i pagando al contado, me quedé al fin con todo el estenso llano, que era una hacienda.

En esos productivos terrenos planté viñas i estas me dieron una fortuna tal; que me permitió regalar, en el año 1804, a los establecimientos de beneficencia casi todo ese mismo llano.

—Mui valiosa donacion fué esa, dijo don Cucho.

—I mui a tiempo, continuó don Pedro del Villar; en ese llano se dió la batalla de Maipo i tuvo lugar la tremenda pelea de lo Espejo, mis antiguos terre-

nos. Yo no habria tenido valor de seguir poseyéndolos, despues de haber quedado regado con tanta sangre.

—Pero hoi esas tierras no son de los establecimientos de beneficencia, segun entiendo, dijo Rosalia.

—No, porque los establecimientos querian dinero i nó tierras. Vendieron estas i sacaron un platal, luego de terminada la guerra de la independencia. Don Ramon Aris compró 191 cuadras en marzo de 1822, i en octubre siguiente 163 don Joaquin Prieto. El convento de San Francisco compró 62 cuadra en julio de ese año, i 148 don Julian Badilla en 22 de noviembre de 1825. Don Francisco Ignacio Ossa compró 102 cuadras en octubre del 27, i así otros como Benavente, Ortúzar, Molina, Alvarez, Pinto. La parte de lo Espejo, que ya habia cedido al hospital de San Juan de Dios, la compró don Fernando Errázuriz en compañía con don Santiago Salas i don Manuel Ortúzar por la suma de 120,000 pesos, en 26 de enero del año 26.

—De modo que usted hizo un regalo que pasó de medio millon de pesos oro, espuso Pepe.

—Algo mas.

—Con razon, dijo Rosalía, merece usted la estatua de que ha hablado el compadre Cucho.

—Mui merecida por la donacion tan valiosa en favor de los padres i por la invencion de la chicha.

—Yo no espero estatua, ni lo he soñado, contestó don Pedro, parándose i alistándose para retirarse. Para el buen creyente como yo, no hai mejor satisfaccion que hacer el bien, sin aguardar otra recom-

pensa que la que Dios sea servido darnos. La caridad debemos ejercerla i estimularla porque es nuestro deber; no hemos venido al mundo a engordar como bestias ni a llenarnos de riquezas que apenas nos acompañan al borde de la tumba, sino a cumplir fines mas elevados i mas nobles, que elevan nuestra alma hasta Dios i que dignifican la especie humana, i esos fines son el amor a Dios, el amor i caridad evanjélica para con el prójimo i el amor a la Patria...

—Mui bien dicho! esclamaron todos, parándose en señal de respeto hácia ese venerable anciano.

Don Pedro del Villar miró entónces fijamente a Jacoba i luego le preguntó:

—Usted está soltera aun?

La aludida se estremeció ante aquella pregunta, i toda turbada respondió:

—Sí, señor.

—Pero calculo que no seguirá así mucho tiempo....

—Que se vá a casar esta negra fea i pobre! dijo en tono de broma Rosalía.

—El color no dice nada, como el hábito no hace al monje; el buen corazon hace la buena persona. I cómo ustedes son buenas, puede Jacobita disponer para sus bodas de 40 cueros de vino, 20 de aguardiente i de 100 de chicha.

—Y yo agrégo, dijo don Cucho, una ternera para cada dia de celebracion.

—I yo seis corderos por dia, dijo el otro colchagüino.

—Jesus María! esclamó Jacoba casi avergonzada.

—Pero esa es una comilona fenomenal, dijo don Pedrito entusiasmado.

—Y yo pongo medio millon de picarones, espuso Rosalía riéndose.

—I apénas estamos empezando a ofrecer, dijo don Cucho; miéntras tanto el matrimonio no se divisa.

—Aun no se tienen noticias de él, dijo Jacoba algo corrida pero mostrando tambien buen humor.

La detenida charla de sobre mesa terminó con la despedida de don Pedro del Villar, quien salió asegurando que su ofrecimiento deseaba que se llevara a efecto pronto.

El *San Lúnes* continuó entónces celebrándose con abierta franqueza el resto de la mañana. Dos o tres amigos mas se agregaron al almuerzo, que fué tardío pero abundante.

Don Cucho andaba preocupado de armar el matrimonio de Pepe con Jacoba i era en vano que los juntára para conversar, porque el gringo no decía palabra a la negrita sobre nada que revelase en él amor.

En la tarde, don Cucho abordó el asunto de frente.

—Oiga, paisano Pepe, le dijo; usted está cometiendo un pecado de los mas coludos e imperdonables, pues Jacobita lo quiere. Me parece que haría usted bien casándose con ella.

—Pero es que soi pobre.....

—No importa; ya usted tiene amigos, como ella los tiene tambien para buscar trabajo i establecer

hogar. Sepa usted que tiene mas consideracion ante la sociedad un casado que un soltero i usted ya está bien maduro para que deje pasar mas tiempo.

—Tiene razon, don Cucho; buscaré ocasion para hablar a Jacobita como conviene.

Esta, sin embargo, iba poniéndose de mal humor a medida que avanzaba la tarde i llegaba la noche. Rosalia notó esto, pero no le fué posible que aquella cambiara de jénio.

Mas de alegres estaban todos, despues de tantas horas de fiesta, ocupadas en comer, beber i charlar ruidosamente, cuando llegó la noche. Jacoba se acercó a don Cucho i le dijo:

—Aquí traigo a San Antonio; como no ha dado pruebas de acordarse de mí, me es inútil tenerlo. Lo he castigado poniéndolo de cabeza i nada he obtenido; lo amenacé con pena de muerte si a esta hora no me hacia algun milagro, i nada tampoco. A Pepe lo he visto salir a la calle hace un rato i no tiene visos de volver...

—Pero me ha dicho que vá a hablar con usted, porque está decidido a casarse.

—Talvez; pero lo que es este santo, maldito el caso que me hace. Diciendo esto, Jacoba tomó a don Cucho de un brazo i lo llevó cerca de la puerta de calle. Allí le mostró el San Antonio, chico i rechoncho. Jacoba había bebido no corto i por esto estaba mas que nerviosa. Estrujaba el santo entre sus manos, lo daba vueltas, le levantaba los vestidos i jugaba con él de varias maneras.

—Hai ocasiones en que no se acuerdan de uno ni los santos, dijo don Cucho.

—Lo que es a mí no me importa un pucho, porque este San Antonio es enemigo mio.

—Pero ese santo es mui chico para que sea enemigo; ademas, tiene piernas de paja, pecho de lana, cabeza de loza...Si esto no es santo, Jacoba!

—Hago fé que es santo; me lo hallé en la calle i como lo encontré parecido a San Antonio de la iglesia de San Francisco, lo guardé i le acomodé un trajecito. Ahora veo que no hace milagros, que no oye lo que le pido i que mi matrimonio está léjos; por consiguiente, que se vaya hacerlesa a otra, santo de moledera...

Diciendo esto Jacoba con grande enojo, lanzó a la calle el Santo, el cual fué dando volteretas hasta chocar a la distancia con algo. Un ruido seco se siguió i luego un pequeño grito se oyó a pocos pasos.

—Por Dios, creo que le he pegado a álguien! dijo Jacoba con susto.

—Quién diablos me ha tirado... esclamó una voz no lejana i con acento colérico.

—¡Pepe! esclamó Jacoba tapándose la cara con ámbas manos.

Era él, en efecto. Habiendo salido a hacer alguna dilijencia, volvia a la casa i enfrentaba a la puerta precisamente cuando la irritada Jacoba lanzaba el Santo. Llegó éste con fuerza a chocar en la parte derecha de la frente de Pepe, hiriéndole levemente. La herida fué suficiente para que brotara sangre. A su vista casi se desmayó Jacoba, pero pensó que era urjente hacer algun remedio al herido, por lo cual, i medio lloriqueando, llevó a este a la vecina salita, sin que nadie mas se enterára del asunto, i allí con

don Cucho lavaron con agua tibia la parte adolorida, aplicando despues remedios caseros.

—Dígame, Jacobita, ¿quién seria el animal que tuvo la ocurrencia de lanzar afuera una piedra que por nada me parte la cabeza?_ preguntó Pepe.

—Despues se sabrá, respondió Jacoba; tenga calma para no irritar la sangre.

—Falta el remedio interno, dijo don Cucho, i éste será la chicha.

Y diciendo fué a buscar un vaso de ese licor.

En esa ocasion, dijo Pepe con cariño:

—Está de Dios, Jacobita, que sea usted mi ánjel protector...

—Tengo mucho gusto en servirlo, Pepe.

—Y tan agradecido estoi a sus delicadas atenciones, continuó en tono grave Pepe, que no teniendo ccmo pagarlos, le ofrezco mi corazon para querer a usted i servirla...

—¡Qué está usted diciendo, Pepe! esclamó conmovida Jacoba.

—Sí, Jacobita; ofrezco a usted mi nombre i mí título de noble; pero por ahora solo tengo palabras i buenas intenciones.

—Su título de noble? preguntó admirada Jacoba.

—Oiga usted, Jocobita, pero guarde el secreto: pertenezco a la nobleza francesa i mi padre, ya anciano, goza el título de baron, es heredero a un marquesado i yo soi su hijo mayor i su primer heredero...

—Me deja aturdido, Pepe, con tales noticias, interrumpió Jacoba sin poder disimular su turbacion.

—Le repito que guarde el secreto; si se supiera, se reirian de mí i me creerian loco.

—Dígame, Pepe, ¿entónces usted no es gringo?

—¡Que voi a ser gringo! Nací en Bretaña, en Francia, i como una vez, recien llegado a Chile, se me salió decir eso, álguien me creyó hijo de la Gran Bretaña, o sea Inglaterra, i por eso, i por mi caráter de estranjero, me han llamado gringo.

A ese tiempo volvia don Cucho con un *granadero*, casi lleno de chicha. Los miró i comprendió que ya se habian entendido en pocas palabras; i entónces dijo entre sério i humorístico:

—En nombre de mi padre San Antonio, santo milagroso, consuelo de los solteros, esperanza de las que desean novio, os declaro por comprometidos, puesto que ya los corazones se han hablado con el lenguaje mudo pero cierto del amor verdadero, leal i puro.

Don Cucho pasó el vaso a Jacoba, la cual estaba alegre, risueña e interesante.

—Por mi novio Pepe! esclamó levantando el vaso i bebiendo en seguida.

A continuacion, pasó el vaso a Pepe, entre los aplausos de don Cucho. Aquel se paró i dijo:

—Correspondo a usted su cariño i bebo por mi novia Jacoba.

Don Cucho abrazó a ámbos con grande regocijo.

—A los santos hai que darles duro para que oigan, dijo don Cucho guiñando un ojo a Jacoba; falta

saber quien ha hecho el milagro de que ustedes se entiendan claro, si San Antonio o San Lúnes.

—Los dos santos, juntos con Nuestra Señora de la Oportunidad, contestó Pepe riendo;

—Yo les aconsejo, dijo en serio don Cucho, que sin mas ceremonias, ni mas espera, se casen ustedes, pero ha de ser en mayo entrante. Sabrán ustedes que andan muchos rumores de revolucion i parece que quieren irse a las manos liberales con conservadores, o sea pipiolos i pelucones, i lo prudente es esperar algunos dias para que tranquilamente hagamos una fiesta como lo deseo.

—No hai inconveniente, dijeron casi a un tiempo Jacoba i Pepe.

—Ahora agregó aquel, me retiro para que ustedes conversen algo mas; yo de gusto voi a cantar una tonada en medio de los demas amigos i como remate del lúnes.

——

Don Cucho salió de la pieza, en la cual quedaron los novios en íntimas confidencias. Algo de ellas sabrá el lector mas adelante; pero, entre tanto, sigamos al alegre colchagüino.

—Comadre Rosalía! gritó éste; ya estamos en la buena; pase la vihuela porque voi a cantar una poesía de que ahora me acuerdo. Fué compuesta, segun mis noticias i a juzgar por la letra, en el siglo pasado por el fiscal de la Real Audiencia, jurisconsulto, literato, poeta, latinista, prosista, caballero de la órden de Cárlos III, rector de la Universidad de Valladolid...

—Echele usted títulos! dijo Rosalia riéndose; pero ¿quién es él?

—No es, sino que fué, puesto que vivió a mediados del siglo pasado, i se llamó don Joaquin Perez de Uriondo Martierena Martinez de Murguia Fernandez Campero...

—Echele usted apellidos! gritó don Pedrito aplaudiendo el buen humor i la feliz memoria del compadre Cucho.

—Si el compadre tiene un arsenal de noticias en la cabeza! espuso la negra.

—Algunas veces, comadre; ¡venga la vihuela, un trago i viva la alegria!

Don Cucho entró a la pieza vecina, la del público, tocando el instrumento con gran maestria i llamando la atencion hasta de algunos que pasaban por la calle.

—Señores, dijo; voi a cantar unas décimas que no tienen mas mérito que ser mui antiguas, porque la poesia es detestable.

Preludió una tocata i cantó con voz entera i vibrante:

Solo el silencio testigo
Ha de ser de mi tormento,
Pues no cabe lo que siento
En todo lo que no digo.

Yo sigo un pleito en la Audiencia
De amor que me ha condenado
I viéndome sentenciado
No apelo de la sentencia.
Morir i tener paciencia

Es la apelacion que sigo
Porque si la contradigo
Mal me podré defender,
Si en mi razon puede ser
Solo el silencio testigo.

Sin declarar la razon
Que encuentro para tenella,
Será mayor la querella
I mas mi condenacion;
I si los remedios son
Para dar mas sentimiento,
Buscar, señora, no intento
Mas remedio que morir,
Pues si alguno ha de salir
Ha de ser mi tormento.

Yo he merecido mi mal,
Pues sabiendo que no puedo
A pleito de amor me atrevo,
Siendo mi estrella el fiscal;
De mi destino fatal
Lleno está el pecho que intento
Necio enmendar mi tormento,
Que dentro de mi dolor
Quiero que quepa el favor
Pues no cabe lo que siento

Siendo amor quien me condena,
Mas mi suerte que rigor
Será doblar el dolor
Buscar alivio a mi pena,
I pues muero en la cadena

A que yo mismo me obligo,
Yo me voi i no prosigo
En espresarme por ver,'
Que me doi mas a entender
En todo lo que no digo

—Bien cantadas las décimas, esclamaron varios, entre aplausos i palmoteos.

—Los defectos de la poesia no se notan en el canto, dijo don Cucho.

—

A ese tiempo llegaban a tomar parte en la despedida del lunes Pepe i Jacoba.

Las confidencias entre los dos habian sido sabrosas i con algunas novedades, puesto que ambos se contaron asuntos de familia que no conocian uno i otro.

Pepe declaró ser hijo de un noble frances de su mismo nombre, radicado en el puerto de Brest, en Francia, de cuyo hogar habia huido hacia años de puro tunante i amigo de aventuras i viajes.

Jacoba, por su parte, le declaró que su apellido era Muñoz i Ortiz, i el de Rosalia era Fragua i Muñoz.

—I don Pedrito, preguntó Pepe, ¿se apellida Olivos, segun parece?

—Nó, su apellido es Navarrete Olivos. I pasando a otra cosa, los pronósticos del viejo aquel van saliendo ciertos.

—Es lo que yo estaba pensando, dijo Pepe; ese viejo debe ser en realidad algun brujo. Si viene otra vez, hai que hacerle cariño.

—Sabe usted que el compadre Cucho es hombre mui práctico? Aquello de fijarnos época para el casamiento por haber rumores de guerra, es mui cuerdo.

—Cierto, contestó Pepe; i a propósito, desde hace rato siento galopes i ciertos rumores estraños en la calle.

Efectivamente, se sentia algo como ruido de sables que pasaban i voces ajitadas que luego quedaban en silencio. Parecian patrullas de soldados que recorrian la poblacion.

A ese tiempo, don Cucho terminaba su cancion i aparecian risueños Pepe i Jacoba, segun queda mencionado.

El compadre pasó a éstos tragos, i tragos como despedida, pues eran horas algo avanzadas de la noche i ya los cuerpos estaban cansados despues de un dia entero de tertulia continuada.

Pero un incidente inesperado turbó la alegria de todos.

En efecto, estanlo a punto de salir las varias personas amigas que en la casa estaban, para retirarse a sus respectivas viviendas, sintióse un tropel de caballos que llegaron al galope a la puerta de calle. Sonaban sables i espuelas i todo revelaba que los recien llegados eran militares.

Don Pedrito salió a ver quienes eran, cuando un empujon nada suave abrió 'a puerta. Aquel retrocedió tímidamente al encontrarse delánte de un

sarjento i cinco o seis soldados de granaderos, armados de fusiles i sables,

—¿Se puede entrar? dijo el sarjento penetrando a la pieza.

—Adentro está, contestó Rosalia poniéndose de jarra al frente.

—De órden de la Comandancia de Armas, dijo el sarjenio, sírvanse acompañarme al cuartel todos los señores presentes.

Los soldados abrieron calle como para custodiarlos, en tanto que los aludidos i las dos negras quedaban mudas de sorpresa.

—De qué se trata, mi sarjento? dijo Rosalia; mi casa es de mucho órden, como que aquí viene lo mejor de Santiago, incluso señoras...

—Se trata, señora...

—Oiga usted, yo no soi señora; soi la negra Rosalía...

—Bueno, interrumpió el sarjento; se trata de que el Gobierno quiere salirle al encuentro a los pipiolos i masones que vienen a tomarse a Santiago al mando del jeneral Freire, i se necesita jente por bien o por mal. Con que (dirijiéndose a la tropa) a las armas; redoblado... marchen!

Jacoba cayó desmayada al suelo, en tanto que Rosalía salia tras de la comitiva sollozando i echando pestes contra las guerras.

FIN DE LA PRIMERA PARTE